

CONDE  
DE  
COMMING

DRPS  
FA  
3



UNIVERSITAT D'ALACANT  
Biblioteca Universitària



0500757238

CONDE  
DE  
COMING

CMA.

CIRCULO DE ARTESANOS DE CACERES.

DONATIVO

de D. Andrés Caste-  
llano.

Ex Libris



Russell Perry Sebold, III

FL DRISKA 10003  
cop: 0500757238

HISTORIA

CONDE DE COMMINGE

**HISTORIA**

DEL

**CONDE DE COMMINGE.**

*A Monsieur de Comminge  
Roi de France  
André Castellan*

# HISTORIA

DEL

CONDE DE COMMINGE.

SEGUIDA

de una carta del Conde á su Madre, y un drama en  
tres actos.

---

ADORNADA CON UNA LÁMINA

---

*Barcelona*



---

LIBRERIA DE D. MANUEL SAURÍ,  
calle Ancha, esquina al Regomí.

—  
4836.

HISTORIA

1838

CONSEJO DE GOBIERNO

SEGUNDA

de una carta del Comisario de los Indios, y un drama en

tres actos



LIBRERIA DE D. MANUEL SAURET

Imprenta de F. Garriga, calle de los Arcos.

1838

que es lo que hoy á las 7 de la tarde en que he podido terminar y publicar el presente libro. EL EDITOR.

**D**EDICADO desde mi infancia á lecturas tétricas y sombrías, en ellas me recreo la mayor parte de mis ocios. Había leído en mi niñez la carta de Comminge, y siempre me quedó el deseo de saber mas á fondo la historia de aquel desgraciado personage; así es que nunca me he cansado hasta adquirir mas datos sobre la vida de un hombre que tanto ha dado que hablar por sus desgracias é infortunios á los amantes de ambos sexos, felices y desventurados.

He conseguido pues el objeto; he hallado la vida de Comminge, su carta á su madre y un drama de su histo-

ria, que es lo que doy á luz, y feliz la época en que he podido reunirlos y publicarlos, pues que con el gobierno absoluto que lo tenia prohibido todo, no hubiere sido fácil rēdir este homenaje á las almas sensibles, que no podrán menos de derramar lágrimas al leer la historia de estos amantes verdaderamente desgraciados. ¡Ojalá que su lectura sea una leccion para los padres, librándolos de la preocupacion, y un freno á los jóvenes de ambos sexos para sujetar sus pasiones. Leed, pues la historia de Cominge y Adelaïda, y aprended.



*¡Morirás perfida!... Mi venganza  
empexará por ti... exclamó Bena-  
vides dirigiendose á Cominge. Pag. 76*

B. Placette d.

Amélie g.

## HISTORIA

DEL

### CONDE DE COMMINGE.

**E**L único objeto que me propongo es-cribiendo las memorias de mi vida, es el de recordarme las pequeñas circuns-tancias de mis desgracias, y grabarlas si es posible mas y mas en mi corazon. Desciendo de la casa de Comminge, una de las mas ilustres del reino; mi bisabuelo, que tenia dos hijos varones, favoreció considerablemente al mayor en perjuicio del segundo, y le hizo tomar el título de marques de Lussan. La amistad de los dos hermanos siguió sien-

do siempre la misma, y quisieron que sus hijos se criasen juntos; pero esta educacion que tenia por objeto el unirlos entre sí, les hizo al contrario enemigos casi desde su nacimiento.

Mi padre que se veia sobrepujar en todos sus ejercicios por el marques de Lussan, tuvo zelos de él, y poco despues sus zelos se cambiaron en un odio irreconciliable: se disputaban á menudo; y como mi padre era siempre el culpado recaia sobre él el castigo. Un dia que se quejaba de esto al mayordomo de la casa: «Yo os daré medios, le dijo este, para humillar el orgullo del marques de Lussan; todos sus bienes os pertenecen por una sustitucion, y vuestro abuelo no ha podido disponer de ellos. Cuando seais el dueño, añadió, os será fácil hacer valer vuestros derechos.»

Esta conversacion aumentó el odio

que mi padre tenia á su primo; y sus disputas fueron tan vivas que fue preciso separarlos; pasaron muchos años sin verse, durante los cuales los dos se casaron. El marques de Lussan no tuvo de su matrimonio mas que una hija; ni mi padre mas hijo que yo.

Apenas se vió en posesion de los bienes de la casa, despues de la muerte de mi abuelo, que quiso hacer uso de los consejos que le habian dado, buscó todos los medios posibles para justificar sus derechos; no quiso admitir ninguna proposicion de reconciliacion; y formó un pleito con el objeto de despojar de todos sus bienes al marques de Lussan. Un desgraciado encuentro que tuvieron un dia de caza, acabó de hacerlos enemigos irreconciliables. Mi padre siempre vivo y poseido por su cólera, le dijo cosas muy picantes sobre el estado á que pensaba reducirle; el

marques, aunque naturalmente pacífico, no pudo menos de responderle, y tiraron las espadas; la fortuna se declaró á favor del marques de Lussan, quien desarmó á mi padre y quiso obligarle á que le pidiese la vida. «Me sería odiosa si te la debiera» le dijo mi padre. —«Me la deberás á pesar tuyo,» le respondió el marques arrojándole la espada á los pies: y al mismo tiempo se marchó.

Esta accion de generosidad no pudo conmovér á mi padre, al contrario, su odio se aumentó por la doble victoria de su enemigo, y continuó con mas actividad que nunca los pasos que ya habia empezado.

Las cosas estaban en este estado cuando yo volví de los viages que me habian hecho hacer despues de concluidos mis estudios.

Pocos dias despues de mi llegada el

abad de R.... pariente de mi madre, avisó á mi padre de que los títulos que necesitaba para ganar su pleito estaban en los archivos de la abadía de R.... adonde habian trasportado una parte de los papeles de la casa durante las guerras civiles.

Habian exigido de mi padre el mayor secreto, y le aconsejaban de ir él mismo á buscar dichos papeles, ó de enviar una persona de confianza á quien se le pudiesen entregar.

Su salud, que en aquel momento era muy delicada, le obligó á darme el encargo de esta comision. Despues de haberme exagerado su importancia; «vas, me dijo, á trabajar mas para tí que para mí; estos bienes serán tuyos, y aunque no tuvieses ningun interes, me persuado que tomarás parte en mi resentimiento, y que me ayudarás á tomar venganza de las injurias que he recibido.»

Como no tenia ningun motivo para oponerme á lo que mi padre deseaba, le aseguré que le obedeceria.

Despues de haberme dado todas las instrucciones que le parecieron necesarias, convenimos en que tomaria el título de marques de Longaunois, para evitar las sospechas que hubieran podido formar en la abadía donde habia varios parientes de la marquesa de Lussan, y me puse en camino acompañado de un antiguo criado de mi padre y de un ayuda de cámara. Mi viage fue feliz, encontré en los archivos los títulos necesarios para establecer de una manera incontestable la sustitucion de nuestros bienes, se lo escribí á mi padre, y como estaba inmediato á Bañeras, le pedí licencia para ir á pasar la estacion de las aguas. El buen resultado de mi viage le causó tanta satisfaccion, que me concedió sin dificultad lo que deseaba.

Me presenté en Bañeras bajo el nombre de marques de Longaunois, pues para sostener con la decencia debida el de Comminge, necesitaba otro tren muy diferente. Al dia despues de mi llegada me hice acompañar á la fuente. En semejantes parages la alegría y libertad que reinan dispensan de toda etiqueta, desde el primer dia fui admitido en todas las reuniones; y fuí á comer en casa del marques de La Valette que daba una funcion á las señoras; algunas de las que yo ya habia visto en la fuente, y á las cuales habia dicho mil cosas amables y que me parecia necesario decir las á todas, ya habian llegado. Estaba al lado de una de ellas cuando ví entrar una señora, muy buena moza, acompañada de su hija, que reunia á la regularidad de sus facciones todo el brillo de la juventud. Su aire modesto realizaba su hermosura; desde aquel mo-

mento la amé, y este instante decidí del resto de mi vida; el buen humor que hasta entonces habia tenido desapareció, y no pude hacer otra cosa sino seguirla con la vista: ella lo notó y se puso colorada. Se decidió el ir á dar un paseo y tuve la dicha de dar el brazo á esta interesante persona. Lo separado que estábamos del resto de la sociedad, me daba ocasion para poderla hablar; pero yo que un momento antes no podia perderla de vista, no me atrevia á mirarla cuando estábamos solos; á todas las habia dicho aun mas de lo que sentia, y á la que verdaderamente amaba no pude manifestarle mi sentimiento.

Nos reunimos con los demas sin haber pronunciado una sola palabra ni uno ni otro, y despues que dejamos á las señoras en su casa, me retiré á la mia. Tenia necesidad de estar solo pa-

rá gozar de mi confusion, y de una cierta satisfaccion que á mi parecer es la compañera inseparable de un amor naciente; el mio me habia hecho tan tímido, que ni siquiera me atreví á preguntar el nombre de la que amaba; se me figuraba que mi timidez podria descubrir el secreto de mi corazon.

¿ Pero cuál fue mi sorpresa cuando supe que era la hija del marques de Lussan? Todo lo que tenia que temer del odio recíproco de nuestros padres se presentó en aquel instante á mi imaginacion; pero de todas las reflexiones que hacia, la que mas me atormentaba era el temor de que hubiesen inspirado á Adelaida (este era el nombre de aquella divina criatura) un horror invencible por todos los que llevaban el mio. Entonces me alegré mas de haber tomado otro; esperaba que podria conocer mi amor sin estar prevenida contra

mí, y que cuando me conociese podria á lo menos inspirarle ternura.

Formé la resolucion de ocultar quien era con mas esmero que nunca, y de emplear todos los medios posibles para agrada-la; pero mi pasion era demasiado vehemente para que me pudiese servir de ningun otro que del de amar: seguia á Adelaida por todas partes; deseaba con anhelo la ocasion de poderla hablar á solas, y cuando esta ocasion se presentaba no tenia valor para aprovecharme de ella. El temor de disgustarla me contenia siempre.

Vivia de esta suerte, cuando un dia que salimos todos juntos á dar un paseo, se le cayó á Adelaida un brazalete en el que estaba su retrato; el caballero de Saint-Odon se dió prisa á cogerle, y despues de haberle examinado largo tiempo se le metió en el bolsillo; Adelaida se lo pidió al principio de una

manera sumamente amable; pero como se obstinó en quererle guardar le habló en términos bastante fuertes: este hombre de un exterior agradable, y á quien el buen resultado de algunas aventuras galantes habian echado á perder, no se desconcertó. — Señorita, le dijo, ¿porqué quereis privarme de un bien que me ha dado la fortuna? Yo espero añadió acercándose al oido, que cuando conozeais mis sentimientos, consentireis en que guarde lo que me ha dado la casualidad; » se retiró diciendo esto, sin esperar la respuesta que merecia semejante declaracion.

Yo no estaba cerca de ella en aquel momento, me habia alejado un poco con la marquesa de La Valette; pues aunque no me separaba sino lo menos posible, no por esto faltaba á ninguna de aquellas atenciones que exigian el respeto y la política; pero oyéndola hablar en un

tono mas animado de lo natural, me acerqué, y la oí que contaba á su madre lo que acababa de pasar. La condesa de Lussan se incomodó tanto como su hija de semejante proceder. Yo no dije una palabra y continué paseándome con las señoras; luego que me separé de ellas hice buscar al caballero de Saint-Odon; le encontraron en su casa, y le dijeron que le esperaba en el sitio que indiqué, y al que no tardó en llegar. — «Yo me persuado, le dije yendo hácia él, que lo que habeis hecho en el paseo no es mas que una chanza; sois demasiado cortés para querer guardar el retrato de una señora á pesar suyo. — No sé, me respondió, que interés podeis tener en este particular, y os diré únicamente que no gusto de que nadie me dé consejos. — Pues yo espero, continué tirando mi espada, obligaros á recibir los míos.» Saint-Odon era valiente, y nos batimos

largo tiempo con bastante igualdad; pero él no estaba animado como yo por el deseo de servir á la que amaba. Me abandoné demasiado y recibí dos ligeras heridas; pero despues le dí dos mas graves, y le obligué á pedirme la vida y á entregarme el retrato. Despues de haberle ayudado á que se levantase, y de haberle acompañado á una casa inmediata, me retiré á la mia; hice curar mis heridas, y me puse á considerar el retrato, y á cubrirle de besos. Yo pintaba medianamente, y aunque estaba léjos de la perfeccion, el amor hace mil lagros. Me propuse copiar el retrato; pasé toda la noche en esta agradable ocupacion, y me salió tan bien que aun yo mismo apenas podia distinguir la copia del original. Esto me dió la idea de cambiarlos, por cuyo medio tenia la doble satisfaccion de poseer el que habia sido de Adelaida, y de obligarla á

pesar suyo á llevar el que yo habia hecho. Todas estas cosas son dignas de consideracion cuando se ama, y mi corazon sabia apreciarlas con el mayor interes.

Despues de haber arreglado el brazalete á fin de que no pudiesen conocer el robo que habia hecho, fui á llevárselo á Adelaida. La marquesa de Lussan me dió un millon de gracias; Adelaida habló poco, estaba turbada, pero á pesar de su confusion, yo veia la satisfaccion que tenia en estarme agradecida, y esto aumentaba la mia. Durante mi vida he disfrutado algunas veces de unos momentos semejantes, y si mis desgracias no hubieran sido sino de las comunes, no creeria haberlas pagado caras.

Esta pequeña aventura acabó de ganarme la confianza de la marquesa de Lussan; pasaba todo el dia en su casa, veia Adelaida á todas horas y aunque no

le hablaba de mi amor estaba persuadido que lo conocia, y tenia motivos para creer que no me aborrecia. Los corazones tan tiernos como los nuestros se entienden facilmente; todo es espresivo para ellos.

Hacia dos meses que vivia de esta suerte, cuando recibí una carta de mi padre en la que me mandaba que me pusiese en camino. Esta orden fué un rayo para mí; no me habia ocupado sino del placer de ver y de amar á Adelaida; la idea de separarme de ella me aterró; la continuacion del pleito pendiente entre las dos familias se presentó entonces á mi imaginacion bajo el aspecto mas horroroso, y pasé la noche en una agitacion dificil de poder explicar. Despues de haber formado cien proyectos contrarios los unos á los otros, me vino de repente la idea de quemar los papeles que tenia en mi poder, y que establecian

nuestros derechos sobre los bienes de la casa de Lussan. No concebía cómo esta idea no me había venido antes, único medio de evitar el pleito que tanto temía. Mi padre, que se había mostrado muy tenaz en este asunto, podía verle concluido consintiendo en mi casamiento con Adelaida; pero aunque yo no hubiese tenido ninguna esperanza, nunca hubiera dado armas contra la que amaba. Sentía haber guardado tanto tiempo una cosa que mi cariño ya debía haber sacrificado: el perjuicio que hacia á mi padre no me detuvo; yo era el heredero de sus bienes, un hermano de mi madre me había dejado una sucesión, y cediéndosela le daba mas de lo que le hacia perder.

No son menester tantas razones para convencer á un enamorado. Creí tener derecho para poder disponer de aquellos papeles, y fuí á buscar el cajon en don-

de estaban guardados; nunca he tenido un momento de mas gusto como el que recibí al echarlos al fuego; la satisfaccion de poder ser útil á la que amaba me colmó de gozo. Si me ama, me decia yo, algun dia sabrá el sacrificio que le hago, pero no se lo diré nunca si no puedo ganar su corazon. ¿De qué me servirá un agradecimiento que le será penoso? Yo quiero que Adelaida me ame y no que me sea agradecida.

Confieso que esto me animó para atreverme á hablarle; la libertad con que estaba en su casa me proporcionó la ocasion el mismo dia.

«Voy á separarme de vos, hermosa Adelaida, le dije, ¿os acordareis alguna vez de un hombre de quien habeis fijado la suerte?» No pude decir mas; la ví agitada y aun creí ver algunas lágrimas que venian á cubrir sus ojos. «Me habeis oido, hacedme á lo menos la

gracia de responderme una sola palabra. — ¿Qué quereis que os diga? me respondió; yo no debería escucharos ni debo responderos. » Apenas hubo pronunciado estas palabras, que se marchó y me dejó solo: cuantos pasos di aquella dia para poderla hablar fueron infructuosos; huia de mí y parecia turbada. ¿Qué mérito á mis ojos tenia su confusion! La respetaba y no la miraba sino con temor, se me figuraba que mi atrevimiento le haria arrepentirse de sus bondades.

Yo hubiera guardado esta conducta tan conforme á mi respeto y á la delicadeza de mi modo de pensar, si la necesidad en que estaba de marcharme no me hubiese obligado á hablar; queria antes de separarme de Adelaida hacerle conecer mi verdadero nombre. Esta declaracion era mas costosa para mí que la de mi amor. « ¡ Me huis! le dije, ¿y qué hareis cuando sepais todos mis crí-

mènes ó por mejor decir todas mis desgracias? Os he engañado con un nombre supuesto, yo no soy quien pensais, soy el hijo del conde de Comminge. — ¿ Vos sois el hijo del conde de Comminge? exclamó Adelaida. ¡ Sois nuestros enemigos! ¡ Vos y vuestro padre os ocupais en arruinar el mio! — No aumenteis mis desgracias, le dije, con un título tan odioso; soy un amante pronto á sacrificarlo todo por vos. Mi padre no os hará nunca daño, mi amor os lo asegura. »

« ¿ Porqué me habeis engañado? me respondió Adelaida; ¿ y porqué no os habeis presentado bajo vuestro verdadero nombre? él hubiera sido suficiente para obligarme á huiros. — No os arrepintais de las bondades que me habeis dispensado, le dije tomándole la mano que á pesar suyo cubrí de besos. — Dejádme, me dijo, mientras mas estoy

con vos mas inevitables hago las desgracias que temo!»

La dulzura de sus palabras me colmó de alegría, pues me dejaban alguna esperanza. Me lisonjeaba que podría obtener de mi padre el que favoreciese mi pasion; estaba tan preocupado de mi idea que se me figuraba que todo el mundo debía pensar como yo, y hablé á Adelaida de mi proyecto como seguro del resultado.

«Yo no sé porque, me decia Adelaida, mi corazon se niega á creer las esperanzas que me dais; no preveo sino desgracias, y á pesar de esto tengo gusto en sufrir por vos; ya conocéis mis sentimientos, y no me pesa de que sea asi; pero acordaos de que sabré sacrificarlos á mi deber cuando sea preciso.

Antes de emprender mi viage tuve varias conversaciones con Adelaida, y

cada dia tenia nuevos motivos para aplaudirme de mi dicha: el placer de amar y la certeza de ser amado ocupaban únicamente mi corazon; ninguna sospecha, ningun temor ni aun siquiera en el porvenir, turbaba nuestras conversaciones. Estábamos seguros el uno del otro porque nos estimábamos; y esta seguridad lejos de disminuir nuestro ardor, no hacia sino aumentar nuestra confianza. La única cosa que atormentaba la imaginacion de Adelaida era el temor de mi padre. — «Yo moriria de pena, me decia, si por mí os indispusieseis con vuestra familia; os amo, pero quiero sobre todo que seais dichoso.» Al fin partí ocupado de la pasion mas tierna y mas vehemente que un hombre puede sentir, y sin otra idea que la de obtener el que mi padre aprobase nuestra union.

Pero ya estaba informado de todo lo

que habia sucedido en Bañeras. El criado que me habia dado tenia órdenes secretas para vigilar mi conducta, y ya le habia dado cuenta de mis amores, y de mi desafio con el caballero de Saint-Odon. Desgraciadamente dicho señor era hijo de un amigo de mi padre; y esta circunstancia y el peligro en que estaba de sus heridas, perjudicaron mis intereses. El criado que habia dado cuenta de mi conducta á mi padre, exageró el estado de mis amores; pintó á la marquesa de Lussan y á su hija como dos mujeres llenas de artificio, que me habian reconocido por el conde de Comminge y que se habian propuesto seducirme. Lleno de estas ideas, mi padre naturalmente colérico, me trató á mi llegada con la mayor severidad; me echó en cara mi amor como si hubiese sido un crimen. « ¡Teneis la debilidad de amar á mis enemigos, me dijo, y sin consi-

deracion ninguna por lo mucho que me debeis, ni por lo que os debeis á vos mismo os ligais con ellos! ¿ Como podré estar seguro de que no habeis formado algun proyecto aun mas odioso? » — « Si, padre mio, le dije echándome á sus pies, confieso que soy culpable, pero lo soy á pesar mio; conozco que nada es capaz de borrar de mi corazon este amor que os irrita: compadedme, y aun me atreveré á deciros, tened piedad de vos mismo; poned fin á una disension que turba vuestra tranquilidad: la mútua inclinacion que sentimos la hija del marques de Lussan y yo, el uno por el otro desde la primera vez que nos vimos, es un aviso del cielo. Mi querido padre, yo soy vuestro hijo único; ¿ quereis hacerme desgraciado? ¿ y cuánto mas sensibles no me serán mis desgracias cuando considere que sois vos quien las causais? Tened compasion de

un hijo que no os ha ofendido sino por una fatalidad que le ha sido imposible poder prever ni evitar.»

«Mi padre, que me había dejado á sus pies mientras que estuve hablando, me miró mucho tiempo con indignacion. «Os he escuchado, me dijo al fin, con una paciencia de que yo mismo me admiró, y de que no me creía capaz; esta es la sola gracia que debéis esperar de mí. Es preciso que renunciéis ó á vuestra locura ó á vuestro padre; resolveos, y empezad por entregarme los papeles de que estais encargado: os habeis hecho indigno de mi confianza.»

«Si mi padre se hubiese manifestado sensible, me hubiera visto embarazado cuando me pidió sus papeles, pero su dureza me dió valor para responderle. «Vuestros papeles, le dije, no están en mi poder, yo mismo los he quemado; para indemnizar vuestra pérdida, po-

deis disponer de la herencia que me ha dejado mi tio.» Apenas hube pronunciado estas palabras, cuando mi padre enfurecido, vino sobre mí con la espada en la mano, y sin duda alguna me hubiera atravesado, si mi madre no hubiese entrado en aquel momento. «¿Qué haceis? le dijo poniéndose entre nosotros; ¿pensad que es vuestro hijo?» Al mismo tiempo me mandó salir y que fuese á espearla á su cuarto.

«La esperé bastante tiempo y por fin llegó. Ya no era contra los accesos de cólera y de furor con los que tenia que combatir; era con una tierna madre participe de mis penas, que me suplicaba con las lágrimas en los ojos que tuviese piedad del estado á que la iba á reducir. — «¿Como, hijo mio, me decia, una querida y una querida que apenas conoceis, tendrá mas poder que una madre! ¡Ah! si vuestra dicha dependie-

se de mí sola toda la sacrificaría por vuestra felicidad; pero teneis un padre que quiere ser obedecido, y está pronto á tomar las mas violentas resoluciones contra vos. ¿Quereis verme morir de dolor? Olvidad una pasion que nos hará á todos desgraciados.»

No tuve fuerzas para responderle: la amaba tiernamente, pero el amor solo dominaba mi corazon. — «Yo quisiera morir, le dije, antes que causaros el menor disgusto; y seguramente moriré si no teneis piedad de mí. ¿Qué quereis que haga? me es mas fácil quitarme la vida que renunciar á Adelaida. ¿Porqué razon faltaré á la palabra que le he dado? ¿Quereis que la abandone cuando estoy seguro de su cariño, y despues de las bondades que ha tenido por mí? No madre mia, no es posible que deseais que sea el mas vil de los hombres.»

Le conté todo lo que habia pasado en-

tre nosotros.—«Adelaida os amará, continué, vos la amareis tambien, es como vos franca y amable, ¿porqué habeis de desear que deje de amarla?—¿Pero qué pretendéis hacer? me respondió, vuestro padre quiere casaros, y su intencion es de que vayais al campo mientras que se verifica; es absolutamente preciso que os determineis á obedecerle. Quiere que mañana salgais de aqui acompañado de un hombre de su confianza: la ausencia obrará en vos mas de lo que pensais: sobre todo no le irriteis de nuevo con vuestra resistencia; pedidle tiempo. Yo por mi parte haré quanto dependa de mí para veros dichoso. El odio de vuestro padre dura demasiado, y aunque su venganza hubiera sido legitima, convengo en que la ha llevado al extremo. Vos habeis hecho mal en quemar los papeles, y vuestro padre cree que es un sacrificio que Adelaida ha exigido por mandato de

su madre. — ¡ Ah! exclamé, ¡ que se pueda hacer semejante injusticia á la marquesa de Lussan! bien lejos de haberlo exigido, Adelaida ignora este hecho, y estoy persuadido que si lo hubiese sabido hubiera empleado todo el poder que tiene sobre mí para impedirme la ejecucion.»

Mi madre y yo convenimos en los medios de que nos debíamos servir para poder recibir noticias suyas, y me atreví á pedirle que me las diese tambien de Adelaida, que debia venir á Burdeos. Me lo prometió, pero á condicion de que si Adelaida no pensaba como yo creia, me someteria á la voluntad de mi padre. Pasamos una parte de la noche en esta conversacion, y en cuanto amaneció, el hombre que me debia acompañar entró en mi cuarto para advertirme que era menester montar á caballo.

La tierra donde debia pasar el tiem-

po de mi destierro estaba situada en las montañas á pocas leguas de Bañeras; de manera que tomé el mismo camino que acababa de andar. El segundo dia de nuestro viage llegamos bastante temprano al lugar donde debiamos pasar la noche: mientras llegaba la hora de cenar salí á dar un paseo sobre el camino, cuando de repente ví á lo lejos un coche cuyos caballos se habian desbocado, y que vino á volcar no muy lejos de donde yo estaba.

Mi corazon que batia con violencia me anunciaba la parte que debia tomar en este incidente. Fuí corriendo al coche, y dos hombres que pasaban á caballo se apearon y me ayudaron á socorrer á los que estaban dentro. El lector ya debe haberse figurado que eran Adelaida y su madre; efectivamente eran ellas. Adelaida se habia dislocado un pie, y sin embargo se me figuró que el placer que

tenia de verme disminuía su mal. ¡Qué momento tan delicioso para mí! despues de tantas penas y de tantos años, todavía está presente en mi memoria. Como no podía andar la cogí en brazos, ella pasó los suyos al rededor de mi cuello, y una de sus manos tocaba mi boca, el placer que sentia apenas me permitia respirar. Adelaida lo notó é hizo un movimiento para separarse de mí. ¡Ah! que poco conocia el exceso de mi amor; yo estaba demasiado ocupado de mi dicha para pensar que pudiese haber otra mayor.

—«Ponedme en el suelo, me dijo con voz baja y tímida, me parece que podré andar. — ¡Qué, le dije, teneis la crueldad de quererme privar del único placer de que podré disfrutar quizas durante toda mi vida?» Diciendo esto la estrechaba tiernamente entre mis brazos, ella no me respondió, y un paso que di en

falso la obligó á tomar su primera posición.

La posada estaba tan cerca que no tardé en llegar. La puse sobre una cama, al mismo tiempo que ponian en otra á su madre que se habia lastimado mas que ella. Mientras que todo el mundo se ocupaba de la marquesa de Lus-san, tuve tiempo para contar á Adelaida una parte de lo que me habia pasado con mi padre; pero suprimí el artículo de la quema de los papeles que ella ignoraba totalmente, y que tampoco deseaba que supiese, pues esto hubiera sido en algun modo imponerle la necesidad de amarme, y yo queria deberlo todo á su corazon: tambien disminuí la cólera de mi padre.

Adelaida era virtuosa; yo conocia que para que ella se pudiese entregar libremente á su pasion, necesitaba tener esperanza de que algun dia podriamos estar

unidos; por consiguiente apoyé sobre el amor que me tenia mi madre, sobre lo bien dispuesta que estaba en nuestro favor, y supliqué á Adelaida que la viesse. — «Hablad á mi madre, me dijo entonces, ella conoce vuestros sentimientos, y tambien los míos, su autoridad me ha parecido indispensable para adquirir la fuerza de combatirlos si es preciso, ó para entregarme á ellos sin escrúpulo, y si puedo hacerlo sin crimen; ella buscará por todos los medios posibles el modo de que mi padre proponga una reconciliacion; tenemos parientes comunes que trataremos de interesar.» — El placer que estas esperanzas causaban á Adelaida me hizo sentir mas mis desgracias. — «Decidme, le dije tomándole la mano, que si nuestros padres son inexorables tendreis á lo menos lástima de un desgraciado. — Haré lo que pueda para conformar mis sentimientos con mi deber, pero conozco que

seré desgraciada si este me obligase á afligiros.»

Las personas que hasta entonces habian estado ocupadas en socorrer á la marquesa de Lussan, se arrimaron á su cama é interrumpieron nuestra conversacion. Yo me acerqué á la de la madre, que me recibió con bondad, y me prometió hacer cuanto estuviese de su parte para reconciliar nuestras familias. Salí para dejarlas en libertad, y me fui á mi cuarto donde me esperaba mi conductor, el cual no se habia dignado informar quienes eran las personas que acababan de llegar; esta indiferencia me dejó la libertad de volver á ver un instante á Adelaida antes de ponerme en camino. Entré en su cuarto en un estado mas fácil de adivinar que de poder explicar; temia que aquella fuese la última vez que tendria el gusto de verla. Me acerqué á su madre, mi dolor le dijo mas que hubie-

ran podido mis palabras, pero me manifestó mas interes que la noche anterior. Adelaida estaba al otro extremo del cuarto, fui hácia ella y le dije: — «Yo me marchó, mi querida Adelaida.» Repetí estas mismas palabras dos ó tres veces, mis lágrimas le dijeron lo demas; ella tambien lloró. — «Ya veis mi pena, me dijo, no trato de ocultarlo, lo que siento en mi corazon me autoriza á manifestarla, vos lo mereceis; ignoro cual será nuestra suerte, la mia depende de mis padres. — ¿Y porqué, le respondí nos hemos de someter á la tiranía de nuestros padres? Dejémoslos que se odien pues lo quieren asi, y nosotros marchémonos á un rincón del mundo, en donde podamos disfrutar de nuestro amor, y hacernos de él un deber. — ¿Qué es lo que os atreveis á proponerme? me dijo, ¿queréis que me arrepienta del sentimiento que me habeis inspirado? Mi ternura,

ya os lo he dicho, puede hacerme desgraciada, pero no me hará nunca criminal. A Dios, continuó dándome la mano; no es sino por nuestra constancia y nuestras virtudes que debemos tratar de mejorar nuestra suerte, pero en cualquiera ocasion que nos encontremos prometámonos de no cometer ninguna accion de la que tengamos que avergonzarnos algun dia.» Mientras me hablaba asi, yo besaba su mano y la cubria de lágrimas. — «Yo no me siento capaz, le dije al fin, sino de amaros y de morir de dolor.»

Mi corazon estaba tan oprimido que apenas pude pronunciar estas palabras. Salí de su cuarto, monté á caballo, y llegué al sitio donde debiamos comer, sin haber hecho mas que llorar; mis lágrimas corrian con abundancia y me desaogaban: cuando el corazon del hombre está verdaderamente herido, encuentra placer en todo lo que le manifiesta su sensibilidad.

Lo demas de nuestro camino se pasó como al principio, sin hablar una sola palabra. Al tercer dia llegamos á un castillo construido cerca de los Pirineos: estaba rodeado de pinos, de cipreses, de rocas escarpadas y áridas, y no se oía otro ruido sino el de los torrentes que se precipitaban entre las rocas. Esta habitacion tan salvage me agradaba por la sola razon de que estaba en armonía con mi melancolía: pasaba los dias enteros en los bosques, cuando estaba de vuelta me ponía á escribir cartas en las cuales pintaba toda mi pasion. Esta ocupacion era mi único placer. Un dia podré dár-selas, me decia, y ellas le harán ver en que he ocupado el tiempo de mi destierro: algunas veces recibia cartas de mi madre; me escribió una, en la cual me daba algunas esperanzas. ¡ Ah! este ha sido el último momento que he tenido de satisfaccion; me decia que todos nues-

tros parientes trabajaban para reconciliar nuestra familia; y que esperaba un buen resultado.

Durante seis meses no volví á recibir noticia alguna. ¡ Dios mió! ¡ Qué largos me parecian los dias! Por las mañanas salia al camino por donde podia llegar algun mensagero, no volvia sino lo mas tarde posible y cada vez mas triste. Al fin un dia ví á lo lejos un hombre que venia hácia mi, no dudé que fuese á mí á quien buscaba; pero la impaciencia que habia tenido hasta aquel momento se cambió en un temor que no me permitia dar un paso; yo no sé que me detenia; la duda en que habia estado hasta entonces, me parecia un bien que temia perder.

¡ No me engañé, las cartas que este hombre me entregó y que me estaban efectivamente dirigidas, me anunciaban que mi padre no habia querido absolutamente entrar en ningun acomodo, y para colmo

de desgracias, supe además que mi casamiento con la hija de la familia de Foix estaba decidido, que las bodas se celebrarían en la casa donde yo estaba, y que mi padre llegaría de allí á pocos dias para prepararme á obedecerle.

Es fácil de imaginar que no dudé un instante sobre el partido que debia que tomar: esperé con bastante tranquilidad la llegada de mi padre: para mí era una satisfaccion en la desgraciada posición en que me hallaba el poder hacer un sacrificio por Adelaida. Estaba seguro que era fiel á mi cariño, y yo la amaba demasiado para poderlo poner en duda. El verdadero amor inspira confianza.

Además de esto, mi madre, que tenía tantos motivos para separarme de Adelaida, no me habia nunca escrito nada que me pudiese dar la menor sospecha; su constancia aumentaba mi pasión. Algunas veces me consideraba dichoso

pensando que el rigor de mi padre me procuraba la ocasion de probarle mi cariño: los tres dias que se pasaron hasta la llegada de mi padre, los empleé en pensar el nuevo motivo que iba á dar á Adelaida para que estuviese satisfecha de mi amor; á pesar de mi triste situación, mi corazón estaba lleno de esta idea y estaba casi contento.

En la conferencia que tuvo mi padre conmigo, estuve respetuoso aunque sumamente frío, y él altanero y orgulloso.—«Os he dado, me dijo, bastante tiempo para que hayais podido arrepentiros de vuestras locuras, y vengo á daros los medios para hacérmelas olvidar. Espero que correspondereis á mi bondad por vuestra obediencia; preparaos á recibir como es debido al conde de Foix y á su hija que os he destinado para esposa. El casamiento se hará aquí, llegarán mañana con vuestra madre: yo solamente me

he adelantado para dar las órdenes necesarias. — Yo siento infinito, le respondí, el no poder hacer lo que deseais; pero soy demasiado hombre de bien para dar mi mano á una persona que me sería imposible amar; os suplico que me permitais que salga al instante de aquí; por mas amable que sea la hija del conde de Foix no podrá hacerme cambiar de resolución; el desaire que le hago sería mucho mas sensible despues de haberla visto. — No la verás, no, me respondió con furor, no verás ni siquiera el sol, te haré encerrar en uno de los calabozos destinados para aquellos que se te asemejan: y juro que ninguna fuerza humana te hará salir mientras tu no pienses en cumplir como debes; te castigaré por cuantos medios esten en mi poder, y te privaré de mis bienes, que dejaré á la hija del conde de Foix, á fin de cumplir en cuanto sea posible la palabra que le he dado. »

Me condujeron efectivamente á una de las torres del castillo; mi calabozo recibia la luz por una ventana con reja sumamente pequeña y que daba sobre uno de los patios del castillo: mi padre mandó que me llevasen de comer dos veces al dia, y que no me permitiesen hablar con nadie. Los primeros dias los pasé con bastante tranquilidad, y casi con gusto: ocupado únicamente de lo que acababa de hacer por Adelaida, apenas sentia las incomodidades de mi prision; pero cuando esta idea fue menos viva, me entregué á todo el dolor de una ausencia quizas eterna.

Mis reflexiones aumentaban mi pena; temia que Adelaida no se viese obligada á contraer un casamiento; la veia rodeada de ribales que deseaban agrada-la, y yo no tenia en mi favor sino mis desgracias; es verdad que para Adelaida esto era tenerlo todo: me arrepenti-

tí de mis mal fundadas sospechas, y le pedia perdon como si hubiese cometido un crimen. Mi madre me envió una carta en la cual me aconsejaba me sometiese á las órdenes de mi padre cuya cólera se aumentaba cada dia; añadia que ella misma sufría infinito y que el interes que habia tomado en la reconciliacion habia hecho sospechar á mi padre que estaba de inteligencia conmigo.

Las penas de mi madre me affligian, pero se me figuraba que estaban compensadas por las que yo mismo sufría. Un dia mientras estaba, segun mi costumbre, absorvido en mis tristes reflexiones, un pequeño ruido que oí hacia la ventana llamó mi atencion, y ví caer en mi cuarto un papel; era una carta; la abrí precipitadamente, y la agitacion en que estaba me quitaba casi la respiracion; ¡pero como me quedé despues de haberla leído! Este era su contenido.

AL CONDE DE COMMINGE.

«Los furores de vuestro padre me han instruido de todo lo que os debo; sé «lo que vuestra generosidad me habia «ocultado, conozco la horrorosa situacion en que os encontrais, y no tengo «para poderos salvar sino un medio que «podrá haceros quizás mas desgraciado, «pero yo tambien lo seré igualmente, y «esto me da la fuerza para hacer el sacrificio que exigen de mí; quieren que «dé mi mano á otro, á fin de asegurarse «por este medio el que no pueda ser vuestra: este es el precio que el conde de «Comminge pone á vuestra libertad. Me «costará quizás la vida ó por lo menos «mi tranquilidad; pero no importa estoy «decidida, vuestras desgracias y vuestra prision es lo único que veo. Dentro «de pocos dias estaré casada con el mar-

«ques de Benavides. El poco conocimien-  
 «to que tengo de su carácter, me hace  
 «comprender lo mucho que tendré que  
 «sufrir; pero yo os debo á lo menos esta  
 «especie de fidelidad; y la seguridad de  
 «no encontrar sino penas en el casamien-  
 «to que voy á hacer; vos al contrario  
 «tratad de ser dichoso; vuestra felici-  
 «dad me servirá de consuelo. Conozco  
 «que no debería hablaros como lo ha-  
 «go: si fuese verdaderamente generosa,  
 «no diria nada de la parte que teneis en  
 «mi casamiento, dejaría que me trataseis  
 «de inconstante: esta fue mi primera idea,  
 «pero no he podido ejecutarla; en la triste  
 «situacion en que me encuentro necesito á  
 «lo menos tener el consuelo de poder pen-  
 «sar que mi memoria no os será odiosa.  
 «¡Ah! á mí no me será permitido conser-  
 «var la vuestra, será preciso que os olvi-  
 «de ó á lo menos debo hacer cuanto esté  
 «de mi parte para conseguirlo. Esta es

«la mayor de todas mis penas; vos las  
 «aumentareis aun sino evitais con esme-  
 «ro todas las ocasiones de verme y de  
 «hablarme. Acordaos que me debeis es-  
 «ta prueba de vuestro cariño, y no ol-  
 «videis tampoco de lo que la aprecio,  
 «pues de todos los sentimientos que os  
 «he podido inspirar, este es el único  
 «que me es permitido, el pedirlos que  
 «me conserveis.» — ADELAIDA.  
 «Yo no leí esta carta fatal sino hasta  
 «donde decia: «Quiéren que dé mi mano  
 «á otro, á fin de asegurarse por este mé-  
 «dio el que no pueda ser vuestra.» La  
 «pena que me causaron estas palabras no  
 «me permitió continuar, y me dejé caer  
 «sobre el solo colchon que componia mi  
 «cama. Estuve varias horas sin conoci-  
 «miento, y quizás hubiera muerto sin el  
 «socorro del hombre que me traia la co-

mida. Si la situacion en que me encontraba le asustó, todavía lo estuvo mas al ver el esceso de mi desesperacion cuando volví en mí. La carta, que á pesar de mi debilidad no habia soltado y que ya habia acabado de leer, estaba empapada en lágrimas, y me esplicaba de un modo que hacia temer si habia perdido el juicio.

Este hombre, que hasta entonces habia sido insensible á la piedad, no pudo dejar de enternecerse; desaprobó la conducta de mi padre; se arrepentia de haber ejecutado sus órdenes; y me pidió perdon. Su arrepentimiento me dió la idea de proponerle el dejarme salir solo durante ocho dias, al cabo de los cuales yo me ofrecia á volver á ponerme entre sus manos, y añadí todo lo que me pareció necesario para poderle determinar. Enternecido por el estado en que me veia, escitado por su interes y por el temor de que yo no me vengase algun

día del trato que me habia dado, consintió en lo que le pedia, pero con la condicion de que me acompañaria.

Yo hubiera querido ponerme en camino al instante, pero era menester tomar caballos y me dijo que no los podria tener hasta el dia siguiente. Mi intencion era la de ir á buscar á Adelaida, hacerla conocer mi desesperacion, y morir á sus pies si se obstinaba en no querer cambiar de resolucion. Para poner en práctica mi proyecto, era menester llegar antes que se efectuase su casamiento, y cada momento que se pasaba en la inaccion eran siglos para mí. La carta que habia recibido y que ya habia leído varias veces; la leia de nuevo, y se me figuraba que cada vez que la leia debia encontrar alguna cosa mas; examinaba la fecha y me decia, ella buscará pretextos para retardar esta ceremonia. ¿Pero cómo me pude lisonjear de una esperan-

za tan vana? Adelaida que se sacrifica por mi libertad habrá apresurado el momento de la ejecucion. ¡Ah! ¿cómo ha podido pensar que la libertad sin ella puede ser un bien para mí? En cualquiera parte donde viva será para mí una prision. No ha conocido mi corazón; me ha juzgado como á los demas hombres y esto me ha perdido. Soy aun mas desgraciado de lo que pensaba, pues no me queda siquiera el consuelo de poder pensar que habia conocido mi amor.

Pasé toda la noche ocupado en estas ideas. El dia llegó finalmente; mi conductor y yo montamos á caballo, y anduvimos todo el dia sin pararnos un momento, cuando de repente ví á mi madre en medio del camino que venia hácia nosotros, me conoció y, despues de haberme hecho ver lo que le sorprendia el haberme encontrado en aquel parage, me hizo subir en su coche. No

me atreví á preguntarle el motivo de su viage: temia todo género de explicacion, y mi temor no era infundado. «Yo venia hijo mio, me dijo, á sacaros de vuestra prision, vuestro padre ha consentido en ello. — ¡Ah! exclamé: ¡Adelaida está casada!» Mi madre no me respondió. Mi desgracia que ya era sin remedio, se presentó entonces á mi imaginacion bajo el aspecto mas horroroso, caí en una especie de estupidez y á fuerza de dolores me imaginaba no tener ninguno.

— Mi cuerpo no tardó en resentirse del estado de mi espíritu, y la calentura se declaró antes de bajar del coche. Mi madre me hizo meter en la cama; pasé dos dias sin hablar y sin querer tomar ningun alimento, la calentura se aumentó y al tercer dia empezaron á desesperar de mi vida. Mi madre, que no se separaba un instante de mi lado,

estaba inconsolable, sus lágrimas, sus súplicas y el nombre de Adelaida que sabia emplear á propósito, me hicieron tomar la resolución de conservar mi existencia. Al cabo de quince dias empecé á sentir algun alivio; la primera cosa que hice fue buscar la carta de Adalaida: mi madre que me la habia quitado, viéndome tan afligido me la volvió, la puse en una bolsa que llevaba colgada al cuello, en donde habia puesto su retrato, y cuando estaba solo la sacaba para leerla de nuevo.

Mi madre naturalmente tierna se afligía conmigo; creia que era menester ceder á mi tristeza y dejar que el tiempo acabase mi curacion.

Me permitia que le hablase de Adelaida, y algunas veces ella misma me hablaba, y como conocia que lo único que me consolaba era la idea de ser amado; me contó que ella misma ha-

bia determinado á Adelaida á que se casase. — «Perdóname, hijo mio, me dijo, el mal que te he hecho, yo no te creia tan sensible, la prision en que estabas, me hacia temer por tu salud, y aun por tu vida. Ademas de esto conocia la inflexibilidad de tu padre que no te hubiera vuelto la libertad mientras no hubiese estado seguro que no podias casarte con la hija de Lussan; esto me decidió á hablar á esta interesante jóven le comuniqué mis temores, tomó parte en ellos, y quizas lo sintió mas que yo; se ocupó en buscar los medios para concluir prontamente su casamiento, que ya hacia tiempo que su padre, resentido de la conducta del tuyo, le daba prisa para finalizarlo; hasta aquel dia nada habia sido bastante para hacerla determinar. ¿Quien pensais elegir? le pregunté: — Cualquiera me es igual, me respondió, pues que no puedo entregarme al

que mi corazón había elegido.» Dos días después supe que el marques de Benavides había sido el preferido; todo el mundo y aun yo mismo admiramos su elección.

Benavides tiene un físico desagradable, su humor ridículo, y su poco talento le hacen todavía más insupportable; esta unión me hizo temer por la pobre Adelaida, y fui para hablarla en casa de la condesa de Gerlande, en donde efectivamente la encontré. —«Me preparo, me dijo, á ser muy desgraciada, pero es menester que me case, y desde que he sabido que este es el único medio para volver la libertad á vuestro hijo, cada momento que tardo en ejecutarlo, lo considero como una falta. A pesar de que este casamiento yo no lo contraigo sino por él, quizás será la mayor de sus penas; he querido á lo menos probarle, por la elección que he

hecho, que solamente su interés me ha podido determinar. Compadeceadme, soy digna de lástima, y trataré de merecer vuestro cariño por la conducta que tendré con el marques de Benavides.» Mi madre me dijo además, que Adelaida había sabido por mi padre que yo había quemado los títulos que nos hacían poseedores de sus bienes, pues se lo echó en cara públicamente el día que perdió el pleito. Ella me ha confesado, me decía mi madre, que lo que más le había conmovido era tu generosidad en ocultarle lo que habías hecho en su favor.» En estas y otras conversaciones semejantes se pasaban los días, y aunque mi tristeza fuese siempre la misma, yo sentía una especie de placer, por la seguridad que tenía de ser amado.

Al cabo de algunos meses, mi madre recibió una orden de mi padre para que fuese á reunirse con él; no había tomado

casi ninguna parte en el mal estado de mi salud; el modo como me habia tratado habia apagado en su corazon todo sentimiento hácia mí. Mi madre queria que fuese con ella, pero yo le rogué que me permitiese quedarme en el campo, y consintió en mi súplica.

Volví á verme solo en los bosques, desde entonces formé el proyecto de ir á vivir en un desierto, y seguramente lo hubiera puesto en ejecucion, si el amor que profesaba á mi madre no me hubiese detenido. Muchas veces me venia la idea de ir á ver á Adelaida, pero el temor de disgustarla no me lo permitia.

Despues de varias consideraciones imaginé que á lo menos podria tratar de verla sin ser visto.

Una vez tomada esta resolucion, me propuse enviar á Burdeos á un hombre que pudiese instruirme de su paradero; este habia estado conmigo desde mi ni-

ñez, habia venido á reunírseme durante mi enfermedad, me habia acompañado á Bañeres, conocia á Adelaida, y segun me dijo tenia ademas alguna conexion con la familia de Benavides.

Despues de haberle dado todas las instrucciones que me parecieron necesarias, y habérselas repetido mil veces, le dejé partir. A su llegada á Burdeos, supo que Benavides ya no estaba allí, y que poco despues de su casamiento se habia ido con su muger á una hacienda que tenia en Vizcaya. Este emisario, que se llamaba Saint-Laurent, me lo escribió, y me pedia mis órdenes; yo le respondí que fuese á Vizcaya sin perder un momento. El deseo que tenia de ver á Adelaida se habia aumentado de tal modo por la esperanza que habia concebido, que ya me era imposible desistir de mi empresa.

Saint-Laurent estuvo ausente cerca de

seis semanas: al cabo de este tiempo vino, y me contó que después de mucho trabajo y de muchas tentativas inútiles, había sabido que Benavides necesitaba un arquitecto, que se hizo presentar á el bajo este título, y que gracias á algunos conocimientos que le había dado un tío suyo, que ejercía esta profesion, había podido introducirse en la casa. Yo creo, añadió, que la señora de Benavides me ha conocido, pues me apercibí que se puso colorada la primera vez que me vió: me dijo después que su vida era la mas triste y la mas retirada del mundo, que su marido no se separaba nunca de ella, que en la casa le creían muy enamorado, aunque no había dado otra prueba de serlo sino unos zelos tan estremados, que ni aun su hermano podia verla sino en su presencia.

Le pregunté quien era el hermano, y me respondió que era un jóven del cual

décian tanto bien, como mal de Benavides, y que parecia tomar el mayor interes por su cuñada. Estas palabras no hicieron en aquel momento ninguna impresion sobre mí; la triste situacion de Adelaida, y el deseo de verla era lo que únicamente me ocupaba. Saint-Laurent me dijo que había tomado todas sus medidas para introducirme en casa de Benavides.—Necesita, me dijo, un pintor para pintar una habitacion, yo le he prometido llevarle uno, y es preciso que admitais este disfraz.

No pensamos sino en arreglar nuestro viage, escribí á mi madre que me iba á pasar algunos dias en casa de un amigo mio, y emprendí con Saint-Laurent el camino de Vizcaya. Mis preguntas sobre todo lo que tenia conexión con la señora de Benavides no se acababan nunca, yo hubiera querido saber hasta los mas pequeños pormenores. Saint-Laurent no

podía satisfacer mi curiosidad; pues lá habia visto muy poco. Pasaba los dias enteros en su cuarto sin otra compañía que la de un perro que queria mucho: esta circunstancia me interesó particularmente; aquel perro habia sido mio, y me lisonjeaba que esta era la razon porque lo queria; cuando el hombre es desgraciado, sabe apreciar todas estas pequenezes que son imperceptibles en los tiempos dichosos. Cuando el corazon necesita consuelo, todo lo aprovecha.

Saint-Laurent me habló ademas del interes que el jóven Benavides tomaba por su cuñada; añadió que muchas veces calmaba los furores de su hermano y que todo el mundo estaba persuadido de que sin él Adelaida sería aun mas desgraciada. Me aconsejó que me limitase á verla, pero que no hiciese ninguna tentativa para hablarla.—«No os diré, añadió, que esponéis vuestra vida si lle-

gáis á ser descubierto, este motivo sería demasiado débil para poderos contener, pero esponéis la suya.» Para mí era tan grande la dicha de poder á lo menos ver á Adelaida, que me figuraba de muy buena fe que se me contentaria con esto, y prometí á Saint-Laurent y á mí mismo el guardar la mayor reserva.

Despues de varios dias de camino, que para mí fueron años, llegamos; fuí presentado en casa de Benavides, y me ocupó desde aquel instante; estuve alojado con el supuesto arquitecto, que por su parte conducia los demas obreros: hacia algunos dias que habia empezado mi trabajo, y todavia no habia podido ver á Adelaida; al fin la ví una tarde que pasaba por debajo de la ventana de la habitacion en que yo trabajaba, para ir á dar un paseo, solo su perro la acompañaba; su exterior tenia un aire de tristeza, y se me figuraba que sus

hermosos ojos recorrian todos los objetos sin poner atencion á ninguno. Su vista turbó mis sentidos, y me quedé apoyado á la ventana todo el tiempo que duró su paseo. Cuando volvió ya era de noche, y no pude distinguirla al pasar por debajo de la ventana, pero mi corazon me decia que era Adelaida.

La segunda vez que la ví fue en la capilla del castillo; me puse de manera que pudiese verla sin que nadie pudiese reparar en mí. Ella no me vió, y yo debía estar muy satisfecho de esto, supuesto que sabia que si llegaba á ser conocido, ella misma me obligaria á partir. A pesar de esto lo sentia, y sali de la capilla mas agitado que cuando entré. Todavía no habia formado el proyecto de darme á conocer, pero creia que me seria imposible resistir, á una ocasion si se llegaba á presentar.

La presencia del jóven Benavides me

causaba tambien alguna inquietud; venia á menudo á verme trabajar, y á pesar de la distancia que parecia mediaba entre nosotros dos, me trataba con una familiaridad que hubiera debido causarme alguna satisfaccion; pero al contrario, su amabilidad y su mérito, que yo no podia negarle, contenian mi agradecimiento, y temia encontrar en él un rival; yo notaba en toda su persona una cierta tristeza demasiado semejante á la mia, para dejar de imaginar que pudiese tener otra causa; y lo que acabó de convencerme, fue el que un dia, despues de haberme hecho varias preguntas sobre mi fortuna, me dijo: — « Vos estais enamorado; la melancolía que os consume proviene de las penas de vuestro corazon, habládme con franqueza, si yo puedo seros de alguna utilidad os serviré con gusto; todos los desgraciados en general tienen derecho á mi com-

pasion, pero hay una clase que compadezco mas que los otros.

Se me figura que dí las gracias á Don Gabriel (este era su nombre), con un tono muy poco agradable por el ofrecimiento que me hacia. No tuve á pesar de esto la fuerza de negarle que estaba enamorado, pero le dije que mi desgracia era tal, que solamente el tiempo podia aliviar mis penas. — «Yo conozco, me dijo, algunas personas aun mas desgraciadas, pues vos esperais poder tener algun alivio, y aquellas no esperan ninguno.»

Cuando me quedé solo, hice mil reflexiones sobre la conversacion que habia tenido con Don Gabriel, y saqué la consecuencia que estaba enamorado, y que lo estaba de su cuñada; todas sus acciones que yo examinaba con la mayor prolijidad me confirmaron en esta opinion. Le veia siempre al lado de Ade-

laida y mirarla lo mismo que yo hacia: á pesar de esto no estaba zeloso, el amor que sentia por Adelaida no me lo permitia; ¿pero podia yo ser dueño de mi mismo hasta quitarme los temores de que la presencia de un hombre amable, atento y solícito, no le hiciese conocer de una manera mas desagradable para mí, que mi amor no le habia causado sino penas?

Tal era mi situacion, cuando un día ví entrar en la sala donde estaba trabajando, á Adelaida acompañada de Don Gabriel. — «Yo no sé, le dijo ella, que interes teneis en hacerme ver todos estos adornos, sabiendo que para mí no tienen ningun atractivo. — Señora, yo me persuado, le dije, que si os dignaseis examinar todo lo que hay en esta sala, quizas encontrariais alguna cosa de vuestro gusto.» Adelaida, que reconoció mi voz, bajó los ojos durante algunos ins-

tantes, y salió luego del cuarto, sin siquiera mirarme, pretestando que el olor de la pintura la incomodaba.

Yo me quedé confuso y entregado al mas vivo dolor; Adelaida no se habia dignado ni mirarme, ni mostrarme siquiera que la habia disgustado. ¿En qué la he ofendido? me decia yo á mí mismo, es verdad que mi venida es contraria á sus órdenes; pero si me amase todavía me perdonaria una falta que no es sino una nueva prueba de mi amor; saqué pues la consecuencia de que Adelaida ya no me amaba, y que otro poseia su corazon. Esta idea me causó una pena tan amarga y tan nueva para mí que creia que hasta aquel momento no habia sido verdaderamente desgraciado. Saint-Laurent, que venia á verme de cuando en cuando, entró y me encontró en una agitacion que le asustó.— «¿Qué teneis? me dijo, ¿qué os ha suce-

didó? — Estoy perdido, le respondí, Adelaida ya no me ama. ¡Ya no me ama! repetia. ¿Es posible? ¡Ah, cuán injustamenté me quejaba de mi suerte antes de este cruel momento! ¡Con cuánto gusto sufriria las mayores penas para recuperar el bien que acabo de perder, aquel bien que yo preferia á todos los demas, aquel bien que á pesar de todas mis desgracias llenaba mi corazon de una alegria tan pura!.....»

Pasé un largo rato en quejarme amargamente, y Saint-Laurent, que deseaba saber la causa de mis penas, no pudo conseguirlo sino despues de mucho tiempo.— «En todo lo que me habeis dicho, yo no encuentro, me dijo, ningun motivo para desesperaros en tales términos; la señora de Benavides está sin duda ofendida de vuestra venida, y ha querido castigar vuestra imprudencia mostrándose indiferente. ¿Como podeis saber

si ella misma no ha temido quizás el descubrir su secreto si os miraba?—No, no, le dije, cuando una persona ama no puede conservar tanta serenidad, el corazón solo obra en un primer momento. Es preciso que la vea, y que le eche en cara su inconstancia. ¡Ah! ¿después de lo que ha hecho debía acaso quitarme la vida de una manera tan cruel? ¿Porqué no me ha dejado en mi prision? Allí me consideraba dichoso, porque á lo menos me creia amado.»

Saint-Laurent, que temia que me encontrasen en aquel estado, me acompañó á mi cuarto, y pase la noche entregado á los mas crueles tormentos. No podia formar una idea sin que al mismo instante no estuviese destruida por otra; desaprobaba mis zelos, los volvia á encontrar fundados; consideraba injusto el pretender que Adelaida me conservase un cariño que solo podia hacerla desgracia-

da. En algunos momentos yo mismo me acusaba de amarla mas por mí que por ella. «Si ya no me ama, decia á Saint-Laurent, y que otro sea el dueño de su corazón, ¿qué me importa el morir? Yo quiero hablarla pero será para decirle mi último á Dios. No le daré ninguna queja, mi dolor, que me será imposible poder ocultar, se las hará conocer bastante.»

Decidido á hablarla y á separarme de ella en cuanto lo hubiera podido ejecutar, nos ocupamos en buscar los medios de poderlo conseguir. Saint-Laurent me dijo que era menester aprovechar la ocasion, mientras que Don Gabriel estuviese divertido en la caza, lo que sucedia casi todos los dias; y que Benavides estuviese ocupado en sus asuntos caseros, lo que hacia ciertos dias en la semana.

Me hizo prometer, á fin de que nadie pudiese entrar en sospechas, que conti-

nuaria trabajando como hasta entonces, y que empezaria á anunciar mi viage.

Continué pues mi trabajo, y tenia alguna esperanza de que Adelaida vendria á aquella habitacion, cada ruido que oía se me figuraba que era ella, y no podia sino con trabajo contener mi agitacion; pasé asi algunos dias, al cabo de los cuales perdí la esperanza de que viniere y resolví buscar un momento para poderla encontrar sola.

El momento que tanto deseaba llegó al fin. Yo subia como todos los dias para continuar mi trabajo, cuando vi á Adelaida que entraba en su cuarto, no dudé un instante que debía estar sola, pues sabia que Don Gabriel habia salido temprano, y al tiempo de subir habia oido á Benavides que estaba en una sala baja con uno de sus arrendatarios.

Entré con tanta precipitacion en el cuarto, que Adelaida que no me vió si-

no cuando ya estaba cerca de ella, quiso salir pero yo la detuve por su vestido.—«No huyais de mí, señora, le dije, permitidme la satisfaccion de veros por la última vez.... dejaré de seros incómodo.... voy á separarme de vos, á morir de pena por los males que os he causado, y por el que me causa la pérdida de vuestro corazon. Deseo que D. Gabriel sea mas dichoso..... Adelaida á quien la sorpresa no habia permitido hasta entonces el poder hablar, me interrumpió al decir estas palabras, y mirándome fijamente me dijo.—¡Es posible! ¡vos os atreveis á darme quejas! vos os atreveis á sospechar de mi conducta!»

Estas palabras me hicieron echar á sus pies. «No, mi querida Adelaida, no tengo sospecha ninguna, perdonadme un discurso que mi corazon desaprueba.—Todo os lo perdono, me respondió, á condicion de que salgais de aquí al

instante, y que no volvais nunca á verme. Acordaos de que vos sois la causa de que yo sea la persona mas desgraciada del mundo. ¿ Quereis acaso verme la mas criminal?—Yo haré todo lo que deseais pero prometedme á lo menos que no me aborrecereis. »

Aunque Adelaida me habia dicho varias veces que me levantase, yo estaba siempre á sus pies; solo los que aman conocen el valor de esta postura. Todavía la conservaba, cuando Benavides abrió de repente la puerta del cuarto; apenas me vió á los pies de su esposa que sacó la espada, y precipitándose hácia ella.—¡Morirás pérfida!: le dijo, y la hubiera muerto infaliblemente si no me hubiese puesto de por medio sacando tambien la mia.—«Mi venganza empezará por tí.» Esclamó Benavides, dirigiéndome un golpe que me hirió en el hombro. Yo no amaba bastante la vida pa-

ra defenderme con empeño, pero odiaba demasiado á Benavides para abandonársela. Además, lo que acababa de hacer contra su inocente muger no me permitia ninguna reflexion, le ataqué como un desesperado, y le dí una estocada que le hizo caer sin sentido.

A los gritos de Adelaida acudieron los criados, que entraron en aquel momento: varios de ellos se echaron sobre mí y me desarmaron sin que yo hiciese la menor resistencia. La vista de la esposa de Benavides caída en el suelo al lado de su marido y anegada en llanto no me permitia sentir sino sus penas. A mí me llevaron á un cuarto y me encerraron.

Cuando me ví solo y entregado á mí mismo fúe cuando conocí el abismo en que habia precipitado á Adelaida. La muerte de su marido, á quien yo creia haber quitado la vida en su presencia no podia menos de dar lugar á mil sos-

pechas injuriosas para ella. ¡Cuántas quejas no me daba yo á mí mismo! Yo habia sido la causa de sus primeras desgracias, y acababa de ponerlas al colmo por mi imprudencia; me imaginaba el estado en que la habia dejado, y lo incomodada que debia estar contra mí: conocia que debia aborrecerme, lo merecia; la única esperanza que me quedó fue la de no haber sido conocido, y la idea de que me podrian creer un malvado: en cualquiera otra ocasion me hubiera hecho estremecer, pero en aquel momento me fue indiferente. Adelaida sabia hacerme justicia, y ella era para mí todo el universo.

Este pensamiento me dió un poco de tranquilidad, pero turbada sin embargo por la impaciencia que tenia de que me interrogasen. A media noche oí abrir mi puerta y me quedé admirado viendo entrar á D. Gabriel. — «Tranquilizaos, me

dijo acercándose hácia mí, vengo á cumplir las órdenes de mi cuñada, quien ha tenido bastante confianza en mí para no ocultarme nada de lo que tiene relacion con vos: puede ser, añadió dando un suspiro, que no pudo contener que hubiera pensado de una manera distinta si me hubiese conocido mejor; pero no importa, corresponderé á su confianza; os salvaré, y á ella tambien si puedo. — No me salvareis, le respondí, yo debo justificar la conducta de la señora de Benavides y lo haré aunque fuese á costa de mi existencia.»

Despues que le hube explicado mi proyecto de no darme á conocer. — «Vuestro proyecto, me dijo Don Gabriel, seria bueno ponerlo en práctica, si mi hermano hubiese muerto como veo que lo suponeis; pero su herida aunque grave, puede no ser mortal; la primera señal de vida que ha dado, ha sido el hacer

encerrar en su cuarto á su esposa. Este acto os debe hacer ver que la cree culpable, y no hariais sino perderos sin salvarla. Salgamos de aquí, continuó, hoy puedo hacer por vos lo que quizas me será imposible hacer mañana. — ¿Y cuál será la suerte de Adelaida? exclamé. No, yo no me puedo resolver á salvarme del peligro en que la he puesto y abandonarla en él. — Ya os he dicho, me respondió D. Gabriel, que vuestra presencia no puede sino empeorar la posicion tan crítica en que se encuentra. — Pues bien, huiré, le dije, ya que lo desea asi, y que su interes lo exige; pero espero sacrificándole mi vida, inspirarle lástima á lo menos; pero conozco que soy indigno de tener este consuelo; no soy sino un miserable; y no merezco sacrificarle mi vida. Protegedla, dije á D. Gabriel, sois generoso; su inocencia y sus desgracias deben interesaros en su favor. — Podeis muy bien

imaginaros por lo que acabo de deciros, me respondió, que tomo en los intereses de esta señora una parte demasiado activa para descuidar nada de lo que pueda serle útil. ¡Ah! continuó, yo me consideraria bastante recompensado, si pudiese pensar que no ha conocido todavía el amor. ¿Es posible que la dicha de haber conmovido su corazon no os haya bastado? Pero partamos prosiguió, aprovechémonos de la noche.» Dicho esto me tomó por la mano, cerró su linterna secreta, y me hizo atravesar los patios del castillo. Yo estaba tan incomodado contra mí mismo, que por un sentimiento de desesperacion, hubiera querido ser mas desgraciado de lo que era.

Don Gabriel me aconsejó al separarse de mí, el ir á un convento de frailes que se hallaba á un cuarto de legua del castillo. — «Es necesario, me dijo, que esteis durante algunos dias escondido en ese

convento, para estar al abrigo de las averiguaciones que yo mismo me veré obligado de hacer; tomad esta carta para uno de los religiosos á quien podreis confiaros abiertamente.» Estuve largo tiempo sin poderme resolver á alejarme del castillo, pero el deseo de tener noticias de Adelaida me determinó á tomar el camino del convento.

Llegué al rayar el día. El religioso á quien iba dirigida la carta de D. Gabriel, despues de haberla leído me condujo á un cuarto. La debilidad que sentia, y las manchas de sangre de que estaba cubierto mi vestido, le hicieron sospechar que estaba herido: me lo preguntó pero no pude responderle y caí en el suelo desmayado. Entre él y un criado que llamó me metieron en la cama; hicieron venir al cirujano de la casa para que examinase mi herida, que estaba en muy mal estado por razon del frio y del

cansancio que habia sufrido en el camino.

Quando me ví solo con el padre á quien estaba recomendado, le supliqué que enviase, á una casa que le indiqué en el lugar inmediato, para informarse si Saint-Laurent se habria refugiado en ella y efectivamente no me engaÑe, y le ví llegar con el hombre que habia enviado. La pena que tuvo este jóven cuando supo que yo estaba herido, no es posible explicarla; se acercó á mi cama para informarse del estado de mi salud. — « Si queris salvarme la vida, le dije, es menester que me informeis del estado en que se halla la señora de Benavides, no perdais un solo instante, imaginaos bien lo que yo sufro, es mil veces peor que la muerte.» Saint-Laurent despues de haberme prometido hacer lo que yo deseaba se retiró para ocuparse de la ejecucion.

Una calentura sumamente fuerte se

apoderó de mí, la herida presentaba un aspecto peligroso, y fue preciso hacerme varias insiciones bastante profundas; pero los males de mi espíritu no me dejaban apenas sentir los del cuerpo. Mi imaginacion me representaba á Adelaida del modo como la habia visto cuando salí del cuarto; anegada en llanto, y tendida en el suelo al lado de su marido, herido por mi mano; este cuadro lo tenia siempre presente: me recordaba todas las desgracias de su vida y veia que yo solo se las habia causado; su casamiento, la eleccion de su esposo, el mas zeloso y el mas ridículo de los hombres, todo habia sido obra mia, y acababa de poner el colmo á sus desgracias esponiendo su reputacion. Traia á mi memoria los zelos que le habia manifestado, y á pesar de que no habian durado sino un momento y que una sola palabra los habia destruido, no me los podia per-

donar. Adelaida debia considerarme como indigno de sus bondades, debia aborrecerme. Esta idea tan triste se hallaba sostenida por la cólera de que estaba animado contra mí mismo.

Saint-Laurent volvió al cabo de ocho dias y me dijo que Benavides estaba muy malo de resultas de su herida; que su muger estaba inconsolable, y que D. Gabriel aparentaba buscarnos escrupulosamente. Estas noticias no eran nada propias para poderme calmar: no sabia lo que debia desear, todos los acontecimientos me eran contrarios; no podia ni aun desear la muerte, supuesto que mi existencia era necesaria para la justificacion de la señora de Benavides.

El religioso que me cuidaba, oyéndome suspirar continuamente, y viendo siempre mi rostro cubierto de lágrimas, tuvo compasion de mí: era un hombre de talento que conocia el mundo donde habia vivi-

do bastante tiempo, y á quien diversás contrariedades habian obligado á retirarse en un convento. No trató de consolarme por sus palabras, sino manifestándose sensible á mis penas, y lo consiguió por este medio: poco á poco ganó mi confianza, quizas no la debió sino á la necesidad que tenia de hablar y de quejarme. Mi interes por él aumentaba á medida que le contaba mis desgracias, y llegó á serme tan necesario al cabo de pocos dias, que no podia separarme de él un momento. No he conocido en nadie una bondad más sincera; le repetia mil veces lo mismo que ya le habia contado, él me escuchaba, y era de mi modo de pensar.

Por este medio sabia todo lo que acontecia en casa de Benavides: su herida le tuvo mucho tiempo en peligro, pero al fin curó. Esta noticia la supe por D. Gerónimo, este era el nombre del religio-

so. Poco tiempo despues me dijo que todo se hallaba tranquilo en el castillo, que la señora de Benavides vivia aun mas retirada que nunca, que su salud se hallaba sumamente delicada, y añadió que era menester me dispusiese á marcharme en cuanto mis fuerzas me lo permitiesen, á fin de evitar el ser descubierta y los nuevos disgustos que resultarian á dicha señora.

Estaba muy léjos de poder ponerme en camino, la calentura no habia cesado un momento, y mi herida estaba siempre abierta. Dos meses hacia que estaba en aquella casa, cuando un dia ví entrar á D. Gerónimo con un aire triste y pensativo, volvía los ojos á otro lado sin atreverse á fijarlos en mí, y se hallaba embarazado en responder á mis preguntas. Iba á preguntarle la causa de su tristeza, cuando ví entrar á Saint-Laurent que me dijo que D. Gabriel ha-

bia llegado, y que acababa de encontrarle. — «¿Don Gabriel está aquí? dije, mirando á D. Gerónimo, y no me lo deciais. ¿Porqué me lo ocultabais? ¡Vuestro misterio me horroriza! ¿Qué le sucede á la señora Benavides? Tened compasion de mí, sacadme de las dudas que me atormentan.»

«Yo quisiera no poderos sacar nunca, dijo D. Gerónimo abrazándome. — ¡Ah! exclamé. ¡Ha muerto! ¡Benavides la habrá sacrificado á su furor! ¡Pero no me respondeis? ¡Ah! Ya no me queda ninguna esperanza. No, no ha sido Benavides, continué, yo he sido quien ha clavado el puñal en su corazon; si no me hubiera amado todavía viviria. ¡Adelaida ha muerto! Ya no la volveré á ver; la he perdido para siempre. ¡Ha muerto, y yo vivo todavía! ¡Qué tardo ya en seguirla, en vengarla! Pero no, sería hacerme una gracia el darme la muerte,

esto seria apagar el horror que tengo de mí mismo.»

La agitacion en que estaba fue causa de que se abriese mi herida, que aun no estaba bien cicatrizada; perdí mucha sangre, me desmayé, y estuve tanto tiempo sin sentido que llegaron á creer que habia muerto. Al cabo de algunas horas volví en mí, y D. Gerónimo temiendo que no atentase á mi vida, encargó á Saint-Laurent que no me perdiese de vista. Mi desesperacion tomó entonces otro giro; me quedé en un profundo silencio, y cesé de llorar. Entonces fue cuando formé la idea de retirarme á un parage en donde pudiese entregarme libremente á mi dolor, era para mí un placer el poder aumentar mis desgracias.

Deseaba ver á D. Gabriel, porque su presencia debia aumentar mis penas, le supliqué á D. Gerónimo que le hiciese

venir, y al dia siguiente vinieron juntos á mi cuarto. Don Gabriel se sentó á la cabecera de mi cama, estuvimos largo rato sin hablar ni uno ni otro, y no hacía sino mirarme sin poder contener sus lágrimas. Yo rompí al fin nuestro silencio.—Teneis demasiada bondad en venir á ver á un miserable á quien debeis odia por tantos motivos. — Sois bastante desgraciado, me respondió, para que yo pueda aborreceros. — Os suplico, le dije, que no me oculteis ninguna de las circunstancias de mi desgracia; la esplicacion que de vos solicito, impedirá quizas los acontecimientos, que estais interesado á evitar. — Voy á aumentar mis penas y las vuestras, pero no importa es menester satisfaceros; por lo que voy á referiros conoceréis que no sois vos solo quien es digno de lástima, pero para poneros al corriente de lo que deseais saber, es preciso que os diga antes cua-

tro palabras sobre lo que tiene relacion conmigo.

Yo no habia conocido á la señora de Benavides hasta que fue mi cuñada, mi hermano, á quien varios asuntos interesantes habian obligado á ir á Burdeos, se enamoró de ella, y á pesar de sus rivales, iguales á él por el rango y la fortuna, pero superiores por otras muchas razones, no sé por qué motivo obtuvo la preferencia. Poco despues de su casamiento la llevó á sus haciendas y allí fue donde yo la vi por la primera vez. Me quedé admirado de su hermosura y aun mas de su talento, de su gracia y de su amabilidad, que mi hermano ponía diariamente á nuevas pruebas. Pero á pesar de esto el amor que yo tenia entonces por una persona sumamente amable, y de quien estaba correspondido, me hacía pensar que estaba al abrigo de sus gracias, y aun tenia intencion de supli-

car á mi cuñada que se interesase con mi hermano á fin de que consintiese en mi casamiento. El padre de mi querida, picado de la resistencia de mi hermano, me fijó un corto tiempo para decidirlo, al cabo de cual me aseguró lo mismo que á su hija, que si nada obtenia la casaria con otro.

La amistad que me manifestaba mi cuñada me puso bien pronto en estado de poderle suplicar que se interesase por mí; con este motivo iba á menudo á su cuarto en el que la menor cosa me detenia largo rato; pero el tiempo que me habian fijado se pasaba, y habia recibido varias cartas de mi querida en las que me daba priesa sobre el particular; las disculpas que le dí no la satisficieron porque habia en ellas, sin que yo lo hubiese advertido, una frialdad, de la que no pudo menos de resentirse; sus quejas me parecieron injustas y le contesté en este

sentido; se creyó abandonada, y las instancias de su padre unidas á su despecho la determinaron á casarse con otro. Me dió parte de su resolucion, y su carta, aunque llena de quejas, era tierna, y acababa suplicándome que no la volviese á ver. Yo la habia amado, creia amarla todavia, y tuve un verdadero sentimiento al ver que la habia perdido; temia verla desgraciada y tenerme que acusar de haber sido yo la causa.

Todas estas ideas me ocupaban continuamente; un dia que, entregado á mis tristes reflexiones, me paseaba en el bosque que vos conoceis, encontré á la señora de Benavides, quien se apercibió de mi tristeza y me preguntó amistosamente la causa; una secreta repugnancia me contenia; no podia determinarme á confesarle que habia estado enamorado, pero el gusto de poderla hablar de amor, aunque no fuese por ella, venció mi re-

pugnancia. Todos estos diferentes movimientos, agitaban mi corazón sin que pudiese conocer la causa; no me había atrevido todavía á profundizar el sentimiento que me había inspirado mi cuñada, le conté mi aventura y le enseñé la carta de la hija del señor de N.\*\* «¿Por qué no me habeis hablado antes? me dijo, yo hubiera quizás podido obtener de vuestro hermano el permiso que os ha negado. ¡Lo que os compadezco! y también á ella, pues seguramente será desgraciada.» El interés que mi cuñada tomaba por mi querida, me hizo temer no formase de mi una idea desventajosa, y para disminuir su piedad, le dije que su marido era un hombre de mérito, y de nacimiento, que ocupaba un rango distinguido en la sociedad, y que según todas las apariencias su fortuna se aumentaría algún día considerablemente. «Os equivocais, me respondió, si pensais

que todas esas cualidades pueden hacerla dichosa: nada es capaz de reparar la pérdida del objeto que se ama. Es una cosa bien cruel, añadió, el tener que reemplazar la inclinacion por el deber.» Durante esta conversacion suspiró varias veces, y aun observé que se esforzaba en contener sus lágrimas.

Poco despues se marchó, yo no tuve ánimo para seguirla, y me quedé en un estado que me seria imposible explicar; de repente ví lo que no había querido ver hasta aquel instante; ví que estaba enamorado de mi cuñada, y conocí que su corazón estaba dominado por una pasión; traje á mi memoria mil circunstancias, á las cuales hasta entonces no había hecho atención, tales como su gusto por la soledad, su aversion por toda especie de diversiones, cosa sumamente estraña en su edad, y la extrema melancolia que le había notado y

que habia atribuido al mal trato que la daba mi hermano, me pareció tener otro motivo. ¡Cuántas reflexiones tristes se presentaron al mismo tiempo á mi imaginacion! Me veia enamorado de una persona que no debía amar, y esta persona estaba enamorada de otro. Si no amase á nadie, me decia á mí mismo, mi amor aunque sin esperanza podria procurarme alguna satisfaccion, podria á lo menos ser su amigo, y hubiera reemplazado todo lo que he perdido; pero esta amistad, no puede ya tener ningun atractivo para mí, si otro le ha inspirado un sentimiento mas vivo. Yo conocia que debía hacer todos mis esfuerzos para curarme de una pasion que era contraria á mi tranquilidad, y que el honor no me permitia alimentar; formé pues la resoluccion de marcharme y entré en el castillo para decir á mi hermano que me veia precisado á hacer un

viage; pero la presencia de mi cuñada cambió mi resolucion, para encontrar un pretesto que me permitiese quedar en el castillo, me persuadí que podia serle útil para contener los furores de mi hermano.

Entonces fue cuando vos llegasteis, descubrí en vos un aire y unos modales que desmetian la profesion bajo la cual os habiais presentado, os hice conocer el interes que me inspirabais, y quise merecer vuestra confianza: mi intencion era la de proponeros que me hicieseis el retrato de mi cuñada; pues á pesar de todas las ilusiones que me presentaba mi amor, estaba siempre decidido á partir, y queria, separándome de ella para siempre, tener á lo menos su retrato. El modo como respondisteis á mis atenciones, me dió á conocer que no debía esperar nada de vos, y fuí á buscar otro pintor el mismo dia que desgra-

ciadamente heristeis á mi hermano. Figúraos cuál fue mi sorpresa cuando á mi llegada, supe todo lo que habia pasado: mi hermano, á quien encontré en muy mal estado, guardaba el mas profundo silencio, y de cuando en cuando echaba sobre su esposa una mirada terrible. En cuanto me vió, me llamó.—«Libertadme, me dijo, de la presencia de una muger que hace mi deshonra, hacedla conducir á su cuarto y dad vuestras órdenes para que no pueda salir de él.»—Quise hablar pero mi hermano no me dió tiempo.—«Haced lo que os he dicho, me dijo, ó no me volvais á ver nunca.

Fue preciso obedecer, me acerqué á mi cuñada, y le supliqué que viniese á su cuarto, que tenia precision de hablarla, pero habia oido las órdenes que habia dado su marido.—«Vamos, me dijo, derramando un torrente de lágrimas: venid á ejecutar las órdenes que os han da-

do.»—Estas palabras pronunciadas con un tono de queja, me conmovieron, no me atreví á responder en presencia de mi hermano, pero en cuanto llegamos á su cuarto, mirándola tristemente le dije. «¿Y qué, señora, me confundis con vuestro perseguidor, yo que siento vuestras penas como si fuesen mias, y que sacrificaria mi vida por vos? Me estremezco al decirlo, pero temo por la vuestra: retiraos por algun tiempo á algun parage seguro, yo me ofrezco á acompañaros.—Ignoro, me respondió, si Benavides atentará contra mi vida, pero sé que mi deber me manda que no le abandone, y lo cumpliré á pesar de todo.» Despues de un momento de silencio continuó. «Por la confianza que voy á haceros, os voy á dar la mayor prueba de amistad que está á mi alcance; es verdad que esta confesion me es necesaria para poder conservar la vuestra. Idos al cuarto

de vuestro hermano, una conversacion mas larga podria hacerle entrar en alguna sospecha, y volved lo mas pronto que podais.

Hice lo que mi cuñada deseaba, el cirujano habia dado orden de que no dexasen entrar á nadie en el cuarto de mi hermano, y volví inmediatamente al de su muger agitado de mil ideas diferentes; deseaba saber lo que me iba á decir, y temia el oirlo. Me contó el modo como os habia conocido, el amor que sentisteis por ella desde el primer momento que la visteis, y no me disimuló la inclinacion que le habiais inspirado.

—«¡Qué! exclamé interrumpiendo la narracion de Don Gabriel, ¡yo habia conmovido el corazon de la mas perfecta criatura y no he sabido conservarlo!» Esta idea penetró mi alma de un sentimiento tan tierno, que mis lágrimas, que habian estado hasta entonces dete-

nidas por el exceso de mi desesperacion, empezaron á correr con abundancia.

—Si, continuó Don Gabriel, erais amado; ¡qué fondo de ternura descubrí por vos en su corazon á pesar de sus desgracias y de la situacion crítica en que se encontraba! Veia que se detenia con placer sobre todo lo que habiais hecho por ella, me confesó que os habia conocido el dia que yo la acompañé al cuarto donde estabais pintando; que os habia escrito una carta mandándoos que os marchaseis, pero que no habia podido encontrar una ocasion para darosla. Me contó despues como fue sorprendida por su marido, en el momento en que le anunciabais un eterno á Dios, que mi hermano habia querido matarla, y que defendiéndola, le habiais herido. —«Salvad á un desgraciado, continuó, vos solo podeis sacarle del peligro que le amenaza: yo le conozco y por no esponer-

me sufrirá los mayores suplicios antes que declarar quién es. — Bastante pagado está de lo que sufre, respondí, con la buena opinion que teneis de él. — Os he hecho conocer mis debilidades, continuó, pero debeis haber visto, que si no he podido ser dueña de mis sentimientos, lo he sido á lo menos de mis acciones, y que no he dado ningun paso que pueda desaprobár el mas riguroso deber. — ¡ Ah! señora, le dije, no teneis necesidad de justificaros, yo veo por mí mismo que no es uno dueño de su corazon. Voy á hacer cuanto dependa de mi para obedeceros, y para poner en salvo al conde de Comminge, pero me tomaré al mismo tiempo la libertad de deciros que quizas no es él el mas desgraciado. »

Al decir estas palabras salí del cuarto sin atreverme á levantar los ojos, y fuí á encerrarme en el mio para pensar lo

que debia hacer. Estaba decidido á libertaros, pero no sabia si debia huir con vos. Lo que habia sufrido durante la relacion que acababa de oír, me hacia conocer hasta qué punto estaba enamorado, me veia precisado á sacudir el yugo de una pasion tan peligrosa para mi virtud, pero era menester ser muy cruel para decidirse á abandonar á mi cuñada, y dejarla sola en poder de un marido que se creia engañado. Despues de varias reflexiones, me determiné á socorrerla y á evitar con esmero su presencia. Hasta el dia siguiente no pude informarla de vuestra evasion; la encontré un poco mas tranquila, pero sin embargo me pareció mas triste, me imaginé que su tristeza provenia de la declaracion que le habia hecho el dia antes, y me marché para libertarla del estorvo que le causaba mi presencia.

Pasé varios dias sin verla, pero como

mi hermano iba cada dia mas mal, me ví obligado á hacerle una visita para prevenirla.—«Si la muerte de Benavides estuviese motivada por un acontecimiento ordinario, me dijo, su pérdida me hubiera sido menos sensible, pero la parte que tengo en ella, me hace que la sienta mas; no temo el mal trato que pueda darme, lo que temo, es que muera con la idea de que le he engañado, si vive espero que algun dia conocerá mi inocencia, y me volverá su confianza.—Tambien es menester señora, le dije, que yo trate de merecer la vuestra. Os suplico me perdoneis la declaracion que os he hecho de mis sentimientos, yo no he podido ser dueño de ellos, ni tampoco ocultároslos. Ignoro si podré vencerlos pero os juro que no volveré á importunaros jamas sobre este particular, y hubiera ya tomado el partido de separarme de vos, si vuestro interes no me hu-

biese detenido.—Os aseguro, me respondió, que me habeis causado un verdadero sentimiento. La suerte ha querido quitarme hasta el consuelo que me hubiera proporcionado vuestra amistad.

Las lágrimas que vertia mientras hablaba, hicieron en mí mas efecto que toda mi razon, y me avergoncé de aumentar las penas de una persona tan desgraciada. «No señora, le dije, no estareis privada de una amistad, que me parece que apreciáis, trataré de merecerla, y de haceros olvidar por mis atenciones un momento de error.»

Efectivamente cuando me separé de ella, sentí una tranquilidad de que no habia podido disfrutar desde que la conocia. Lejos de huir su presencia, queria que las obligaciones que yo mismo me habia impuesto me sirviesen de freno para cumplir mi deber. Este medio tuvo el éxito que me propuse, me acos-

tumbé poco á poco, á reducir mis sentimientos á una verdadera amistad, y le decia francamente los progresos que habia hecho sobre este particular; me daba las gracias como si verdaderamente le hubiese hecho un favor, y me recompensaba dándome nuevas pruebas de su confianza: mi corazon se rebelaba algunas veces, pero la razon tenia siempre mas poder. Mi hermano, despues de haber estado bastante tiempo en peligro, empezó á sentir algun alivio, y á pesar de que su muger le pidió varias veces licencia para verle, se la negó constantemente. Todavía no estaba en estado de poder salir de su cuarto, cuando mi cuñada cayó mala, sus pocos años la salvaron, y esperé que este incidente desarmaria la cólera de su marido, pero á pesar de que fue tenaz en la resolucion que habia formado de no verla, por mas instancias que hizo ella durante su enfer-

medad, se informaba de su salud con una especie de interes.

Quando mi cuñada empezó á sentir algun alivio mi hermano me hizo llamar. — «Tengo pendiente un asunto sumamente interesante, me dijo que me obliga á ir á Zaragoza, pero mi salud no me permite emprender este viage, espero que ireis en mi lugar; mi coche está pronto y me hareis un gran favor en partir al instante.» Como tiene algunos años mas que yo, le respeto como si fuera mi padre, y me ha servido de tal; no teniendo ninguna razon para negarme á lo que deseaba, me decidí á partir; pero creí que esta prueba de complacencia me permitia hablar en favor de su esposa. Le dije cuanto pude para calmar su cólera, y creí haberle enternecido. — «He amado á mi muger, me dijo, de la manera mas apasionada; este sentimiento no está totalmente apagado en mi cora-

zon, pero es preciso que el tiempo y su conducta borren de mi memoria lo que yo mismo he visto. » No me atreví à contradecirle sobre el motivo de sus quejas, pues conociendo su carácter, estaba seguro que no hubiera hecho sino animar su furor. Le pedí licencia para ir à decir à mi cuñada las esperanzas que me daba, y me lo permitió. Esta infeliz muger recibió la noticia con una especie de gozo.—« Sé muy bien, me dijo, que no puedo ser dichosa con Benavides, pero tendré à lo menos el consuelo de cumplir con lo que me ordena mi deber. »

Despues de haberla asegurado de las buenas disposiciones en que habia dejado à mi hermano, me separé de ella. Uno de los criados principales de la casa, de quien hice confianza, se quedó encargado de hacerme saber todo lo que ocurriese, y despues de tomadas todas estas medidas que à mi me parecieron

suficientes, emprendí el camino de Zaragoza: quince dias hacia que habia llegado y aun no habia recibido ninguna noticia; este silencio empezó à inquietarme, cuando al fin recibí una carta del criado que debia escribirme lo que ocurriese, en la que me decia que su amo tres dias despues de mi salida habia despedido todos los criados, à escepcion de un hombre casado, cuyo nombre me espresaba y su muger.

Al leer esta carta me estremecí; y sin acordarme de los asuntos que habian motivado mi viage me dirigí à la casa de postas. Estaba à tres jornadas de aquí cuando recibo la fatal noticia de la muerte de mi cuñada; mi hermano mismo me la escribió, y pintaba de tal modo su afliccion que no puedo persuadirme que haya tenido ninguna parte en esta desgracia; me decia que el amor que tenia por su muger habia vencido su re-

sentimiento, que iba á perdonarla cuando la muerte le habia privado de ella, que poco despues de mi salida, habia recaido, y que una calentura sumamente fuerte, la habia muerto en cinco dias. He podido saber despues por los informes que he tomado por conducto de Don Gerónimo, que mi hermano está sumamente triste, que no quiere ver á nadie, y me ha suplicado que no vaya por ahora á su casa.

No tengo repugnancia ninguna en obedecerle, continuó Don Gabriel: la casa en donde he visto á mi cuñada y adonde ya no podré verla, aumentaria mi dolor; se me figura que su muerte anima mis antiguos sentimientos, y creo que el amor tiene mas parte que la amistad en las lágrimas que vierto; he resuelto irme á Hungría en donde espero encontrar la muerte en los peligros de la guerra, ó bien la tranquilidad que he perdido.

Don Gabriel acabó de hablar; yo no podia responderle, mis lágrimas y mis suspiros me lo impedian; él estaba tan afligido como yo, y se separó de mi sin darme lugar para poderle responder. D. Gerónimo salió al mismo tiempo y me dejaron solo: lo que acababa de oír aumentaba la impaciencia que tenia de verme en un parage en donde pudiese entregarme libremente á mi dolor; el deseo de poner este proyecto en ejecucion adelantó mi restablecimiento; al cabo de algun tiempo empecé á fortalecerme, mi herida se cicatrizó, y me ví en estado de poder emprender mi viage: cuando me despedí de Don Gerónimo, me dió mil pruebas de su amistad; yo hubiera querido responderle, pero la pérdida de Adelaida me ocupaba únicamente y no podia hacer otra cosa sino llorar. Como temia que se opusiesen á mis intenciones guardé el mayor secreto; dí á Saint-

Laurent una carta para mi madre, y le dije que esperaria me trajese la respuesta. Dicha carta contenia la relacion de todo lo que me habia sucedido, le suplicaba que me perdonase el separarme de ella, porque me parecia deberle evitar la presencia de un desgraciado que no esperaba sino la muerte; y concluía recomendándole á Saint-Laurent y rogándole que no diese ningun paso para descubrir mi retiro.

Quando Saint-Laurent se fue le dí todo mi dinero y no guardé sino el necesario para hacer mi viage. La carta de la señora de Benavides y su retrato, que llevaba siempre en el pecho, eran todo mi tesoro. Al dia siguiente de la ida de Saint-Laurent me puse en camino; fuí casi sin detenerme hasta la abadía de la T....., y en quanto llegué pedí el hábito; el prior me obligó á pasar mi noviciado. Quando le acabé me preguntaron si la

mala comida y la severidad de la orden no me parecian superiores á mis fuerzas; yo estaba tan ocupado de mis penas que ni siquiera habia reparado en la mala comida ni en la severidad de que me hablaban.

Consideraron mi insensibilidad como una prueba de celo, y fuí admitido en la comunidad; la seguridad que adquiria por este medio de poderme entregar libremente á mi dolor me sirvió de consuelo. El horror de aquella soledad, el silencio que reinaba en toda la casa, la tristeza de todos los que me rodeaban, me permitian ocuparme de mis penas; ocupacion que era mi único consuelo. Cumplia con las obligaciones de la comunidad, porque todo me era indiferente; todos los dias iba á un parage retirado del bosque y allí releia la carta, contemplaba el retrato de mi querida Adelaida, regaba con mis lágrimas uno

y otro, y volvía á mi celda con el corazón oprimido de tristeza.

Tres años hacia que vivía de esta suerte sin que mis penas hubiesen disminuido, cuando un dia la campana me llamó para asistir á la muerte de un religioso; ya le habian acostado sobre la ceniza é iban á administrarle el último sacramento, cuando pidió al prior el permiso de hablar.

«Lo que tengo que manifestar, padre mio, dijo, animará de un nuevo fervor á los que me escuchan en favor de aquel que por unos caminos tan extraordinarios me ha sacado del abismo en que me encontraba, y me ha conducido al puerto de salvacion.»

Continuó en estos términos.

«Yo no merezco el nombre de hermano, con que estos santos religiosos me han honrado; no soy sino una miserable pecadora á quien un amor profano ha

conducido á este santo retiro. Yo amaba á un jóven de una condicion igual á la mia, será amada de él; pero el odio que reinaba entre nuestros padres fue un obstáculo á nuestra union. Por el interes que tenia por mi amante me ví obligada á casarme con otro, y hasta en la eleccion que hice de esposo procuré darle nuevas pruebas de mi amor; elegí á un hombre que debia serme necesariamente odioso á fin de evitarle el poder tener zelos de él. Dios ha querido que un matrimonio contraido bajo unas ideas tan criminales haya sido para mí un manantial de desgracias. Mi marido y mi amante se batieron y se hirieron recíprocamente delante de mí: la pena que me causó este acontecimiento me hizo caer mala, todavia no estaba totalmente restablecida, cuando mi marido me encerró en una torre de la casa que habitábamos, y me hizo pasar por muerta; dos años he

vivido de esta suerte sin que nadie pudiese consolarme sino el criado que estaba encargado de traerme la comida; mi marido, poco satisfecho del mal trato que me daba, tenia la crueldad de insultarme á pesar de mi miseria. ¿Pero qué es lo que digo? ¡O Dios mio! ¡Cómo puedo llamar cruel al instrumento de que os habeis servido para castigarme! Todas mis penas no fueron suficientes para hacerme abrir los ojos sobre mis errores, y lejos de llorar mis pecados no lloraba sino mi amante. La muerte de mi marido me volvió la libertad: el criado que estaba únicamente instruido de mi suerte, vino á abrirme mi prision, y me dijo que habia pasado por muerte desde el momento que me habian encerrado. El temor de las conversaciones á que podria dar lugar mi aventura, me dió la idea de retirarme del mundo, y lo que acabó de determinarme fue el ver

que no podia tener ninguna noticia de la única persona que podia impedirme esta resolucion. Me vestí de hombre para poder salir mas fácilmente del castillo: el convento que habia elegido y en el que me habia educado está á pocas leguas de aquí; me encaminaba hácia él cuando un movimiento secreto me obligó á entrar en esta iglesia: apenas estuve en ella, cuando entre las voces de los que cantaban las alabanzas del Señor, distinguí una que habia sabido llegar varias veces hasta mi corazon; creí que podria ser un error de mi imaginacion, me acerqué cuanto me fue posible y á pesar de las impresiones del tiempo y de las privaciones, conocí al seductor único dueño de mi corazon. ¡Cómo me quedé á su aspecto! ¡Dios mio! me turbé, y lejos de dar gracias al Señor de haberle puesto en camino de salvacion, blasfemaba porque me habia privado de

él. ¡O Dios mio! ¡Vos no castigasteis mi impiedad! y os servisteis de mi miseria para atraerme hácia vos. Me fue imposible alejarme del parage en que respiraba mi amante, y á fin de no poderme nunca separar despedí al que me acompañaba y me presenté á vos, padre mio; la solicitud con que os supliqué que me admitieseis en vuestra casa os engañó, y me recibisteis sin reparo. ¿Cuáles eran mis disposiciones para entrar en vuestra santa regla? Un corazon ardiente y únicamente ocupado de amor. Dios, que queria al mismo tiempo que me abandonaba á mis propias fuerzas darme nuevos motivos para humillarme á su presencia, permitia sin duda esta satisfaccion de que disfrutaba viviendo en el mismo retiro y respirando el mismo aire que mi amante. Seguía continuamente sus pasos, le ayudaba á trabajar en cuanto me lo permitian mis fuerzas, y me consideraba por

este medio recompensada de todos mis sufrimientos. He sido sin embargo bastante dueña de mí misma para no darme á conocer. ¿Pero qué fue lo que me detuvo? el temor de turbar la tranquilidad de aquel á quien habia sacrificado la mia; sin esta consideracion hubiera hecho todo lo posible para quitar á Dios un alma que creia únicamente suya.

«Dos meses hace, que, para obedecer, á la regla del santo fundador, que ha querido por la idea continua de la muerte santificar la vida de sus religiosos, mandándoles que cavén ellos mismos su sepultura, seguia como de costumbre, á aquel á quien estaba ligada por unos lazos tan vergonzosos; la vista del sepulcro, el ardor con que trabajaba en él, me penetraron de tal modo, que me vi precisada á separarme de aquel sitio á fin de ocultar mis lágrimas que hubieran podido descubrir

mi secreto; desde aquel momento se me figuraba continuamente que iba á perderle; esta idea me quitó el sosiego, y el interes que tenia por él se aumentó; no le perdía de vista, y si á veces pasaba algunas horas sin verle se me figuraba que le habia perdido para siempre.

« Ved aquí el dichoso momento que el Ser supremo señaló para hacerme volver de mi error: un dia que íbamos al bosque á buscar leña para el consumo de la casa, mi compañero se separó de mí; mi inquietud me obligó á buscarle. Despues de haber recorrido durante mucho tiempo los diferentes senderos del bosque, le descubrí en un parage retirado que examinaba una cosa que habia sacado del pecho; y se hallaba tan profundamente preocupado que pude llegar hasta donde estaba, y ver lo que tenia en la mano, sin que me hubiese visto. ¡Pero cuál fue mi sorpresa, cuando re-

conocí mi retrato! entonces conocí cuán lejos estaba de gozar de la tranquilidad que yo habia temido turbar, y que se veía como yo, víctima desgraciada de un amor criminal: ví á Dios irritado que le oprimia con su mano poderosa; creí que el amor que yo habia tenido la osadía de presentar al pie de los altares, era la única causa que habia atraído la venganza divina sobre la cabeza del que amaba. Unicamente ocupada de esta idea vine á postrarme al pie del mismo altar; vine á pedir á Dios mi conversion para obtener la de mi amante. Si, Dios mío, por él era por quien pedia, por él solamente lloraba, su interes solo me movia. Tuvisteis piedad de mi debilidad, mis rezos, aunque insuficientes y profanos, llegaron á vuestros oidos, y vuestra gracia se hizo sentir en mi corazon. Desde aquel momento disfruté de la paz de que goza un alma que es vuestra, y que no

se ocupa sino de vos: quisisteis purificarme haciéndome sufrir, y poco despues caí mala. Si el compañero de mis estravíos gime todavia bajo el peso del pecado, que eche los ojos sobre mi y considere el despojo mortal de lo que tanto ha amado; que piense en el momento terrible tan cercano para mí, y que bien pronto tendrá que experimentar, y en el dia en que Dios, sordo á su misericordia no escuchará sino su justicia!.... Pero conozco que mi último momento se acerca, suplico á estos santos religiosos que pidan á Dios por mi, y les ruego que me perdonen el escándolo que les he ocasionado, por el que me considero indigna de estar enterrada entre sus sepulturas.»

La voz de Adelaida tan presente á mi memoria, hizo que la conociese en cuanto empezó á hablar. ¡Adónde pueden encontrarse espresiones para explicar

lo que en aquel momento pasaba en mi corazon! Todo lo que el amor, todo lo que la piedad y la desesperacion pueden hacer sentir me agitaba en aquella ocasion.

Yo estaba de rodillas como los demas religiosos, mientras habló; el temor de perder una palabra habia contenido mis gritos, pero cuando creí que ya no existia, los dí tan lastimosos, que los religiosos vinieron á mi socorro, y me ayudaron á levantar. Desembarazándome despues de ellos, fuí á prosternarme al lado del cuerpo de Adelaida, cojia sus manos, y las regaba con mi llanto.—«¡ Mi querida Adelaida, le decia, os pierdo por la segunda vez, y os pierdo para siempre! ¡Es posible! ¡habeis vivido conmigo tanto tiempo, y mi ingrato corazon no ha podido conoceros! Ya no nos volveremos á separar, la muerte, menos bárbara que mi padre, añadió, estrechándola entre mis brazos, va á reunirnos á pesar suyo.»

La verdadera religion no es exigente, el padre prior enternecido de este espectáculo, me exortó de la manera mas dulce á abandonar el cadáver que todavía tenia abrazado: notando mi obstinacion se vió obligado á emplear la fuerza, y me llevaron á una celda en la que me dejaron con el prior, que pasó la noche conmigo sin poder adelantar nada sobre mi espiritu. Mi desesperacion se aumentaba con los consuelos que me daba.—«Volvedme mi Adelaida, le decia, ¿porqué me habeis separado de ella? No, yo no puedo vivir en ésta casa en donde todo lo he perdido, y en donde ella ha padecido tanto: por piedad, añadia echándome á sus pies, permitidme que me vaya ¿Qué hareis de un miserable á quien la desesperacion ha quitado para siempre la tranquilidad? Permitidme que vaya á una hermita á esperar la muerte. Dios concederá á mi querida Ade-

laida que mi penitencia la sea grata, y vos padre mio concededme la última gracia que tengo que pedirós; prometedme que el mismo sepulcro recibirá nuestras cenizas; yo os doy la seguridad de no hacer cosa alguna que pueda adelantar este momento, el único que es capaz de poner fin á mis males.» El padre prior por compasion, ó quizas para quitar de la vista de los demas religiosos un objeto de tanto escándalo, consintió en lo que le habia pedido. Me puse al instante en camino para esta hermita, en donde hace ya algunos años que vivo sin tener otra ocupacion que la de llorar lo que he perdido.



## CARTA

### DEL CONDE DE COMMINGE

A SU MADRE.

---

**E**l mas triste de todos los mortales (1),  
el mas abandonado y afligido  
es quien te escribe de pesares lleno:  
bien lo conocerás... yo soy tu hijo.  
Tu hijo... sí, Comminge, aquel Conde  
que en otros tiempos tu consuelo ha sido.  
Él respira... él alienta... en las tinieblas  
de un horroroso y lúgubre retiro;  
vive junto á un sepulcro, que algun dia  
guardará su cadáver yerto y frio...  
Mas que digo?.. perdon... sí, ya te escucho:  
ya me parece que oigo tus gemidos...  
el dolor me consume... el llanto corre  
por mis mejillas... casi no respiro.  
¡O madre mia! de mi amor objeto,  
¡yo contigo feliz hubiera sido!  
y ahora conturbo tus preciosos dias,  
y con perpetuos males los aflijo.

Mas no importa, decírtelo yo quiero,  
 esfuerza el corazon, pues es preciso.  
 Todo está sordo y mudo en los desiertos,  
 el valle, el prado, el cristalino rio,  
 todo descansa, y á mi mente nada  
 se ofrece lisonjero ni atractivo.  
 Para mí no hay consuelo, no hay placeres:  
 solo pensar en tí y en tu cariño  
 es lo que ocupa mi angustiada mente,  
 y es el objeto de mi ansiar continuo.  
 Acuérdate, mi bien, de aquellos tiempos  
 felices á los dos, cuando yo niño  
 apoyándome estaba en tu regazo,  
 á tus caricias dando el incentivo,  
 á tus amores el fomento dando,  
 siendo el objeto á un tiempo, y el testigo.  
 Pero ¡ay de mi! tambien á la memoria  
 fuerza es traigamos lo que ya el olvido  
 en el inmenso caos de la nada  
 tenia sepultado y sumergido.  
 ¡Aquel dia terrible en que mi padre  
 se armó contra mi amor... ¡cuantos delirios,  
 cuantos errores, y funestos males  
 de semejante rabia se han seguido!  
 ¡Todo fueron pesares, todo quejas,  
 todo ruinas, y por fin delirios!...  
 El bárbaro cuchillo, levantado,  
 rompió aquel nudo indisoluble y fijo...  
 nudo de que nacian mis contentos  
 nudo, en que yo cifraba mis cariños;  
 La obediencia á mi padre me contuvo,  
 la obediencia á mi padre me ha perdido (2).  
 Yo amaba tiernamente á una belleza,

á mi Adelaida, á aquel dueño querido...  
 Tu lo sabes, lo sabes; pues mil veces  
 de mi dulce anhelar fuiste testigo.  
 Sombra de mi Adelaida, eternamente  
 morarás en mi pecho enternecido:  
 tú me amabas tambien; yo lo sabia:  
 mas tu amor te condujo al precipicio.  
 Mi padre enagenado, cual un tigre  
 que persigue y devora al corderillo,  
 sumergió á mi Adelaida, á mi Adelaida,  
 en los profundos senos del castillo (3).  
 Yo engañado, juzgando que su muerte  
 habia sin remedio acacido,  
 me arrojé despechado á la ventura,  
 resuelto á obedecer á mi destino.  
 La tierra fué mi lecho, mi sustento  
 las lágrimas, que tierno y afligido  
 por tantos meses y por tanto tiempo  
 llorando mis desgracias he vertido.  
 En las tortuosas vueltas del vallado,  
 en las colinas y en el bosque umbrío  
 busqué siempre á mi amada presuroso,  
 sin poderla encontrar, destituido  
 aun del consuelo que el hermoso campo  
 benéfico á otros muchos ha ofrecido.  
 Yo vine presuroso á sepultarme  
 en esta soledad, cuyo retiro  
 ofrece al desdichado algun consuelo,  
 (si hay para el desdichado algun alivio).  
 Mi estudio principal es mi sepulcro (4),  
 disponer y arreglar junto á un aliso  
 y un fúnebre cipres, que inspira en todos  
 la tristeza fatal: un sordo ruido

de tiernas ávecillas que gorgean,  
 hace mas horroroso aqueste sitio,  
 cerrado de unas rocas empinadas,  
 cuyo fin no conozco ni diviso,  
 pues se oculta en las nubes tenebrosas,  
 que cubren la mansion que yo destino  
 á mi cuerpo, que penas y desgracias  
 tienen ya enteramente consumido.  
 Elevados sepulcros silenciosos,  
 destinados al hombre arrepentido,  
 son los adornos de estas alamedas,  
 donde vivo muriendo de continuo.  
 Aquí existo para siempre abandonado,  
 en medio de peñascos y de riscos,  
 seco ya y descarnado con los males  
 de que continuamente estoy roido;  
 los ojos fijos en la fresca tierra,  
 y aunque jóven aun, desconocido.  
 La vista religiosa de los Monges,  
 que habitan estos lóbregos retiros,  
 infunde compasion: ellos existen  
 martirizados por su gusto mismo.  
 Despreciando riquezas y fortunas  
 que ofrece el mundo (siendo un bien fingido)  
 viven léjos de Cortes tumultuosas,  
 y el silencio prefieren al bullicio.  
 Desprecian las pasiones humanas,  
 y las posponen al vivir tranquilo.  
 En el estrecho claustro de la Trapa  
 es donde encuentro el bien apetecido  
 del gozo y la quietud, es donde encuentra  
 el descanso eternal el pecho mio;  
 y al lado de mi tumba es donde invoco

todos los días el favor benigno  
 del supremo Hacedor, es do sus obras  
 continuamente en mi dolor admiro.  
 Y este considerar, que me enagena,  
 es quien distrae un tanto mis sentidos,  
 pues no hay obras mas gratas ni preciosas  
 que las del Criador, á quien me rindo (5).  
 Otras veces pensando en mis primeros  
 y juveniles años... condolido  
 considero mi amor, lloro angustiado,  
 y no sé que he de hacer en tal conflicto.  
 Mis quejas á los aires las entrego,  
 y á los oscuros bosques las confío.  
 ¡Cuantas veces, Dios mio, cuantas veces,  
 oculto en lo interior de este retiro,  
 de una vana impostura á las lisonjas,  
 mi corazon se ha visto seducido!  
 Mis ojos contemplaron el retrato  
 del dueño encantador, del dueño mio,  
 de aquella, que su mano me ha entregado  
 en dias de placer y regocijo.  
 Este aspecto donoso y agraciado  
 mi brio y mi valor ha sostenido.  
 Su encantadora imagen retratada  
 está en mi corazon. Jamas su brillo  
 pudo borrarse de mi vista ansiosa,  
 ántes crecieron mas sus atractivos.  
 Aquella frente hermosa, donde siempre  
 tuvo la sencillez un grato asilo,  
 aquella boca, donde yo á menudo  
 una fugaz sonrisa he conocido;  
 aquellos ojos negros y veloces,  
 mas que el rayo cien veces expresivos,

su cuerpo, su donayre, su gracejo,  
todo, todo lo hallé siempre lo mismo.

Un dia (este suceso á mi memoria  
siempre estará presente y siempre vivo)  
yo observaba el retrato de mi amada,  
y al contemplarlo estaba enardecido,  
fuera casi de mí, y arrebatado,  
y todo mi cuidado embebecido.

De mis miradas rápidas al fuego  
pareció se animaba el dueño mio,  
y que se condolia de mis males,  
pues yacia bastante entristecido.

El velo del dolor en sus encantos  
con rapidez extrema se ha corrido...

Ella me habla, llora, se estremece...  
no lo ocultes, mi bien, lo he conocido.

Mi alma enagenada esto decía;  
aquesto me dictaba el pecho mio,

mas despues sosegado lo contemplo,  
lo torno á contemplar... observo... miro...

Todo es engaño; ¡O Dios! ¿hasta que punto  
llegó mi turbacion? A mis suspiros,

á mis quejas, estrépito y desórden,  
á mis terribles voces y á mis gritos

vuelven la vista, en fin, los solitarios:  
estos mortales, siempre recogidos,

cuyas miradas nunca se fijaron,  
sin ser por grandes fuerzas impelidos.

Una mirada arrojan importuna,  
quieren dejarme en mi dolor sumido,

mas me observan atentos, y comparan  
su funesto dolor al dolor mio.

El mas jóven (su edad es quien le escusa)

se acercaba hácia mí: yo sus gemidos  
noté mas de una vez; y recostado  
junto á un ciprés, le ví estar pensativo.

Su juventud, encantos y hermosura,  
todo se distinguia, todo el brillo  
de su beldad se veia claramente,  
y el dolor no le habia oscurecido.

¡Alzaba yo los ojos! Pues los suyos  
siempre se hallaban, siempre con los míos;  
y cuando separarlos intentaba,  
no podia lograrlo, y el motivo  
estaba oculto á mi angustiado pecho;  
que sin duda le hubiera conocido,  
sino fuera que el tiempo, las desgracias  
y el traje le tenian escondido.

Si al rayar grato de la bella aurora  
iba yo caminando al bosquecillo,  
ó á la alameda hermosa y dilatada,  
para cortar los tiernos arbolillos,  
y la robusta encina, aqueste jóven  
venia á trabajar siempre conmigo,  
siempre fué compañero de mis males,  
y entre mis infortunios fiel amigo.

Por todas partes su ligera planta  
me seguia veloz. Yo distraido  
una tarde mi tumba estaba abriendo  
junto á un lago espacioso y detenido.

Mi alma sumergida en las ideas  
que presentaba sitio tan umbrío,  
alegre y embebida contemplaba  
el gustoso espirar del afligido.

Mi mano, aunque temblando, inciertamente  
en la arena escribir pudo con signos,

que bien se distinguian, aquel nombre de Adelaida, el amor de mis sentidos. Apenas casi señalado habia este nombre fatal, cuando un gemido, un gemido terrible lanza el jóven que estaba trabajando allí conmigo. Pálido, tembloroso y asustado, sin poder casi hablar, descolorido corrió á apoyarse en los robustos robles que del profundo lago eran vecinos. Confuso y triste me miraba atento, me volvía á mirar, y mil suspiros de lo íntimo del pecho despidiendo, vino á abrazarme; pero contenido en sus deseos, huye, y me abandona, dejándome en mil dudas sumergido. ...Sin duda él ama, y de los mismos daños se ve cercado, de que yo me miro. El arde en fuego abrazador, cual ardo; suspira por su amor cual yo suspiro, y desea el instante de su muerte, el instante feliz y apetecido. ¡Sin duda de su amor se ha avergonzado, al contemplarse en tan fatal retiro! ... ¡Cuanto le compadezco! ... ¡cuanta pena hoy me ocasiona su fatal destino! ... ¡Y podré proseguir? ¡oh madre mia! ... El dolor me devora... no prosigo. Mas ¿que tengo de hacer? apura el vaso del veneno mortal. Sí, vé á tu hijo en los horrores de la negra noche, viviendo siempre en medio del suplicio, llorando siempre su cruel desgracia...

Sí, vé los juramentos y los ritos de institucion tan santa y religiosa por amor quebrantados, desmentidos... en fin, un inhumano, que en su rabia á un benéfico Dios tiene ofendido.

Corridos ya tres años, se encontraba mi corazon un poco mas tranquilo, y aunque angustiado siempre, sin embargo comensaba á cesar mi cruel martirio: ya los males huían disipados, y yo á mi Dios me daba convertido. La muerte me cercaba, yo sentia que cada vez estaba mas vecino á sus furores; pero Dios queria que yo muriese, y á morir camino. Juzgué que mi Adelaida mas dichosa en los cielos estaba... y poseido de tal idea, los incienso puros de la virtud en mi alma ya he vertido. Ya me postro ante Dios, le ruego humilde; y en fin, su santa gloria le suplico, gloria donde fenezcan mis pesares, gloria donde reviva el placer mio. De aqueste modo, mi querida madre, se va pasando el tiempo mas florido, y las heladas canas substituyen á aquella juventud que yo abomino. La vejez, la vejez será mi apoyo; ella me acerca hácia el sepulcro frio: sepulcro hermoso... ¡mil veces dichosos vosotros que le habeis ya conseguido! ¿Mas que indican los ecos que resuenan? de la campana el lúgubre sonido...

aquel sonido que nos llama á todos  
y nos anuncia el postrimer suspiro.  
Apresurado corro, en el momento ...  
Pero ¡ó sagrado Dios! ¿que es lo que miro?  
Un penitente triste y angustiado  
en la blanca ceniza hallo tendido.  
Todos le rodeamos, y su suerte  
nos compadece, y llena de martirio ...  
me acerco... pero ¡ó Dios!.. ¿será posible  
un lance tan fatal? yo casi espiro ...  
... El solitario era, sí, yo estuve  
presente hasta su muerte ... yo lo he visto.  
Y era ... y era Adelayda; en mi presencia  
su alma ligera y presurosa ha huido.  
Me mira atenta, y afectuosa entónces:  
y así prorrumpe en ecos afligidos:  
«Acercaos, venerables solitarios,  
acercaos á mí, ¡ó hermanos míos!  
compadedme, y perdonadme á un tiempo ...  
pues me contemplo en sumo grado indigno  
de morir en los brazos religiosos  
de padres tan piadosos y benignos ...  
Yo soy ... una muger ... una infelice,  
á quien cruel persigue el hado inicuo.  
A este sitio sagrado y respetable  
el amor me condujo. El me ha traído  
á vivir entre Monges tan amables,  
entre unos Monges que en el alma estimo.  
Yo amaba tiernamente á un bello objeto.  
y él me amaba tambien, agradecido.  
Vive, y entre vosotros se halla ahora,  
su corazon se encuentra arrepentido,  
y su temor anuncia, que él espera

del justiciero Dios duros castigos.  
Su amor no es criminal... á nadie ofende..  
Sí, lo juro, lo juro... mas ¡que digo!  
No lo extrañéis... jamas tan exaltados...  
ni enardecidos fuéron mis sentidos.  
... Comminge, llega á mí... sobre este lecho,  
y este lecho fatal nos reunimos.  
El cielo quiere que al morir te vea,  
el cielo quiere que por fin unidos  
despues de tantos años y plegarias,  
juntos lloremos nuestro mal impío.  
¿Me conoces, Comminge, me conoces?  
¿á aquella que te amó; cuando el rocío  
de la tranquilidad fué derramado  
en un pecho tan fiel cual es el mio?  
¡Ah! Tu padre... ya basta... no pretendo  
recordártele aun; mas es preciso  
que ántes que espire escuches mis pesares.  
mis dolores funestos y delirios.  
Seis años hace ya que estas mansiones  
tenebrosas y lóbregas habito.  
Juzga por tal accion hasta que extremo  
ha podido llegar mi amor rendido.  
En sitio tan sagrado y respetable  
jamás mi corazon te dió al olvido,  
ántes se aumentó mas... pues te veia  
presente ante mis ojos de continuo.  
El respeto que infunde aqueste claustro  
mil veces en mi amor me ha contenido,  
mil veces me detuvo en mis intentos,  
y ha frustrado mil veces mis designios.  
Yo te hallaba adornado de mil gracias,  
cuando escuchaba atenta tus suspiros,

y las lágrimas dulces, el consuelo  
 en mi penar ansioso siempre han sido.  
 ¡Mi retrato, retrato de amargura!  
 en tus manos tambien he sorprendido,  
 y me gozaba al contemplar tu afecto,  
 y que guardabas el cariño antiguo.  
 Jamas he deseado mas placeres,  
 mas contentos jamas he apetecido.  
 Tu frente sosegada manifiesta  
 los muchos males que por mí has sufrido  
 ¿Sola, y en un desierto?... Abandonada  
 á un retiro feroz... donde mi oído  
 jamas pudo escuchar sonoros ecos,  
 sino horrorosos, tímidos gemidos...  
 ¿Que podía esperar?... Solo la muerte,  
 de tanto padecer el fin que aspiro,  
 podrá al presente ser... ¿Yo te veía?...  
 Mas tu vista de nada te ha servido,  
 antes la llaga del amor abierta...  
 cada vez mas y mas se ha endurecido.  
 Nunca hubo medicina que pudiese  
 cerrarla... nada, nada he conseguido.  
 ¡Oh Dios santo! jamas de mi memoria  
 tu imagen se borró: ni el amor mio,  
 ni mis pesares ni congojas fieras  
 de mi imaginacion te han distraído.  
 ¿Y mi amor?... es culpable; arroja al punto  
 un rayo abrasador, que el exterminio  
 sea de esta muger... de aquesta ingrata...  
 que por amar á un hombre te ha ofendido.  
 El no fué criminal... las consecuencias  
 las consecuencias son... ¿pero que digo?  
 Adelaida... no vive... sí, Comminge...

el cielo te prospere, pues no vivo.  
 Contempla tus errores, tus deslices,  
 y llóralos aquí... que un Dios benigno  
 castiga á los malvados, que prosiguen  
 encenegados en sus duros vicios;  
 mas tambien da su gloria sacrosanta  
 á aquellos que ya están arrepentidos.  
 Mirame en tal estado sumergida,  
 mira aquella beldad... ¡oh bien fingido!  
 Todo lo lleva el tiempo y lo consume...  
 Sí, Comminge, ¿lo ves? ¿Me has conocido?  
 Pues llora tus errores; y dirige  
 tu alma al Dios supremo, á quien me rindo.  
 Contempla nuestro amor atentamente,  
 vuelve á contemplar... yo te lo pido:  
 y mira mi hermosura y mis encantos  
 en un frio cadáver convertidos.»

¡Oh prodigio! ¡oh terror.. ¡cara Adelaida!  
 yo quedo en largo tiempo enmudecido,  
 sin fuerza, sin valor, junto á mi amada  
 prosternando, y sin mí, descolorido...  
 Pero á la luz horrible y tenebrosa  
 de una lámpara lúgubre... la miro...  
 veo la muerte errante por sus labios,  
 luchando con esfuerzo... ¡ah! que mi brio  
 y mi antiguo valor todo fué inútil.  
 Nada, nada á la muerte ha contenido.  
 Mas considera, ó madre mia, piensa  
 los funestos dolores de tu hijo,  
 cuando su amada pálida, espirante,  
 le tendia los brazos; conmovido,  
 ¿quien podría las lágrimas tan dulces,  
 tan gratas contener? Yo no he podido...

mi corazón se ha visto desmayado... me miraba Adelaida... y con gemidos tímidos y terribles pronunciaba una vez, y otra vez el nombre mio: mas ella espiró ya, su alma divina para siempre se huyó: ¿como resisto tan bárbaros pesares?... Padre, padre. ¿tu fuiste mi verdugo?... El mas impío de todos los verdugos, el mas fiero de cuantos hombres en el mundo ha habido.

Caigo sobre este lecho de amargura: allí Adelaida y yo nos reunimos; y aquella gracia de mi fiel amante, de mi Adelaida la beldad y el brio, su esplendor y sus gracias se disipan cual del clavel el esplendor nativo que luego de Aquilon á los impulsos huye ligero, y quédase marchito. Despues vuelvo á mi amor, contemplo ansioso de mi adorado bien los atractivos, y á aquel cadáver lívido, insensible con tales voces dolorosas digo: «Respóndeme, Adelaida, yo te llamo: Comminge te ama aun: su zelo activo jamás te olvidará... si este discurso, si aquesta confesion, que enardecido hago á tus pies postrado, es suficiente para volverte al bien que tanto aspiro: sabe que yo te adoro tiernamente, y que será perpetuo mi cariño.»

A estas palabras dulces, fugitivas, de un corazón ardiente y compasivo me parece se rie mi adorada,

y al fin de tantos males ya respiro. Mas ¡ó vana esperanza! tú duraste un leve instante, cual el polvo fino, que vuela y desaparece á las contiendas del furioso huracan embravecido. Todo, todo es en vano: ni mi oferta, ni mi ansioso anhelar, ni mis suspiros vuelven el alma bella, encantadora á aquel cuerpo insensible, que el cuchillo de la bárbara muerte ha desmayado, para siempre, y sin fin. Mas ni el destino obstinado en seguirme, ni la muerte, ni el teson de mi padre enfurecido, ni el claustro de la Trapa, ni mis males podrán arrebatarme el regocijo que tengo yo al pensar que de Adelaida el alma, á su espirar he recogido.

¿Te representas la espantosa noche, de un suceso tan bárbaro, inaudito: este lecho fatal, estas cenizas, esta lámpara lúgubre, el sonido de aves nocturnas, que dó quier sembrando van el horror, las penas y martirios, y que tienen los pechos venerables de estos sagrados Monges compungidos? Todo es verdad. ¿Pero de penas tantas ¿cual el origen es? ¿cual el motivo? La bárbara violencia de mi padre... preocupaciones de tan necio siglo (6)... ¡El honor, la igualdad... todo fué causa de tales consecuencias!... Fementido mundo, mundo engañoso, ¿de que sirven el esplendor, las glorias, todo el brillo

de las suntuosas cortes, si no reinan  
 el verdadero amor, y el fiel cariño?  
 ¿De que servirá á esposos cortesanos  
 su nobleza, fortuna, y sus dominios,  
 si el esposo no estima tiernamente  
 á su esposa, si acaso reunidos  
 no estan sus pensamientos, y viajan  
 por distintos senderos y caminos?  
 Si no se adoran fiel y tiernamente,  
 si al cariñoso amor no le ha seguido,  
 ¿cual su suerte será! ¿Podrán amantes  
 gozar de una pasion el atractivo?  
 Nunca podrán gozarle!.. ¿Quién disfruta  
 de aquello que jamas ha conocido?

Todos los Monges tristes y angustiados  
 nos rodeaban, de dolor henchidos.  
 Sensibles á mis males derramaron  
 una lágrima dulce, un fiel suspiro,  
 y fuéron conmovidos tiernamente  
 estos pechos, que siempre empedernidos  
 permanecen negando su morada  
 al placer, destinados al cilicio.  
 En fin ellos lloraron, y este Númen,  
 Supremo, condolido,  
 dejó por vez primera, en este claustro  
 respirar el amor... sí, los sonidos  
 del amor apacible retumbaron  
 por la primera vez en estos sitios.

¡La esperanza, el amor, las dichas todas  
 las encierra en el sepulcro! Ha consumido  
 la hermosura, las gracias, la belleza  
 de mi Adelaida, de mi bien, querido.  
 Pero ¡ó furiosa muerte! ¿quien tus pasos

hácia el templo de amor ha dirigido?  
 ¿Quien tu funesta y bárbara guadaña  
 hácia mi bien supremo ha conducido?  
 ¿Quien te pudo traer á estos albergues  
 impenetrables aun al viento mismo?  
 ¿Quien te pudo mandar que arrebatases  
 á mi Adelaida, que por siempre ha huido  
 de entre mis brazos tiernos y amorosos:  
 que habitó por mi amor y mi cariño  
 esta mansion horrible, por espacio  
 de seis años penosos y seguidos?

De su retrato la beldad brillante  
 en mis penas por fin me ha distraido:  
 á mi anhelar ansioso fué presente,  
 de mi amor fué tambien siempre testigo.  
 Y al ver que fiel y amante aun la adoraba,  
 sin poderme olvidar de su atractivo,  
 lágrimas dulces de placer mezcladas  
 por sus blancas mexillas han corrido.  
 Ansiosa me seguia por do quiera:  
 el aire puro, el zéfiro tranquilo  
 que respiraba mi constante pecho,  
 respiraba Adelaida; ella ha vivido  
 al lado de Comminge desgraciado.  
 ¿como mi corazon no lo ha advertido!  
 Si mi entender tal vez me lo insinuara,  
 si acaso el alma me lo hubiera dicho,  
 si acaso el dulce amor, el negro velo  
 que la ocultaba, hubiera descornado,  
 á Comminge al punto ante sus plantas  
 postrado y cariñoso hubiera visto,  
 y tal vez mi pasion, tal vez mis ruegos  
 hubieran hablandado su destino (7).

Hasta al pie del Altar á mi Adelaida  
 lleno de amor hubiera conducido,  
 y de nuestra oracion los solitarios  
 hubieran sido en nuestro ansiar testigos.  
 El arbitro supremo de los cielos  
 hubiera á nuestro anhelo consentido,  
 y en su sagrado y respetable templo  
 dos amantes postrados y sumisos  
 hubieran dirigido sus plegarias  
 con fervoroso ardor hácia el Empíreo.  
 En fin, esta morada silenciosa  
 hubiera á nuestro amor favorecido,  
 y de nuestro anhelar inagotable  
 la mansion deseada hubiera sido.

¡Ah! de nuestro anhelar!... aquesta tumba  
 do reposa el cadáver corrompido,  
 es el único bien que me ha restado  
 en el orbe infeliz... pero al fin quiso  
 el supremo Hacedor, que aquellos pechos  
 que en placeres y amor fuéron nacidos,  
 se juntáran... ¡Oh Dios! aquella infancia  
 crecida en medio del amor mas fino,  
 aquella juventud enamorada,  
 todo se dispó... y al fin unidos  
 Adelaida y Comminge retornaron  
 á su funesto amor... Pero quejidos,  
 penas, furoros, dolorosos males  
 han sido el fruto de su fiel cariño.

Y aun cuando Dios su diestra tenga armada  
 de un rayo abrasador, que hácia el abismo  
 dirija mis pisadas, yo no puedo  
 olvidarme del bien apetecido  
 que eternamente morará en mi pecho.

Fué mi primer amor... no he conocido  
 mas cariño que el suyo, á sus finezas  
 debo estar para siempre agradecido.  
 Corro, vuelvo á correr las alamedas,  
 por do tus pasos siempre has dirigido;  
 y con lágrimas tiernas, fugitivas,  
 de mi ardoroso corazon sumido  
 en el grato pensar de tu belleza,  
 las riego, sí, las riego de continuo.  
 Contemplo tu sepulcro... y aun me atrevo  
 á pisar en el templo, en el divino,  
 en el sagrado templo de estos Monges,  
 aquel tan bello y agraciado sitio,  
 do prosternada dirigir solias  
 tus súplicas ardientes al Empíreo.  
 Escribo el nombre de Adelaida: y luego  
 vuelvo á borrarle... en fin en mis delirios,  
 en mi amor, en mis ruegos y oraciones  
 siempre tu nombre sin cesar repito,  
 por do quiera te ofreces á mi vista,  
 y por do quiera tus pisadas sigo.

Quando mis compañeros fatigados  
 de sus trabajos y cuidados pios,  
 se entregan al descanso apeteccible  
 del sueño, fin de su cruel martirio;  
 Comminge es el único que vela  
 en tan oscuro venerable asilo.  
 Yo llamo á mi Adelaida, y el silencio  
 de la noche interrumpo con mis gritos.  
 Corro desaforado en la floresta;  
 bajo hácia el valle, ó hácia el bosque umbrío,  
 y en una gruta do las fieras viven,  
 suelo ocultar tal vez el llanto mio.

Mil fúnebres fantasmas me rodean  
 por do quiera que voy, y el hondo río  
 con susurro terrible me recuerda  
 la muerte de Adelaida. Sumergido  
 en las tinieblas de la horrible noche,  
 hácia el sitio funesto me encamino,  
 do el cadáver está de mi querida.  
 Ella se alza con sus ojos fijos  
 en los míos, tornada en horroroso  
 esqueleto... mi pecho empedernido  
 no se estremece al verla en tal estado,  
 antes de un grande júbilo es herido.  
 El espectro ligero mas que el viento,  
 corre á estrellarse en el sublime risco,  
 y yo en las alas del amor llevado  
 vuelo á estrecharle entre los brazos míos.  
 Exámine por fin, llego á alcanzarle,  
 y cuando mas gozosos mis sentidos  
 piensan reunirse con mi amor, él huye,  
 y en un vapor se queda convertido.  
 Otras veces parece me la veo  
 mas brillante que el Sol en sus dominios,  
 llena del esplendor que la adornaba,  
 cuando en los sosegados bosquedillos  
 la tornaba á mirar, cuando su vista  
 para siempre de amor me hizo cautivo.

Ella me dice: «Aguarda, desdichado: (8)  
 tu corazón se vea sometido  
 al yugo mas servil. La muerte horrible,  
 á quien todo mortal está rendido,  
 es de la dicha y del placer mas puro  
 el sendero apacible, el fiel camino.  
 La mansion de las sombras disipadas

es la mansion que para siempre habito;  
 la morada, do el hombre mas culpable  
 halla en su desengaño el castigo.  
 Este Dios justiciero, ¡cuan temibles  
 son sus árcanos y secretos juicios!  
 Este Dios del mortal, dueño absoluto,  
 poseedor de los rayos, tan temido  
 en todo el universo por el hombre,  
 es un Dios bienhechor y compasivo;  
 un Dios, que quiere que el mortal tribute  
 á su beneficencia amor debido.  
 Asi, amado Comminge, no receles,  
 no temas sus furores vengativos;  
 quien formó á los humanos pecadores  
 bien sabe perdonarles sus delitos.  
 Yo imploro en tu favor: cortos instantes  
 restan á tu virtud: así, querido,  
 esfuerza tu valor y tu paciencia.  
 Sí, Comminge, reduce tu alvedrío,  
 conságrale al supremo Omnipotente,  
 pues ya las puertas del sepulcro frio  
 se abren ante tus pies: y en este día  
 á unirte llegarás tal vez conmigo.»  
 ¡Oh fútiles y vanas ilusiones!  
 mi espíritu alterado, enardecido,  
 en vano intenta someterse al yugo,  
 á quien fué en otros días sometido.  
 ...Adelaida... mi amor... ¡ah para siempre  
 la arrabataste de mi amor sencillo!  
 Yo en este claustro de piedad morada  
 yacia léjos del tremendo ruido  
 de cortes tumultuosas, y adoraba  
 á los pies del Altar, enternecido,

las obras magistrales del Supremo,  
muestras patentes de un poder invicto.

Mas ¿por que ha conducido á mi Adelaida  
entre estos montes y sepulcros frios?

¿Por que la ha presentado ante mi vista  
exánime, espirante?... El pecho mio  
cuanto sufrió en ausencia tan penosa,  
solo mi corazon puede decirlo.

Y al fin, la muerte en soledad tan triste,  
es la que vino para siempre á unirnos.

Yo no puedo olvidar sus horrorosas  
y temibles miradas: no he podido  
borrar de la memoria sus acentos  
en amor y ternura prorumpidos.

Sus manos se estrechaban con las mias,  
sus ojos fijos con los ojos mios,  
mis palabras mezcladas con las suyas,  
llenas del fuego abrazador y antiguo...  
todo á mi imágen ardorosa resta.

Arbitro de mi vida, he padecido  
bastante tu justicia... yo te adoro:  
el escarmiento en fin ha sucedido  
á aquella antigua llama: el desengaño  
es para un pecho el mas feroz castigo.

Pero en fin yo te ruego, prosternado,  
que en una misma tumba sean hundidos  
nuestros frios cadáveres... la muerte,  
que con tanto deseo aguardo y pido,  
será el placer primero que en la vida  
mi afanoso anhelar ha conseguido.

Estos mis ruegos son, tal es mi anhelo,  
y en este venerable y negro asilo  
la muerte es lo que pido eternamente,

en ella se detiene el dolor mio.  
Y bien, padre... del ser que yo disfruto,  
origen y poder, ¿te ha complacido  
esta vida horrorosa y desgraciada  
que tu hijo infeliz ha padecido?  
¿O tal vez al oír de su boca  
tu corazon se siente conmovido?  
Pues tú la causa fuiste... tu execrable  
y temible furor ha repartido  
la semilla de males tan penosos,  
la semilla de males tan continuos,  
Tal vez tu pecho al contemplar mis daños  
se siente interiormente estremecido...  
Mas ¿que importa?... á mi mal ya no hay consuelo  
y aunque odiarte debiera el pecho mio...  
no puede... el ser le diste, y á tal gracia  
debe estar para siempre agradecido.  
Tu nombre solo me horroriza y tiemblo.  
Mis lágrimas veinte años han corrido,  
llorando las angustias que tu rabia,  
tu rabia insana y tu furor impio  
sembraron en mi amor. ¡O madre mia!  
cuéntale mis trabajos; su afligido  
corazon es bastante á castigarle;  
y los remordimientos del delito  
vengarán los trabajos que en el mundo  
por su horrible furor he padecido.  
Llore, llore sin fin... así pudiera  
verle de un cruel pesar siempre seguido,  
y ante sus ojos presentar mis penas...  
Tal vez la compasion... tal vez los gritos  
de la feroz conciencia, convirtieran  
el leon fuerte en tierno corderillo.

¡Ojalá que pudiera presentarle  
este sepulcro y horroroso sitio!  
¡Ojalá que estos cuadros de amargura  
persigan su vejez! ¿Pero que digo? (9)  
¡Ah! no, no sea... y antes en dulzuras  
su corazon se vea sumergido.  
El es mi padre... la existencia mia  
á él en este mundo la he debido.  
El no me amó jamas, pero yo le amo;  
y ojalá que despues de haber sufrido  
tormentos tantos y aflicciones tantas  
sea del consolar dulce rocío,  
que á mi angustiada madre en sus trabajos  
envie algun placer y regocijo.  
¡Oh idea de dolor! Ya ni el consuelo  
de poderla aliviar resta á mi arbitrio!  
...Oh madre mia!... ¡Oh Dios! la muerte fiera  
ya va rindiendo mi valor antiguo,  
La losa de la tumba se levanta...  
Adelaida es quien la abre... ya te sigo,  
amante desdichada... ¡cuan gustoso  
es el tierno espirar del afligido!  
¡y cuan grata y amable le es la muerte  
despues de tantos males padecidos!

FIN DE LA CARTA.

## EL CONDE DE COMMINGE.

DRAMA

EN TRES ACTOS:

Escrito en Frances por Mr. D' Arnaud, y  
traducido al castellano,

POR

D. MANUEL BELLOSARTES.



ACTORES.

EL CONDE DE COMMINGE: Religioso de la Trapa ó la Cartuja, bajo el nombre de Fray Arsenio.  
ADELAIDA: Con el del

Hermano Eutimio.  
EL CABALLERO DE ORVIÑI: Cuñado de Adelaida.  
EL PADRE ABAD.  
RELIGIOSOS.

La Escena es en la Abadía de la Trapa, ó la Cartuja.

## ACTO I.

*Se levanta el telon, y se deja ver un subterráneo grande y profundo, que se supone ser la bóveda en que se entierran los Religiosos: dos claustros larguissimos, y como que se pierden de vista van á parar al dicho subterráneo: bájase á él por dos escaleras hechas de piedra groseramente labradas, y de unos veinte escalones, una sola lámpara ilumina al subterráneo: á lo último de la bóveda se ve una cruz como las que se usan en nuestros cementerios, bajo la cual hay un sepulcro un poco elevado, y formado de piedras toscas. Muchas calaveras amontonadas unen este monumento con la cruz. Este sepulcro es del célebre Abad de Rancé, Fundador de la Trapa: mas adelante hácia la mano izquierda, hay un hoyo que parece se acaba de abrir, en cuyas orillas se ven un azadon, una pala, etc. Delante de la Escena en uno de los lados á la derecha se ve otro hoyo; sobre los dos extremos de este subterráneo se dejan ver de distancia en distancia y á muy poca altura una infinidad de cruces que señalan las sepulturas de los religiosos. En lo alto de una escalera, al lado derecho, cuelga la soga de una campana: debajo de la cruz principal y sobre las calaveras se lee esta inscripcion latina:*

*Cogitavi vanitatem seculorum, & dies æternos in mente habui.*

## DEL CONDE DE COMMINGE.

DRAMA EN TRES ACTOS.

### ESCENA I.

*El Conde de Comminge con el nombre de Fr. Arsenio que guarda en toda la pieza; está postrado al pie de la cruz; y reclinado sobre el sepulcro de Rancé: se levanta, alza los ojos al cielo, y despues de haber mirado á uno y otro lado, dice:*

*Com. ¿Qué? ¡En un sitio á la muerte consagrado ya criminal, ya en lágrimas bañado, el lazo arrastraré de un amor tierno, hasta los pies sagrados del Eterno!  
¡Comminge existe aun, y arde en el seno del corazón de Arsenio fuego obsceno!  
El hombre se rebela, y me combate; su yugo me fatiga y aun me abate.  
Arbitro soberano, Hacedor santo, ¿no podrás apagar incendio tanto, borrar unos hechizos roedores, que cada día mas encantadores se presentan tenaces á mis ojos?  
¡Pero aqui que la muerte y sus despojos*

dan fin á las delicias y dulzuras,  
 oso yo hablar de afectos y ternuras!  
 De un santo horror mi sangre congelada....  
 donde Rancé descansa... donde es... nada...  
 Rancé... que como yo... ¿Qué dices necio?  
 Acaba tú como él, deja al desprecio  
 sus errores, imita sus virtudes.  
 Mas cuando él ha vencido... ea, no dudes  
 imitarle ¿Yo puedo? Un cruel cilicio,  
 las lágrimas, los ruegos... un suplicio  
 no podrán arrancar una memoria,  
 que ufana con su triunfo y su victoria,  
 infiel, osada, atroz á Dios irrita;  
 disputa el corazon y aun se le quita.  
 Mas entre tanta pálida ceniza,  
 que la memoria del morir atiza...  
 ¡Dios mio! ¿Lo diré? ¿Podrás oirlo?...  
 ¿Qué voy á pronunciar? ¿Sabrá decirlo  
 una voz moribunda, un vil deseo?  
 ¡Oh Cielo! Yo á Adelaida... es lo que veo.  
 A ella... ¡Oh Dios! Yo os ofendo, yo os insulto,  
 á ella sola... la doy incienso y culto.  
 Dios vengador, destruye, acaba... pero...  
 Infiel, ¿que dices? Que á ella sola... quiero...

*Hace una larga pausa.*

¿Puedo yo confesar este delito  
 sin que se rompa el corazon contrito,  
 y sin que desfallezca el pecho mio  
 mi ardor funesto á estas paredes fio?  
 ¿Mas de un dolor que pasa en un momento  
 puede nacer un arrepentimiento?  
 Yo halago un crimen, cuyo fuego ardiente  
 á mis penas y llantos inclemente,

vive de mis suspiros, se alimenta  
 de la misma passion que le fomenta;  
 y en medio de este fúnebre teatro,  
 quiero á Adelaida mas, la idolatro.  
 Yo he causado sus males, sus lamentos,  
 sus lágrimas, sus penas, sus tormentos:  
 yo irrité para colmo de su estrella,  
 al furor de su esposo contra ella.  
 Yo la debo... olvidar... yo eternamente...  
 echar de mi memoria... Dios clemente,  
 os lo tengo ofrecido, yo os ofendo:  
 lo conozco... ay de mí! mas no me enmiendo,  
 pues este mismo amor... ahora... ahora  
 mas que nunca me inflama y me devora.  
 ¡Ah Comminge infeliz! ¡Infeliz Conde!  
 Despues de un crimen tal, que no se esconde  
 á los ojos de un Dios terrible y santo,  
 ¿que te resta?... morir... morir de espanto.  
 Regado con tus lagrimas un foso,  
 que ha de ser el lugar de tu reposo;  
 abierto tu sepulcro por tu mano,  
 te reprende, te dice... ¡ó inhumano!

*Mira con atencion al Sepulcro.*

acostumbra tus ojos criminales  
 á este panteon, terror de los mortales.  
 Baja, baja, él te espera, y en su seno  
 oculta, infiel, un corazon terreno.  
 Todos los muertos de este albergue horrible,  
 con un tono una voz desapacible  
 me dicen que les siga. Sí: ya os sigo;  
 pero un amor... tambien viene conmigo.  
 Yo praebo los rigores de una mano  
 de un justo juez, de un Dios terrible...

*Se echa á los pies de la cruz con la mayor afliccion.*

## ESCENA II.

El Padre Abad y Comminge.

*El Padre Abad, bajando con grande silencio, los brazos cruzados sobre el pecho, y llegando á Comminge que permanece al pie de la cruz, y en la misma situacion, dice.*

*Abad. ¿Hermano?*

*¿Fray Arsenio?*

*Com. ¿Que escucho? Levantándose. Ve al padre Abad, y va, segun costumbre, á postrarse á sus pies con precipitacion.*

*¡Padre amado!*

*Abad. Levántate. Llevado del cuidado que oculta en vano tu dolor terrible, te vengo á abrir mi corazon sensible. Nuestra regla se ofende justamente del silencio obstinado y renitente que encierras torpemente en ese pecho. Yo pudiera valerme del derecho de Superior, de Gefe y acordarte tu obligacion; pero esto quede aparte. Aquí tienes un padre y un amigo, que sensible sabrá llorar contigo: un hombre, en fin, que lleno de ternura sabrá compadecerse en tu amargura.*

*Da algunos pasos.*

No, no es la Religion dura y terrible, el error la ha pintado aborrecible. Atenta siempre, siempre fiel y afable á la afligida voz del miserable, franquea sus socorros generosos, los mira á todos, y hácelos dichosos. Apoyo de los hombres oprimidos, de las penas quebrantos y gemidos; de un mundo infiel, mansion de la injusticia, del delito, del dolor y la malicia, donde un genio funesto é inhumano nos combate cruel: ella es la mano que sostiene á los míseros mortales, derrama bienes, y disipa males. ¡O hijo mio! Mírame... no llores... deposita en mi seno tus temores. Cinco años há que tu feliz destino, ó el mismo Dios que te trazó el camino, te ofreció como puerto este sagrado, (que el cielo de la tierra ha separado) en donde las virtudes, la inocencia, la santidad, que la fatal demencia del mundo desconoce, no disfrutas. Tu á veces con las lágrimas enjutas te has dejado llevar de tus pesares, y á veces las derramas á millares. Esta contradicción, este hecho odioso manifiesta un silencio sospechoso. Deja, pues, ese llanto, esa amargura; un Dios, que es Dios de gozo y de dulzura, me inspira que este peso... este cuidado será menor... siendo comunicado.

Suavizando por tí leyes severas,  
ignorando quien eres, y aun quien eras;  
en éste de virtudes relicario  
te tengo por devoto solitario.  
¿Hay en la Religion algun decreto  
que te obligue á guardar tanto secreto?  
Ya te lo he dicho, la piedad sincera  
es aquella virtud que mas se esmera  
en abrir sus cancelas al mendigo,  
y al pie de los altares darle abrigo.  
La humanidad la sigue.

*Com.* ¡O Padre tierno!

Yo sufro aqui un suplicio sempiterno.

*Abad.* Si algun infame crimen ha manchado  
tu vida miserable, no hay pecado,  
que ayudado de un Dios Salvador, santo,  
no purifique un verdadero llanto.

*Com.* De aquellos atentados horrorosos,  
convencidos de crímenes famosos,  
á quienes en su mísera bajeza  
acompaña una infamia, una vileza,  
no soy capaz. Como hombre miserable  
un yerro he cometido... irreparable.  
Llevado de un exceso, por mi suerte,  
un veneno he bebido, y una muerte.  
Yo en fin.. de amor experimento... pero..  
¿Qué voy á pronunciar? De amor severo...  
¡Ah! ¿Y en qué lugar? Sí... no me retrato;  
todo el imperio de un amor ingrato.  
¡Ah Padre amado! Esto experimento,  
y ahora mismo es cuando mas lo siento,  
pues en este momento que pretendo  
arrojarle del pecho, mas me enciendo.

Sí, Padre, de rodillas solicito  
tu compasion; ya viste mi delito:  
mi corazon... pudieras tu sanarle....  
ó á lo menos... muriendo... sosegarle.

*Abad.* Habla, hijo querido, tu desgracia  
me rompe el corazon. Fia en la gracia  
de aquel Señor que no dejará en vano,  
ni imperfecta la obra de su mano:  
su mano, si (todo temor desecha),  
arrancará del corazon la flecha;  
y una lágrima sola pero viva,  
apagará la llama mas activa.

*Com.* Voy, pues, á una amistad fina y sincera  
á descubrir mi alma lastimera.

Si en este sitio de virtudes lleno,  
y de héroes y verdad pesil ameno,  
es permitido á mi dolor profundo  
pintar las falsedades de este mundo,  
sus engaños, su fausto fugitivo,  
su oropel, su quimérico atractivo,  
y ofrecer á tu vista generosa  
una pintura infiel y lastimosa;  
sabrás que tuve parte en su fortuna,  
y su prestigio rodeó mi cuna.

La casa de Comminge, casa mia,  
que solo al cetro sus grandezas fia;  
tiene su tronco célebre y glorioso  
en el trono mas alto y orgulloso.  
Llevados mis Abuelos de sus leyes,  
fueron favorecidos de los Reyes,  
derramaron su sangre por su gloria  
en el trágico horror de una victoria,  
mereciendo por premio los favores,

que el engañado mundo llama honores.  
 Mi padre, apoyo fiel, primera mano  
 de la casa, á la hija de su hermano  
 vió conmigo crecer, y desde luego  
 secreto amor mezclóse en nuestro juego.  
 De Adelaida en fin... enamorado,  
 ya su mano me habia franqueado,  
 ya iba á coronarnos Himeneo,  
 ya el altar... ó la tumba... ya el deseo  
 se iba á cumplir, cuando se encendió luego  
 en nuestros padres un odioso fuego.  
 El interes, que para su venganza  
 formó el infierno, frustra mi esperanza;  
 y rompe con malicia duplicada  
 de dos hermanos la amistad sagrada.  
 La sangre en vano opone sus derechos;  
 pues dos rivales y enemigos hechos,  
 inmolando á los dos con furia avara,  
 la mano que nos une nos separa.  
 En vano nuestras súplicas rogaron,  
 pues del seno paterno nos echaron.  
 Desmayado en los brazos de mi madre,  
 me priva de su vista un cruel padre.  
 La suerte y el acaso me presentan  
 títulos ignorados, que se aumentan  
 con derechos y bienes confirmados;  
 y viéndoles mi padre asegurados,  
 su fortuna y su odio fomentaban,  
 y á su hermano la ruina acarreaban.  
 Yo no dudé: un hecho generoso  
 de noble amor, á quien oí gustoso,  
 me inspira les devore, y desde luego  
 estos bienes odiosos quemó el fuego.

Agoviado de pena por mi madre,  
 por mí y por Adelaida, un cruel padre  
 dispone riguroso que una torre  
 mis esperanzas y cariños borre;  
 pero en ella mi fuego mas se irrita,  
 y hácia Adelaida mas se precipita.  
 Para aumentar la pena á mi deseo  
 pretende que me ligue otro himeneo;  
 pero yo libre, mi eleccion no mudo:  
 y al ver que no me enredo en otro nudo,  
 mi padre inexorable sus rigores  
 redobra cruel, irrita sus furiores,  
 estrecha la prision, y de ser padre  
 olvidado, prohíbe que mi madre,  
 la madre mas amable y mas querida,  
 venga á abrazar al hijo de su vida.  
 Estos males que horrores prometian,  
 de Adelaida el imperio me ofrecian.  
 Libre ya en fin de tan cruel cadena,  
 vuelvo á mi madre, que de llantos llena,  
 de dolor y de amargos sentimientos,  
 me anuncia mil desgracias, mil tormentos.  
 ¿Vive ella? dije: y puedo prometerme...  
 Mi madre temerosa de ofenderme,  
 tiembla, enmudece, y de mí se aparta,  
 entregando en mis manos una carta.  
 ¡O qué golpe! A pesar de un Dios que me ama,  
 y que quiere que apague yo esta llama;  
 la carta dura y tierna juntamente  
 á mis ojos... á mi alma... está presente.  
 Ella decia así: *Cuando á tu mano  
 llegue este escrito triste, será en vano  
 que intentemos mudar nuestros destinos.*

Por varios y ridiculos caminos  
 lazos doblados me tendrán sujeta;  
 pero tu amor es el que mas me inquieta.  
 La libertad por medio indecoroso  
 te se habia quitado: era forzoso  
 romper esta cadena endurecida,  
 pues de ti se trataba y de tu vida.  
 Hablar de esto, es hablarte de unos dias  
 mucho mas dulces que las horas mias.  
 Llena de sentimientos he rasgado  
 mi corazon; mil gustos he probado,  
 imponiéndome un yugo lastimoso,  
 del que mi amante no ha estar zeloso.  
 Para hacerme pedazos yo he unido  
 todos cuantos rigores he podido:  
 he hecho mas que morir, pues si muriera,  
 de una vez acabara y no sintiera.  
 El Conde de Ermansay, Comminge mio,  
 ¡con qué dolor este papel envio!...  
 El Conde de Ermansay... ¡golpe furioso!...  
 desde mañana... él ha de ser mi esposo.  
 Por fin, añadiré que ageno brazo  
 ha de unir con el mio estrecho lazo.  
 Esta es mi obligacion: y asi la tuya,  
 (sin que de inconsiguiente amor me arguya)  
 será, ¡ay de mi! no verme... eternamente,  
 y la mia... morirme... de repente.  
 Ab. ¡Qué cadenas! ¡Qué golpes! ¡Cuántos males  
 oprimen á los míseros mortales!  
 ¡Mas por cuántos caminos alto cielo,  
 los conduces al puerto del consuelo!  
 Com. Este cielo sagrado parecia  
 que á mis desgracias otras prevenia;

pues las iras, las rabias, los furoros  
 eran... ¿que habian de ser? mis protectores.  
 Llevado de un amor desesperado,  
 y de un fuego infernal acompañado,  
 de un genio inficionado que me agita,  
 corro al lugar donde Adelaida habita.  
 La veo, la contemplo, y de repente  
 arrojado á sus pies... toma, inclemente,  
 la dije: este puñal... mátame luego,  
 y acaba con mi vida y con mi fuego.  
 Ermansay llega entonces, y animoso  
 envistiéndome amante, y aun zeloso,  
 un afecto á los dos nos animaba,  
 y una homicida sed nos inflamaba.  
 Da Adelaida una voz desentonada;  
 y puesta en medio de una y otra espada,  
 se encendieron en iras los aceros,  
 á vista de sus ojos hechiceros.  
 Luchábamos de modo, que mis venas  
 regaban con la sangre las arenas,  
 cuando hecho un rayo, y una furia hecho,  
 le envestí, le vencí, le pasé el pecho.  
 El cae... ¡O Adelaida!... ésta es tu obra.  
 Huye, me dijo, y tu vigor recobra.  
 Yo pierdo los sentidos. Desangrado,  
 moribundo, y ya casi inanimado  
 me prenden sin piedad, y en un momento  
 un calabozo obscuro es mi aposento,  
 adonde yo esperaba el sacrificio  
 de una muerte cruel, ó de un suplicio.  
 Ya la noche mediaba su carrera,  
 cuando rompiendo mi prision severa,  
 ven, sal, dice una voz desconocida,

*y sabe que un rival te dá la vida.*

¿Un rival... dije? El huyó en un momento.

¿Faltaba esta sospecha á mi tormento?

Yo llevo en fin por colmo de esta injuria todo el horror de una zelosa furia.

*Abad.* ¡Qué diversos asaltos cada día combaten á los hombres!

*Com.* Que vivia,

supe en fin, mi rival, y que su esposa,

aquella alma tan grande y generosa,

estaba reducida á dura suerte,

y cerca por mi causa de la muerte.

Privado de un objeto tan amado

salgo de mí furioso; y olvidado

de todo lo que amor puede prestarme,

hago resolucion de retirarme

al albergue mas rígido, y sombrío,

donde al dolor sustente el llanto mio.

Renuncio las riquezas, los deseos,

abandono parientes, huyo empleos;

dejo á mi madre... y con dolor profundo

me voy á sepultar lejos del mundo.

No habia para mí caverna obscura,

desierto tenebroso, gruta dura

que pudiese llenarme la memoria

de mi amor... de Adelaida... y de mi historia.

En fin, de un alto númen inspirado,

me acordé que hay un sitio retirado

en el mar miserable de este mundo,

en donde habitan el terror profundo,

el silencio, el cilicio, la abstinencia;

y en donde la afliccion, la penitencia

rodean y deciden nuestra suerte,

y retratan el cuadro de la muerte.

En él mi asilo ví, y exclamé luego:

(mis llantos expiaron este fuego)

Si: cata aquí el sepulcro prevenido

donde has de sepultar todo gemido,

todo favor, toda mundana gloria,

tus honores en fin, y tu memoria.

Aquí solo Adelaida será amada,

querida tiernamente y respetada;

y aqui todos los dias que yo more

será el ídolo solo en quien adore.

Tan perdido me hallaba, ¡ó padre mio!

de un exceso de amor, de un desvario.

Llegó pues, á este sitio en donde oculto

este infiel fuego entre el zelo y culto.

Me someto á la ley: llamo en mi ayuda

á la falsa razon, á aquella muda

filosofia estéril, impotente,

que siempre criminal, siempre inclemente,

no acertando su ciencia con los medios,

presenta solo inútiles remedios.

Llevado en fin de sus sofismas vanos;

cuando yo consentí que como humanos

aliviasen mis penas y pesares,

veo que los aumentan á millares.

Hácia la Religion vuelvo los ojos,

y sus rayos serenan mis enojos

y mis fastidios: elévase mi alma,

y mi espíritu queda en dulce calma.

Ella en mi corazon pone al momento

un gran dolor; un arrepentimiento;

un temor saludable, un amor puro...

Pero... ¡Ah, padre mio! aun está impuro

este infiel corazón: todavía veo  
 levantarse en mi alma un vil deseo,  
 enemigo cruel, furia indomable,  
 hechizo encantador, llama culpable.  
 Este indómito fuego, este tirano  
 sigue todos mis pasos inhumano;  
 me combate y persigue de tal suerte,  
 que llega hasta estas sombras de la muerte.  
 Siempre armadas sus flechas con encantos,  
 se imprimen en mis penas y en mis llantos.  
 Yo me humillo.. me postro.. ¡Oh, padre mio!  
 dignaos socorrerme... yo confío...  
 en vuestra protección, en vuestra mano.  
*Abad.* Todo humano socorro será en vano.  
 Dios... Dios con su poder irresistible  
 domará ese contrario tan terrible:  
 y jamás sufrirá que tus sentidos  
 estén de las pasiones oprimidos.  
 Nadie coje las palmas sin combate:  
 y cuánto mas el mísero se abate,  
 cuanto mas llora y ruega, es evidente  
 que su gracia le presta un Dios clemente,  
 Tu confesion hecha con amargura  
 ha conmovido toda mi ternura.  
 Consuélate: tu no eres el primero  
 que aquí sufre el rigor de amor severo:  
 Eutimio... ¡Ah! Eutimio, nuestro hermano;  
 siente el efecto de un amor insano:  
 y aun turbado y rendido á su flaqueza,  
 se ha doblado esta noche su tristeza.  
 Al pie de los altares suspiraba  
 continuamente: y cuando ya llegaba  
 el tiempo de cumplir su noviciado,

y en mis manos estaba preparado  
 el lazo que nos une; ahora, ahora  
 muerte... y la causa de su mal se ignora.  
 El te sigue los pasos.

*Com.* Y yo veo

que en este sitio, tumba del deseo,  
 gime cerca de mí... suspira... llora...  
 algún pesar sin duda le devora.

Mi foso alguna vez deja bañado...

Un impulso secreto se ha empeñado

en saber de que nace su disgusto...  
 su desesperación... su eterno susto...

¿Que interés será el mio? Reverencio,  
 obedezco á la ley... guardo silencio.

*Abad.* Es forzoso. No obstante, yo rezeló,  
 que ha sido conducido por el cielo  
 á este lugar un extranjero... un hombre...  
 Dios oculta su brazo... (no te asombre)  
 pero tambien nos pide con ternura  
 le oigamos en secreto y con dulzura.  
 Háblale tú. Yo voy al altar santo  
 á ofrecer por tu amor paternal llanto.

### ESCENA III.

*Comminge solo.*

*Com.* ¡Un extranjero... verle!... ¡O qué molesto!  
 ¿Pero quién sabe si podrá ser esto  
 que este infeliz mortal esté agoviado  
 de mi mismo infortunio y mi cuidado?  
 ¿Pero hay acaso alguno en esta vida  
 que no lllore su suerte endurecida?

¡Si necesitará, víctima viva,  
este hombre de una mano compasiva,  
que reparta en su alma estas dulzuras,  
para aliviar sus penas y amarguras!

## ESCENA IV.

Comminge, y el Caballero Orviñi.

*Mientras Comminge dice estos últimos versos, sale de la parte derecha del claustro un Extrangero conducido por un Religioso; el cual segun costumbre, le hace señas, señalando á Comminge. Este Religioso le deja en lo alto de la escalera, despues de haberse postrado á sus pies Comminge no ve á Orviñi que baja. Este mira por todas partes, y se detiene de cuando en cuando en los escalones como sobresaltado.*

*Com.* ¿Arsenio socorrer tribulaciones...  
y suavizar disgustos y aflicciones?  
¿Soy yo capaz de consolar á otro,  
sufriendo como él el mismo potro?

*Orviñi en la misma situacion, considerando atentamente la bóveda.*

*Orv.* ¡Qué aspecto tan terrible y espantoso  
para el mundo profano y orgulloso!  
¡Miserable el mortal, pero sensible,  
aquí se acaba, y prueba lo imposible!  
¡Qué objetos!

*Lee en alta voz las palabras de la inscripcion.*

## DON DE LA MUERTE Y DE LA VERDAD.

¡Qué leccion! ¡O Dios! Qué aviso!  
En este albergue formidable piso,  
efecto de una ciencia sacrosanta,  
sobre si mismo el hombre se levanta.  
*Baja y se avanza al teatro. Viéndole Comminge corre presuroso á postrarse á sus pies. Orviñi le detiene, y se le inclina.*

Detente, ¡ó padre! Es propio de nosotros  
humillarnos delante de vosotros.  
¡Qué espectáculo es este! que heroismo!  
El hombre no hace tanto por sí mismo.

*Se abanza al teatro.*  
Dos años ha que un infeliz destino,  
cerrando en un castillo aquí vecino  
mis penas y pesares; yo esperaba  
que el tiempo y el desierto que gozaba  
podrian concurrir á mi sosiego,  
y hacerme vencedor de un fatal fuego,  
y á que... alguna razon mejoraria  
mi corazon, ó le sujetaria  
pero me lisonjeaba vanamente.  
Yo traje en él aquella flecha ardiente  
que hasta este triste sitio me rodea.  
La soledad es una flaca idea,  
que léjos de curarme y corregirme,  
solo la interna para mas herirme.  
Vengo, pues, á vosotros, almas llenas  
de caridad, á que alivieis mis penas,  
y á que este santo y religioso seno

destruya los progresos de un veneno.  
*Comminge mira á Orviñi con alguna atencion  
 que se aumenta.*

*Com.* El es... es Orviñi... es el hermano *Ap.*  
 de aquel esposo pérfido... y tirano.

*Vase á el con viveza.*

¿Vive Adelaida aun...? Piensa ella... ¿Adonde  
 voy? *Vuelve sobre sí.*

*Orviñi mira á Comminge, y vivamente dice:*

*Orv.* ¿Tú conoces?... su figura... ¡el Conde!

*Com.* En esta habitacion lóbrega y muda  
 el hombre del orgullo se desnuda.

Sus títulos... Yo me fatigo en vano.

Aquí solo verás un vil gusano,

Fray Arsenio, el menor de los mortales,

y un ejemplo de penas y de males.

*Orv.* No, no me engaño yo; me lo asegura  
*Mirándole siempre.*

mi propia vista. Pero en tal clausura...

¿Qué admiracion!... Comminge de esta suerte...

aquí entre estos retratos de la muerte...

Comminge... así vestido...

*Com.* Sí; Comminge,

*Con viveza.*

que por triunfar de una monstruosa esfinge,

viviendo aquí, y muriendo ántes quisiera

esconderse del mundo si pudiera:

el que en los llantos arde, y en el ruego

de un criminal, y de un culpable fuego,

el que perjuro á Dios en este instante...

*Con mas viveza.*

Añade mas delitos á un amante...

date prisa... despierta... atiza luego

si puedes esta llama y este fuego.

Háblame de Adelaida... ¡Ah! No, detente:

arrójala de un corazon ardiente.

No me hables de ella... una palabra... pero...

¿de Adelaida... podrás decir primero...

si, ... si estos dias ménos borrascosos

son para ella felices y dichosos?

Sin duda... ¿Y que no vence su hermosura,

su gracia, su atractivo su dulzura?

¡Qué arte tan seductor! ¡Ah, que destreza!

*Con viveza.*

*Orv.* ¿Quién no prueba el poder de su belleza!

Pero dime qué acaso...

*Com.* ¿Otro ha sabido

agradarla? ¡Oh dolor!

*Orv.* Otro ha podido

enamorarse de ella.

*Com.* ¡O santos cielos,

apenas puedo contener mis zelos!

Persigue, ¡ó justo Dios! yo solo he sido (*Fu-*

quien tu odio y venganza ha merecido. (*rioso.*

Castiga! hiere, rompe, sin medida:

ojalá un rayo acabe con mi vida.

*Orv.* Sí Comminge, un rival...

*Com.* Y esta es la mano,

cuyo socorro bárbaro, inhumano,

emponzoñando mi gloriosa vida,

la dejó en mil pesares sumergida.

Si este rival cruel me ha libertado

para dejarme mas aprisionado.

*Orv.* Ahora vas, ó Comminge, á conocerle,

y al mismo tiempo á compadecerle.

Escúchame. Mi hermano no nacido

para gozar de un bien tan distinguido: is  
 de recibir entonces acababa  
 la fe con que Adelaida le trataba.  
 Yo la ví: y su hermosura, su belleza,  
 su dolor, su temor y su tristeza  
 pusieron á mis ojos un encanto.  
 Herida mi alma con tormento tanto  
 estaba demasiado preparada,  
 á recibir la flecha disparada.  
 A confesar mi nuevo sentimiento  
 no me atrevia; mas logré el intento  
 de hablar de mis amores ó mis males;  
 lo conoce Adelaida, y con señales  
 de honesto amor unióse á mi deseo.  
 Ya lucian las hachas de himeneo  
 mas tambien los autores del objeto  
 de mis cariños, sordos al respeto  
 á Adelaida debido y á su llanto,  
 á su pesar en fin y á su quebranto;  
 de compasion y de piedad desnudos  
 la habian dedicado á agenos nudos.  
*¿A otros lazos sujeta?* Exclamó ella.  
*Me compadece su infeliz estrella.*  
*¡Que mal se finge una infidelidad!*  
*¡Y que tormento es la necesidad*  
*de haberse de entregar á infieles lazos*  
*la que era ya Señora de otros brazos!*  
 Estas voces, á quien acompañaba  
 un dulce llanto, que se destilaba  
 hasta el pecho, la hacian mas hermosa.  
 Yo advierto que una llama venenosa  
 me quema, me consume; pues en vano  
 quiero amar á la esposa de mi hermano.

Yo en fin, inutilmente procuraba,  
 por una obligacion que me estrechaba,  
 sujetar un amor incestuoso  
 con un remordimiento peligroso.  
 A mi granja el furor te precipita;  
 pero mi hermano, á que un zelo irrita,  
 quiso darte la muerte. El cayó herido,  
 y á tí te prenden pero sin sentido.  
 Víctima de un esposo entónces ella,  
 al rigor de una malignante estrella,  
 en lágrimas de amor tierno bañada  
 viene á mí, y del dolor acompañada:  
*d ti me atrevo dice, d ti me atrevo*  
*d pedirte la vida, como debo,*  
*del misero Comminge. En tí confío.*  
*Te quiere lo bastante el pecho mio*  
*para hacerte saber mi sentimiento.*  
 (Amor fué solo quien dictó este acento).  
*No te oculto mi amor, prosiguió ella,*  
*en medio de mis llantos y mi estrella.*  
*Mas mi funesto error no me ha cegado,*  
*pues solo d la virtud lo he revelado.*  
*Quede libre... y me olvide... mas mi empeño*  
*es morir (yo lo digo) por mi dueño.*  
 Tú serás Adelaida; obedecida,  
 pues de un rival voy á salvar la vida.  
 Imponiendo silencio al movimiento  
 de una infame traicion te abro al momento  
 la cárcel; sales de ella, y convencido  
 de mí mismo; Orviñi te ha conducido.  
 ¡Qué gozo disfruté, Comminge amigo!  
 ¡Qué glorias trae la virtud consigo!  
 Vuelvo. *No llores, dije, te he servido:*

*Comminge libre está, por premio pido  
un eterno silencio: y si agraviada  
te quedas de esta acción inesperada;  
te aseguro que un puro sentimiento  
el yerro enmendará de este momento.*

*Permite, pues, que la amistad nos una.*

Yo volvía á caer: siempre importuna  
y débil mi razón no presentaba  
mas que un duro combate que cansaba  
mi valor, pero no le contenía.

Alguna vez también me sugería  
huyese de mi patria y aficiones;  
mas traía en mi alma las pasiones.

Yo las quiero vencer, si: y es el medio,  
que un devoto rival me dé el remedio.

Ojalá mis sentidos ilumine  
la Religión, y el cielo me apadrine.

*Com.* Generoso Orviñi, ¿qué me has contado?

Yo de tanta virtud quedo admirado:

tú debes perdonar una flaqueza,  
y yo sacrificar una ternera

indómita y culpable. Si, es seguro  
que el altar nos defiende con su muro,

que nos ofrece sus socorros; pero...  
yo insolente, atrevido y altanero

parece me resisto... ¿que desgracia!  
á las inspiraciones de la gracia.

Sí, Orviñi, yo lo sé: yo bien entiendo  
que soy traidor á Dios, que á Dios ofendo,  
cuando en este momento de mi amada...

de mi amada Adelaida... No hables nada:  
todo me pasa un corazón sensible. *Con furor.*

## ESCENA V.

*Eutimio baja la escalera por el lado izquierdo  
parece que anda con trabajo: ve á Commin-  
ge, levanta las manos al cielo, las deja caer  
juntas, poniendo una sobre el corazón, co-  
mo agoviado de dolor. Continúa bajando,  
y da algunos pasos hacia el teatro. No se  
ve la cara á este Religioso, porque se la  
cubre con la capilla.*

*Com.* Hay un mortal en este sitio horrible...

*Sin ver á Eutimio.*

que se ensaya á llevar siempre animoso  
un yugo demasiado riguroso.

Acaso... él es algún desventurado,  
como nosotros mismos, que agoviado  
de alguna propensión... de un amor fuerte,  
viene aquí á consolarse con la muerte.

Yo no sé... sus gemidos... su quebranto  
mi compasión excitan y mi llanto.

Muchas veces me busca en este abismo;  
y otras huye de mí, y aun de sí mismo.

Sin embargo, desea el pecho mio  
aliviar su pesar triste y sombrío.

Un deseo me insta y me provoca;  
pero cierra un silencio nuestra boca, *Leve.*

y jamás... verle allí... yo me conmuevo...  
siento al verle... no sé qué golpe nuevo.

*Camina Eutimio hacia el sepulcro de Comminge.*

*Orv.* ¿Donde va?

*Mirandole.*

*Com.* A mi sepulcro.

Orv. ¡Cielo santo!

Es aquí...

*Señalando al foso.*

Com. Donde habita eterno llanto,  
donde termina el curso de la vida,  
donde una propension entretenida,  
un sueño, una ilusión indócil, vana,  
se disipan: y en fin, donde mañana...  
de aquí á poco... tal vez en este instante  
la muerte.. acaso... no está muy distante;  
y amarga.. á que sepulte me convida  
veinte y seis años de una triste vida.

*Eutimio mira con atencion dolorosa la sepultura de Comminge. Levanta las manos al cielo las extiende ácia el foso; y juntándolas despues vuelve á mirar á Comminge.*

Manda la ley á todo Religioso,  
que cada uno con brazo valeroso,  
se trabaje su misma sepultura...  
donde fenecerá... toda ternura. *Con afliccion.*  
Esta es la mia. La de Eutimio es ésta.

*Señalando la de Eutimio que está al lado derecho del teatro.*

De este infeliz... ¿Qué pena le molesta?

*Comminge ve que toma el azadon de las orillas del foso.*

¿Piensa él acaso que mi deber borra?

*Mirándole.*

Orv. Siente tu pena, y tu trabajo ahora.

Com. Este instrumento... este azadon se ha huido  
de sus manos... y vence...

*Cuantas veces ha querido Eutimio servirse del azadon, otras tantas se le ha caido de las manos.*

*Eutim. ¡Ah!*

*Dejándole caer, y con la mayor tristeza.*

Com. ¡Qué gemido!

Orv. ¡Ah! cómo me penetra tal acento!

*Con admiracion.*

¿Podrás saber...?

*Eutimio da algunos pasos ácia Comminge.*

Com. El viene.

*Comminge va ácia Eutimio; pero éste se retira con un profundo suspiro.*

¿Qué tormento!

*Con dolor.*

¿Te vas; Eutimio? Mas yo rompo el silencio.

*A Orvini que quiere seguirle.*

Quédate tú.

*Eutimio sube lentamente por la misma escalera; mira afectuosamente á Comminge, alza las manos al cielo y se entra.*

#### ESCENA VI.

Comminge y Orvini.

Com. La ley que reverencio *Deteniéndole espresamente.*  
respétala tambien. No; no le sigas,

*Vuelven delante del teatro.*

la ley lo veda. Y ojalá prosigas  
en recibir mis llantos. Yo me quedo  
tan inclinado á Eutimio, que no puedo  
contener mi inquietud. Tanto me agita,  
que aumentá mi desgracia, y mas me irrita.  
Déjame... yo no puedo socorrerte  
sino con el ejemplo de la muerte.

Orv. Conoces á Orvini; si; mas primero  
él sabrá someterse lisonjero

á una inclinacion, sabrá quererte;  
y á pesar de los dos obedecerte.

Yo domo mi flaqueza, honor me guia,  
y Adelaida sabrá por carta mia...

*Com.* Que yo muero. *Con viveza.*

*Orv.* ¿Qué la amas? *Lo mismo.*

*Com.* ¡O Dios mio!

¿Qué dices? ¿Yo? ¿amarla? ¿El pecho mio  
nutrir esta pasion... y tu excitaria...

tú Orviñi... que debias apagarla?

Mi virtud ya te teme: yo me alejo:  
por no escucharte mas, aqui te dejo.

*Da algunos pasos para retirarse.*

Apártame, Dios mio, de sus ojos.

*Orv.* ¿Y no mitigarás esos enojos,

si cerca de una madre?

*Com.* ¡Madre mia! *Volviendo con rapidez.*

¿La conoces? ¿Qué? ¿Vive todavia?

*Orv.* Vive, sí: mas tu padre... sepultado...

*Com.* Tu mano, eterno Dios, me le ha quitado.

*Orv.* Desnudo ya de su pasion severa

de acabó el sentimiento su carrera.

Sensible, y no sabiendo de tu suerte,

te tuvo por despojo de la muerte.

Quedó tu madre, en fin, y envuelta en llanto.

dulcificó Adelaida su quebranto.

*Com.* Adelaida... mi madre...

*Orv.* Sus dolores.

unieron ¿Qué? ¿No avivas tus temores?

¿Qué te detiene? Ve, Comminge amigo,

seca sus llantos: yo no iré contigo.

Yo solo ocupar debo esta clausura;

tu de Adelaida... acaso: la ternura...

*Com.* Tu me distraes; tu mi amor atizas,  
y yo debo apagar aun sus cenizas.

*Orv.* Amor, honesto amor no ofende al cielo.

*Com.* Pero le ofende un indiscreto zelo.

¿Cuál, pues, será Orviñi, nuestro delito,  
si un amor criminal no está proscrito?

No redobles mis yerros sempiternos.

*Orv.* ¿Ignoras tú que ha mas de cuatro inviernos  
que Adelaida sus lazos ha intentado  
romper?... y que mi hermano sepultado...

*Con viveza.*

*Com.* ¡Adelaida está libre, y yo oprimido,  
y á un eterno tormento reducido!

¡O Dios! ¿Qué? No he sufrido lo bastante?

Retírate, Orviñi, huye al instante.

Yo vivia gustoso en esta estancia

entregado á una dócil ignorancia;

tu doblas mi pesar y mi suplicio:

mas de un rival es digno beneficio.

*Orv.* ¿Y qué estos votos...

*Com.* Una cruel cadena

impone á mi dolor eterna pena.

Infiel; ¿qué muerte va á romper mi seno!

Despues de cuatro años que yo peno:

¡he perdido este término afrentoso,

en que amor y esperanza ámbos unidos,

debian consumirse entre gemidos!

Despues de un año un celestial destino

me hizo cortar un lazo que abomino;

y cuando yo, bajo esta carga dura

*Desalentado.*

espiraba... (qué imágen... qué hermosura...

me detiene á las puertas de la muerte);  
 Y el fin llegaba de mi triste suerte;  
 ella libre... ella me ama... ¿y yo la quiero?  
 La quiero tiernamente, la venero. *Con viveza*,  
 Ella ocupa mis días, mis sentidos,  
 las noches, los sollozos, los gemidos.  
 Este fuego cruel, éste me inflama:  
 solo el cielo, apagar puede esta llama.  
 Perdóname, Orviñi: no me abandones:  
 compadece dos tiernos corazones.  
 Déjate ver... compláce á mi deseo,  
 y sabrás... que á Adelaida solo veo.  
*Orv.* Qué lástima!

## ESCENA VII.

*Comminge solo.*

*Com.* En mi pecho solo habita  
 un furor sempiterno que me agita.  
 Yo ya no me conozco. ¡O Dios clemente  
 envía un resplandor, un rayo ardiente  
 contra un dulce enemigo... irresistible;  
 pues solo á ti, Señor: todo es posible.

*Fin del Acto primero.*

## ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA.

*Comminge bajando en una situacion que anuncia su dolor, se llega á la Escena, y se suspende un rato en un profundo sentimiento.*

*Com.* ¡Qué nube tenebrosa de la muerte  
 me ofusca y me rodea! Estoy de suerte  
 que ignoro lo que debo y lo que quiero.  
 En este albergue obscuro á Orviñi espero  
 para manifestarle un pecho duro.  
 ¡Vana esperanza! ¿Pero que procuro?  
 ¿Acaso quebrantar, romper osado  
 unos votos que yo mismo he jurado?  
 ¿Y qué votos son estos? Por ventura  
 los votos del afecto y la ternura,  
 del corazón, de la naturaleza  
 no son primero? ¿Acaso la grandeza  
 del cielo y su poder se han conjurado  
 para que el hombre viva esclavizado?  
 ¿Y en fin á su flaqueza es necesario  
 imponer algun yugo voluntario?  
 El formador del hombre generoso,  
 Padre el mejor, mas tierno y amoroso;  
 este Dios que nos ama, y cuya idea  
 en hacer bien al hombre se recrea;  
 este Dios finalmente... ¿qué? ¿Vería  
 con placer, que un tormento destruya

su imágen, y que su obra prodigiosa  
acababa una muerte lastimosa?

¿Mis lágrimas su zelo nutrirían,  
mis penas su grandeza aumentarían,  
y para complemento de mi ultrage  
mis cadenas le harían su homenaje?

*Con furia.*

Yo detesto estos votos, los desecho:  
voy á cobrar mi natural derecho.

La ciega humanidad necia se atreve  
á formar unos votos que no debe.

Yo renuncio estos votos afrentosos,  
votos y juramentos peligrosos.

De Adelaida los dulces atractivos  
vuelvo á jurar: sus ojos compasivos,  
si miran con ternura mi tormento,  
extinguirán mis males al momento.

*Con viveza.*

Véala yo un instante... mas si al cielo  
se ofende de mi amor... á él mismo apelo  
para que apague esta furiosa llama,  
y triunfe de este fuego que me inflama.

*Despues de una larga pausa*

Prosigue, infiel, ultraja á un Dios zeloso,  
arroja de ese pecho venenoso  
blasfemais y calumnias... ¿pero á donde,  
apóstata infeliz, misero Conde,  
vas á parar con esa llama impura,  
que domar no ha podido esta clausura?  
Tu intentas deshacer un dulce lazo  
que sirve á tu flaqueza de embarazo.

¿Si aquel fantasma vano y facinante,  
que solo de virtud tiene el semblante;  
si el honor, digo, aquel honor terreno  
de falsedades y de engaños lleno,  
tu palabra empeñara, cumplirlas?

¿O acaso á tu palabra faltarias?

¿Y pretendes osado y atrevido  
quebrantar unos votos que ha ofrecido  
tu pecho, que tu mismo has pronunciado,  
Dios y la Religion han aceptado?

¿Traidor serás? ¿A un Dios que solicita  
tu bien, no temes si su furia irritas?

¿Sobre ti mismo, misero y culpable,  
no sientes ya su ruido formidable?

Mira bien, infeliz, mortal, advierte  
cuál suben del abismo de la muerte  
espectros tenebrosos y funestos.

Estas pálidas sombras... estos... estos  
horrores del sepulcro te convidan,  
te llaman, te desean, te intimidan.

¿Qué miradas, O Dios, tan espantosas!  
¿Qué aspectos! ¿Qué figuras horrorosas!

*Mira al sepulcro de Rancé.*

Del fondo de esta tumba... una voz triste...  
lúgubre y melancólica me enviste...  
y... ya se abre... ¡Qué horror!... A Rancé veo.  
á Rancé, que acusando mi deseo,  
me viene á destruir con guadaña  
de su colera ardiente y de su saña,  
El se alza... deteneos Padre amado  
él habla... ¿á donde vas desventurado?

¿Donde vas á parar sino al abismo?  
 ¿De los brazos de Dios, del seno mismo  
 de Dios te apartas? ¿Tu quieres osado  
 deshacer unos nudos que has votado,  
 y que el cielo glorioso ha recibido?  
 ¿No sientes de su cólera el sonido?  
 Tiembla, pèrfido, tiembla: huye su flecha.  
 Ruge el infierno, el cielo te desecha,  
 aquel pide la presa, y la devora...

## ESCENA II.

Comminge y Orviñi.

Orviñi baja por el lado derecho de la escalera  
 con una carta en la mano. Alguna vez le-  
 vanta los ojos al cielo, y otra los inclina  
 y fija en la carta manifestando el mas  
 profundo dolor: se acerca á la Escena.

Com. ¿Qué haré pues? desechar á quien adora  
 Sin ver á Orviñi.

mi tierno corazon; echar del pecho  
 una imágen de amor el mas desecho;  
 olvidar un objeto, cuya mano  
 disputa con el cielo soberano  
 mi alma... mi homenaje... ¿Mas que digo?

Con viveza.

Yo amo solo á Adelaida, yo la sigo:  
 ella solo me inflama... Dios zeloso  
 tú truenas, tu amenazas... bien... gustoso  
 me sujeto á la ley... la olvido... pero...  
 yo olvidarla... morir será primero.

Ve á Orviñi, y da algunos pasos ácia él.

Orviñi viene... ¡pero qué turbado!  
 Algun nuevo dolor le ha penetrado.  
 Orviñi tiene siempre fijos los ojos sobre la  
 carta, y da un paso.

Sus ojos fijos miran con espanto  
 una carta que baña en tierno llanto.

Con ternura.

Habla, Orviñi ¿que dices? Mis sentidos  
 rotos, despedazados, comprimidos ...  
 Habla... dime.. Adelaida... ¿á esta voz lloras?  
 ¿Ignoras mi dolor, mi amor ignoras?

Orv. ¡Ah Comminge infeliz! Con dolor.

Com. Acaba, aprieta, Con furia.

acaba de pasarme la saeta,  
 que tanto punza á una alma empedernida;  
 acaba con mis penas y mi vida.

¿Que? ¿Acaso mis desgracias, mis tormentos  
 pueden multiplicar mis sentimientos?

Con profundo dolor.

Orv. Comminge... en fin morir... solo nos resta.

Com. Lo que yo amaba... ¡O Dios! ¿Que carta es  
 Dámela. Con impetu. (esta?)

Orv. La piedad no me permite  
 que la ponga en tus manos; sí que evite  
 un nuevo sentimiento; un dolor nuevo:  
 y yo debo sufrir...

Com. Yo morir debo. Con viveza

Como que se retira.

Orv. A Dios, Comminge, á Dios.

Com. Cruel, espera: Furioso deteniéndole  
 yo la quiero leer aunque me muera.

Aparte con ternura.

Orv. ¡Qué furor! ¡Qué dolor! ¡Qué abitaniento!

¿Qué me pides?

*Com.* El fin de mi tormento: *Con impetu.*  
la muerte, ese papel... sea el que fuere.

*Orv.* Tómale, léele, y luego muere. *Lo mismo.*

*Co. lee.* *Al fin vuestras pesquisas se han logrado.*  
*pues un asilo nuevo han encontrado.*

*¡Ojalá vencedor de amor odioso,*  
*gózases un destino más glorioso!*

*Prepárate... ¡qué espada tan terrible*  
*va á penetrar un corazón sensible!*

*Sabrás que de la suerte perseguida,*

*Adelaida... Adelaida tu querida;*

*un año habrá que habiendo abandonado*

*este mismo lugar que había habitado;*

*llena siempre de amor y de su amante,*

*victima de una pena fascinante...*

*Adelaida... espiró...*

*Com.* ¡O Dios! Yo muero.

*Cae desmayado sobre una de las sepulturas de*  
*los Religiosos que deben estar un poco más*  
*elevadas de la tierra.*

*Com.* ¡O amigo mio! ¡O amigo verdadero!  
*Sosteniéndole.*

La virtud... el Santuario...

### ESCENA III.

Cominge, Orviñi y el Padre Abad.

*Este baja por el lado derecho de la escalera,*  
*y llega á la Escena.*

*Orv.* ¡Ah, yo abitado...

*Sin ver al Padre Abad.*

con golpe tan fatal!... y sin sentido

Comminge, á quien las sombras de la muerte  
ofuscan y rodean de tal suerte, (me ayude?  
que... ¡En esta estancia, ó Dios, no hay quien

*Abad.* Sabes si el Extranjero acaso acude  
para aliviar...

*Orv.* O Padre amado corre,  
Comminge espira... mírale... socorre...  
esta carta, el amor... un desvario...

*Está en el suelo la carta: y al ver al Padre*  
*Abad se levanta.*

*Com.* Adelaida murió... ¡O Padre mio!...  
*Cae al instante.*

*Abad.* Escucha, amigo mio: tu gemido  
*Abrazándole y sosteniéndole.*

allá en mi corazón se ha introducido...

Confía en la piedad, ella consuela:

y la naturaleza se desvela,

siempre pura y sensible á nuestros males,  
en prestar socorro á los mortales.

Vengo á enjugar tus llantos; y mi anhelo  
es darte en tu dolor algun consuelo.

*Orv.* ¡Qué amable, ó Religion que compasiva  
*Acia el teatro.*

eres para el mortal! Dura y activa

te ha pintado el error: error ingrato,

ve aquí su propio aspecto y su retrato.

*El Padre Abad está siempre al lado de Com.*

*Abad.* Estos son los efectos que han prestado  
*A Orviñi.*

las pasiones al hombre desgraciado.

*Se vuelve á Comminge, teniéndole abrazado.*

No rehuses mis brazos; ven, querido:  
vuelve á la voz de un padre enternecido,  
que desca aliviar tus sentimientos.

*Com.* La perdí... *Alzándose poco á poco.*  
Infierno: ¿tienes más tormentos?

*Abad.* Retírate. Conviene que un momento...

*A Orvini.*

quedemos solos.

*Da Orvini algunos pasos para retirarse. Com-  
minge levanta la cabeza, y dice con furor:*

*Com.* Padre, no consiento

Yo quiero suspirar, yo gemir quiero,  
y que vean sus ojos que yo muero.

*Con impetu.*

Mis maldades no ha visto, mi delito  
no conocía aun: yo el sobre escrito  
presentaba de un héroe virtuoso:

él me creía tal, y generoso  
sin duda me estimaba: de este engaño

es preciso que vea el desengaño,  
que le vea Orvini, tú el cielo mismo,

las furias horribles del abismo,  
los monstruos de la tierra, el universo,

todos vean un hombre tan perverso;  
un hombre infiel, pérfido, un proscrito,

que expiar no ha sabido su delito,  
y vive aun sin arrepentimiento.

En aquel mismo instante, en el momento  
en que el cielo piadoso levantaba

la espada sobre mí; yo proyectaba  
desbacer con escándalo mis lazos,

y arrojarme frenético á los brazos  
de Adelaída... murió... Dios resentido...

este Dios me castiga.

*Abad.* Está perdido.

*A Orvini.*

Retírate.

*Al mismo.*

*Com.* ¿Me dejas?

*Orv.* Vuelvo luego.

*Vase.*

*Com.* ¡O Padre amado! por piedad te ruego  
venga á cerrar mis ojos moribundos.

#### ESCENA IV.

*Comminge y el Padre Abad.*

*Abad.* Las mayores heridas, los profundos  
golpes del corazón fia en mi pecho.

*Com.* Nada puede curarme... Esto es hecho...

*Con gran furor.*

Redúceme á cenizas, Dios severo...

Dios vengador... aquí tu rayo espero.

*Abrazá la tierra con transporte.*

*Abad.* Conoce, Arsenio, conoce hijo querido,  
á un Dios que te oye, á un Dios que has ofen-  
No dudes que este Dios de fuego armado (dijo).

*Con entereza.*

contra ti miserable y desgraciado,  
fomentando el rigor de su justicia.

contigo acabe, con toda tu malicia,  
aterre al mundo, al infierno espante,  
y todo lo consuma en un instante.

*Con ternura.*

Pero éste mismo Dios, que tan terrible  
te acabo de pintar; es muy sensible,  
es un Padre indulgente, amable, grato:  
¡y tu le desconoces, hombre ingrato!

*Com.* Este Dios tan sensible, Padre amado,

*En la misma situacion.*

parece que de mí se ha retirado.

El me quitó á Adelaida...

*Llorando.*

*Abad.* ¿Y aun se atreve

á insultar á este Dios tu voz alevé?

En tu impiedad tu acusas á los cielos,

debiendo agradecerles sus desvelos.

¿Pero que digo? Tu un objeto lloras

que te quitó de delante. ¿Acaso ignoras

que si hiere á Adelaida... tu, tu has sido

quien la espada cruel ha conducido?

quien finalmente la ha sacrificado?

Hombre ciego, si: tú eres el osado

que faltando á la fe y á tu promesa.

(prófugo del santuario y de su mesa)

á tus votos, á Dios y aun á tí mismo;

despeñado corrias al abismo.

Este Dios, que preside eternidades,

que ordena siglos, manda inmensidades,

leyó en tu pecho ideas criminales,

torpezas y palabras desleales!

te vió pronto á romper tu juramento...

¿y que hace? Te arrebató en un momento

la causa principal que te inficiona.

Entonces su clemencia te abandona,

te desampara, te castiga, pero

si derramas un llanto verdadero, *Tierno.*

si imploras su favor con eficacia,

á tí y á todos nos dará su gracia.

Te habló con este espíritu cristiano,

*Con entereza.*

porque conviene así. Dame esa mano.

*Alza á Comminge, que se esfuerza para levantarse, apoyandose siempre en los brazos del Padre Abad.*

*Com.* ¿Qué pides, Padre mio? Yo quisiera que ahora mismo mi vida feneciera.

¿Por qué rumbo cruel, con que pretexto me sacas á una luz que yo detesto?

Llámame criminal, infiel perdido;

conozco que lo soy, y que lo he sido.

¿Pero Adelaida acaso era culpable? *Furioso.*

No: yo lo soy; y el cielo inexorable

sobre ella su rigor ha descargado,

y á Comminge infeliz libre ha dejado.

*Abad.* Respeta sus decretos, sus venganzas; y sufre...

*Com.* Ah Padre! están mis esperanzas

cansadas de sufrir: yo no lo niego,

ni te puedo engañar; pero aquel fuego

de este Dios fulminante me ha abrasado,

y todo el corazon me ha devorado.

Ya no temo á la muerte. Yo la miro

como remedio y fin de mi suspiro.

Únicamente temo á un Dios airado...

Arráncame esta flecha que ha pasado

mi corazon. Mi amada... ¡Ah Padre mio!

mi consuelo... mi amor. Yo desvario

Adelaida... murió... Pero no obstante

sobre todo la quiero. En este instante

cata aquí el solo objeto que me lleva.

A la pálida antorcha de esta cueva,

donde su vida un criminal mejora,

solo veo á Adelaida encantadora.

Al pie de los altares compungido;

ella sola merece mi gemido:  
y cuanto mas me hiere amor funesto,  
tanto ménos mis crimines detesto.  
Este de mis pasiones es el cebo.

*Abad.* Con la gracia, á decírtelo me atrevo,  
todo lo vencerás: ella no ha estado  
jamás sin atención á tu cuidado,  
y depósito fiel de tu desvelo  
clamará por piedad al mismo cielo.  
Confía, espera, ámate á tí mismo,  
pide á Dios del profundo de tu abismo,  
y le verás romper esa cadena,  
esa pasión que tanto te enagena.  
El Criador del cielo y de los mares,  
que con su voz aplaca los pesares,  
serena las borrascas y elementos,  
y sujeta las nubes y los vientos;  
calmará compasivo tus sentidos  
agitados con penas y gemidos;  
porque un zelo constante y penitente,  
digno te hará de su bondad paciente.  
Si quieres ver en tu alma fluctuante  
un movimiento cierto y agitante  
que te haga conocer de Dios la gloria,  
clava un terror eterno en tu memoria;  
pon á tu vista el cuadro de la muerte, (fuerte.  
que espanta al chico, al grande, al flaco y  
Más docil á la ley trabaja el hoyo,  
de tu fragilidad único apoyo:  
pero el alma inmortal, de Dios aliento,  
obra de poder y entendimiento,  
si atroz irrita á su bondad suprema,  
teme que no le caiga el anatema.

Tiembla, y mira á este Dios tan soberano  
aquí con las balanzas en la mano.  
Ya no es padre, ya es juez; ya no hay efugio;  
¿quién será, si pronuncia, tu refugio?

*Pone la mano sobre el sepulcro.*

Aquí, y no en otra parte, es donde luego  
has de enterrar ese injurioso fuego;  
donde tu corazón empedernido  
debe estar á la muerte sometido;  
y con cuyo maestro finalmente  
tu peligro repases inminente.

*Da algunos pasos como que se retira.*

Yo me voy con Eutimio.

*Com.* ¡Ah padre amado! *Vivamente.*

Esté Eutimio me tiene penetrado.  
Descubre sus secretos. Yo concibo  
en sus pesares un tormento vivo.  
Cuando le veo, afligeme la pena  
de no saber qué objeto le condena  
aquí... sobre mis pasos... el parece  
quiere aliviar mis males. Se entristece  
demasiado al mirarme, llora y gime:  
¿qué mal será, Dios mio, el que le oprime?  
Con su mano mi fosa trabajaba,  
y esta misma al instante desmayaba.  
El mira... él me conoce... ¡O Padre mio!  
¿qué destino es el suyo tan sombrío!  
¿Pero adonde mis lágrimas convierto?

*Con viveza.*

¿Ni qué interés, si Adelaida ha muerto?

*Abad.* ¿Y que? ¿siempre este nombre?...

*Com.* ¡Ah!

*Abad.* Mis ojos

descubrirán de Eutimio los enojos.  
 El dará la razon que le ha movido  
 á seguir tus pisadas dolorido.  
 Despues te informaré. Dura es su suerte;  
 desde la tierna edad pasa á la muerte.  
 Su palidez de lágrimas bañada  
 va á ser á un sueño eterno destinada.

*Com.* ¿Muere? *Con dolor.*

*Abad.* La muerte bien podrá llevarle.

Sobre este hoyo procura tú imitarle.

Un Cristiano adornado vanamente  
 de un titulo orgulloso y aparente  
 aprende aqui á morir.

*Comminge se postra á los pies del Padre Abad,  
 que marcha.*

#### ESCENA V.

*Comminge solo viniendo delante del teatro.*

*Com.* ¡Qué desgraciado!

El cielo contra mí se ha conjurado.

Este Eutimio.. Ah, desecha estos quebrantos..

¿Aun ocupan tus ojos tiernos llantos;

y al lado de un sepulcro ceniciento  
 abres tu corazon al sentimiento?

Yo todo lo perdí. La muerte hambrienta  
 con sus ojos terribles me amedrenta.

Ya, ya no soy quien soy. Tu gracia pido,

¡ó Dios de amor! concédela á un rendido.

Tú quieres que la olvide... ¡O que tormento!  
 que no arroje por ella ni un lamento.

Este esfuerzo supremo y soberano,  
 este esfuerzo, Señor, no está en mi mano.

Perdóname, Dios mio, yo te ofendo;

yo quisiera olvidarla... lo pretendo.

*Va al sepulcro de Rancé, le abraza con ternura,  
 y derrama algunas lágrimas.*

Dame tu corazon Rancé querido;  
 tú que supiste amar, y que has sabido  
 domar de tus pasiones la terneza;  
 ayúdame á vencer esta flaqueza.

Sé sensible á mis gritos, ven combate  
 á un tirano que adoro y que me abate.

No desprecies mis llantos.. mis desvelos..

¿No amaste como yo? Yo muero... ¡O cielos!

*Quedase recostado sobre el sepulcro á los pies  
 de la cruz, y en un profundo abatimiento.*

#### ESCENA VI.

*Comminge y Eutimio.*

*Eutimio baja la escalera por el lado derecho  
 ácia donde Comminge tiene las dos manos y  
 la cabeza apoyada sobre el sepulcro. Está  
 de modo, que ni ve á Eutimio, ni éste á Com-  
 minge. Eutimio se encamina á su sepultura,  
 que ha de estar delante del teatro á la de-  
 recha. Este religioso tiene siempre la cabeza  
 cubierta con la capilla. Exàmina largamen-  
 te su sepulcro. Gime, extiende las manos y  
 las levanta al cielo. Deja este lugar, y al  
 tiempo de dar algunos pasos para retirarse,  
 ve á Comminge. Queda turbada de manera  
 que va á el, se retira y vuelve al fin Com-  
 minge, que todavia no le ha visto, se alza  
 y pasa al lado izquierdo cerca de la sepul-*

*tura de Eutimio. Corre este à ocupar su lugar. El ha notado que Comminge ha derramado algunas lágrimas sobre el sepulcro, y queda en la misma situacion en que le ha visto. Comminge se dirige àcia su sepultura, y dice:*

*Com. Voy á cumplir mi obligacion severa.*

*Toma el azadon.*

*¿Mas no es aqui donde la muerte espera?  
¿O tierra! ¿O tierra! ¿Pero quien me grita?  
¿á un sitio tal mi cuerpo se limita!  
¿Mi corazon infiel y endurecido  
ha de ser á esta nada reducido!*

*Introduce el azadon, cava la tierra y halla alguna resistencia. En este tiempo Eutimio da algunos osculos al sepulcro, manifestando como que quiere recoger las lágrimas que derramó Comminge.*

*¿O qué roca me opones inflexible!*

*Saca las piedras, y las pone á la orilla.*

*Pero pues te abres, no eres insensible.*

*Toma la pala, y saca la tierra echandola á una y otro lado, y se mete dentro de la sepultura.*

*Aqui estarás, Comminge desgraciado,  
y aquí Dios de tu amor habrá triunfado.*

*Eutimio se levanta, alza los ojos al cielo, mete la mano en el pecho, y cae en la misma situacion.*

*¿Y en esta situacion... aun vivo?... pero...*

*Yo siento... que Adelaida solo quiero.*

*Cae en una aptitud de abatimiento por el lado del hoyo que mira al sepulcro, y por donde*

*lo pueda ver el espectador. Eutimio, á quien todavia no ha visto Comminge, da algunos pasos àcia él, se retira con señales de dolor, vuelve, retrocede, pone una mano sobre el sepulcro.*

*Perdóname, gran Dios; yo solo aspiro*

*á despedir el último suspiro.*

*Esta es la vez postrera. ¡O Dios! detente,*

*permite que me llene últimamente*

*de un objeto amoroso que al instante*

*voy á sacrificaros Dios, amante.*

*Perdóname si contra el juramento*

*en este pecho pérfido alimento*

*este ardor... esta imágen tan querida.*

*Saca del pecho el retrato de Adelaida. Eutimio se ha puesto á las espaldas de Comminge, y tiene una mano en los ojos en ademán de llorar.*

*Oye á Comminge con interes.*

*¿Y á quién la daré yo sin dar la vida?*

*Mirando el retrato,*

*Esta es aquella imágen reverente*

*que quieren que yo olvide eternamente.*

*Borrados sus hechizos con mi llanto,*

*presentes á mis ojos... entretanto*

*á Adelaida... á Adelaida solo quiero,*

*Bésate llorando.*

*y á todo juramento la prefiero.*

*Eutimio con las manos extendidas àcia Comminge, y en disposicion de gritar.*

*Ella de mi alma es unico alimento.*

*Con un grito grande.*

*Eut. ¡Ah Conde de Comminge!*

*Se retira con precipitacion. Comminge guarda con vivesa el retrato en el pecho como espantado.*

*Com.* ¡O Dios! ¡Qué acento! *Vuelve la cara.*  
Eutimio...amado Eutimio, espera... aguarda.  
¿Pero qué temor nuevo me acobarda?

*Eutimio se retira ácia el lado derecho de la escalera.*

Esta voz...¡ó cruel! ¿Huyes? ¿Qué es esto? *ap.*  
Nada escucho... yo espiro á tus pies puesto.

*Va Comminge ácia Eutimio, y èste alarga el brazo para detenerle. Suspenso.*

¿Qué me detienes? Su poder me admira. *Ap.*  
*Eutimio ha subido ya algunos escalones, y deja caer las manos sobre las rodillas como que llora.*

El llora...

*Se acerca con impetu á Eutimio puesto sobre un escalon.*

Yo sabré... él se retira...

*Eutimio se desvia, y le hace señas para que se detenga.*

*Eut.* Detente, Conde: el cielo así lo ordena.  
*Acaba de subir con trabajo, volviendo de cuando en cuando la cabeza. Comminge atónito y detenido en el escalon.*

*Com.* ¿Dios lo manda? Dios labra mi cadena.  
Este cruel silencio me comprime.

*Se vuelve á Eutimio, que está en lo alto de la escalera. Eutimio junta las manos, las levanta al cielo, mira á Comminge, da un profundo suspiro y vase.*

Eutimio...amado Eutimio... él huye y gime.

## ESCENA VII.

*Comminge solo volviendo á la Escena, y oyendo tocar una campana.*

*Com.* No puedo mas: la turbacion me agita,  
y al son de esta campana mas se irrita:  
vana fué mi ilusion, pues engañado,  
mi desesperacion ha redoblado.  
Cuanto aquí me rodea... cuanto siento,  
todo aumenta mi pena y mi tormento.  
O Dios, tú me castigas... tú porfias...  
yo te ofendo... ven á cortar mis dias:  
ven, ven, desembaraza á un desdichado  
del peso de su ser, y de su estado.

## ESCENA VIII.

Comminge y Orviñí.

*Orviñi baja con precipitacion por el lado izquierdo de la escalera, y corre ácia Comminge.*

*Orv.* De este infeliz...

*Com.* Eutimio... *Con viveza.*

*Orv.* En este instante  
ha llegado su fin.

*Com.* ¡Dios fulminante!  
¿Qué dices Orviñí?

*Orv.* Que ví llevarle  
pálido, moribundo... y ayudarle  
una voz bienhechora y lastimera  
á acabar esta misera carrera.

*Com.* Yo le pierdo... él se muere.

*Orv.* Yo reparo

en sus facciones un semblante raro...  
que me ha turbado... es necesario verle...

*Com.* Y en todo cuanto pueda socorrerle.

Vamos á verle. ¿Un corazon partido  
qué ha de temer si todo lo ha perdido? *Vase.*

*Orv.* Yo sigo sus pisadas. Cielo santo,  
aliviad su dolor, templad su llanto.

Si en este maro fuerte y religioso  
no halla quietud, ¿dónde estará el reposo?

*Fin del acto segundo.*

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

*Comminge bajando la escalera con precipitacion, y Orviñi siguiéndole con la misma.*

*Com.* No me sigas *Desde la escalera.*

*Orv.* ¿Qué? ¿En este albergue horrendo *bajan*,  
siempre has de estar frenético gimiendo?

¿Qué vienes á buscar?

*Com.* Funestas sombras,  
negros espectros, fúnebres alfombras.

Si la tierra me abriera generosa,

otra estancia mas triste y tenebrosa,  
donde ocultára yo mi dura suerte,

buscára allí la noche de mi muerte.

Todo, todo se obstina en perseguirme,

en doblar mi dolor, y en afligirme.

Eutimio... ¿Pero sabes por ventura

qué turbacion, qué afecto, qué ternura

mueve mi corazon... mi sentimiento,

que no puedo olvidarle ni un momento?

Despues de mi Adelaida él solo ha sido

el que mi inclinacion ha merecido;

y siu saber por que le estimo y quiero:

pero él esquivo, rígido y severo

rehusa verme... huye, se retira

y si acaso me ve, gime y suspira.

A pesar de mis súplicas y llantos,

él pretende ocultarme sus quebrantos.

Dícese... me horroriza esta pintura,

que va presto á ocupar su sepultura. (vida?)

Si él muere... ¿y bien? ¿Que me importa su

¿Pero qué d'go? ¿Acaso no está unida

mi suerte con la suya? No percibo

de donde viene un interes tan vivo.

¿Seria éste, Orviñi, de la desgracia

el supremo ascendiente, y la eficacia

de un alma al infortunio acostumbrada,

desear ser mas que otras desgraciada?

¿O Dios, para aumentar el sentimiento

á la necesidad un el tormento?

Eutimio... ya me busca... ya se aleja...

y siempre siempre ¿en qué afliccion me deja!

*Orv.* La misma conmocion que sientes, siento.

*Com.* Todo esto mas se añade á mi tormento.

Marchitos los sentidos se enflaquece

la razon, y el vigor desaparece.

Supe apartar de un sueño los errores;

pero hoy mi alma se abre á los terrores.

Tanto el pesar oprime y desfigura  
 el ser de una orgullosa criatura.  
 Cuando el Sol llega al punto mas brillante,  
 la regla nos permite que un instante  
 halaguemos del sueño las dulzuras  
 mezcladas con afectos y amargas.  
 Ya Morfeo mis párpados cerraba,  
 ya el corazon cansado se ensayaba  
 en suspender un rato la tortura  
 de su infelicidad y desventura;  
 cuando un sueño terrible, ¡O Dios! ¡qué sueño!  
 me turbó con su aspecto y con su ceño.  
 Soñaba yo que erraba medio muerto  
 por las lóbregas sendas de un desierto,  
 cuyo bosque sombrío intrincado  
 estaba de sepulcros rodeado.  
 Del fondo de estos negros monumentos  
 salian á millares los lamentos,  
 y exhalaba por todas sus junturas  
 errantes sombras, pálidas figuras.  
 Ecos tristes y fúnebres acentos  
 ocupaban los campos y los vientos:  
 pero mas mi apreension horrorizaban  
 los cráneos que hasta el cielo se elevaban;  
 pues parecia este lugar inmundo  
 cementerio comun de todo el mundo.  
 De la muerte los mudos alaridos  
 eran en su terror de mis sentidos.  
 A la luz, pues, de una vela sangrienta  
 una infeliz muger se me presenta,  
 enlutada, afligida, inconsolable,  
 sucumbiendo á una muerte inevitable.  
 Me acerco á socorrerla... ¡O Dios! Qué es esto?

Adelaida... Adelaida... á tus pies puesto...  
 voy ansioso á abrazarla... y cuando creo  
 cumplir entre mis brazos mi deseo;  
 hallo, para escarmiento, entre mis brazos  
 de espectros y atahudes los pedazos.  
 Yo descubro un ropage extravagante  
 de una sombra ó vestigio amenazante,  
 en que cubierto Eutimio, se levanta,  
 y con su vista trémula me espanta.  
 ¡Qué imágen! No es la muerte tan terrible,  
 como su aspecto y su figura horrible.  
 El estaba de llamas rodeado,  
 y de furias y fuego acompañado:  
 y en medio de aquel túmulo... *detente,*  
 me dice con voz ronca y balbuciente:  
*bastante desgraciado es mi destino.*  
*¡Ah si ayudado del amor divino*  
*pudiese yo expiar con esta llama*  
*el error de otro fuego que me inflama!*  
*Mira, pues, este horrible monumento,*  
*del Dios de las venganzas instrumento.*  
*Gime, llora, aun es tiempo, tu delito:*  
*Dios no despide un corazon contrito.*  
*Tú ya ves á Adelaida. ¡O Dios! Espera...*  
*¡qué voz tan alagüeña y lisonjera!*  
 Voy á ella, y me veo de repente  
 abrasado de un fuego mas ardiente.  
*Ya te espero, me dice: ven conmigo...*  
 Yo turbado y atónito le sigo:  
 y apenas llego al monumento, cuando  
 relámpagos y rayos fulminando,  
 húndese aquel horrendo monumento,  
 y todo se disipa en un momento.

## ESCENA II.

Cominge, Orviñi, y cuatro Religiosos.

*Estos cuatro Religiosos salen por el lado derecho de la escalera: toman sucesivamente la cuerda de la campana, postrándose uno delante de otro, y diciendo:*

1. *Rel. Morir. Con voz lúgubre y baja.  
Oyendo la campana.*

*Orv. O Dios, ¿qué escucho? ¡Qué sonido!  
Espantado mirando á los Religiosos.*

*Com. Sin duda alguna Eutimio ha fenecido.*

2. *Rel. Morir. Observando lo dicho.*

3. *Rel. Morir.*

4. *Rel. Morir.*

*Estos cuatro Religiosos se retiran. Es de advertir, que la campana tiene otras cuerdas dcia dentro, por donde continuan tocándola por la parte del claustro sin que se vea.*

*Orv. Yo estoy confuso.*

*Com. No dudes, Orviñi; este es el uso, cuando fallece un Religioso nuestro.*

## ESCENA III.

*Cominge, Orviñi y el Padre Abad seguido de dos Religiosos de los cuales el uno tiene un pañuelo en los ojos, y el otro está como penetrado de tristeza.*

*A medio bajar.*

*Abad. Suspended y enjugad el llanto vuestro,*

*y preparad el ataud sombrío.*

*Se van los Religiosos con suma tristeza.*

*Cominge viendo el Padre Abad, corre à el con dolor, olvidándose de postrarse segun el uso.*

*Com. Eutimio... Con dolor.*

*Abad. Va á morir... Tiernamente.*

*Com. ¡O Padre mio!*

*Abad. Todos lloran, y lloro... ¡O triste oficio!*

*Pero hagamos á Dios un sacrificio.*

*La Religion que á todos nos sublima, sujeta al hombre, y al cristiano anima.*

*Com. ¿Y sus dias?*

*Abad. Se acaban al momento.*

*Com. No puedo contener mi sentimiento.*

*¡Qué dolor! Padre mio, yo quisiera acabar con Eutimio mi carrera.*

*¡Qué estado miserable el de mi suerte!*

*Yo pensaba llorar solo una muerte.*

*Perdonadme, Adelaida... Sí, yo ignoro Ap.*

*mi triste situacion; yo peno y lloro:*

*pero Eutimio... yo cedo á mi tormento...*

*muere... ¿y no le veré? ¡Que afliccion siento.*

*Al Padre Abad.*

*Orv. Permitirás, O Padre... hablar no puedo.*

*Abad. A este lugar de horror, de susto y miedo,*

*que al pecho mas valiente atemora,*

*vendrá para morir entre ceniza.*

*Com. Sabes si sus pesares... Con precipitacion.*

*Abad. Al instante.*

*los va á manifestar aquí adelante:*

*por él lo sé; y aun por la vez postrera*

*quiere, obligado de la ley austera,*

descubrir un secreto que ha tenido.  
 contra el uso y las leyes escondido.  
*Com.* Mi turbacion este secreto aumenta.  
*Orv.* Y en mi cuantas sospechas alimenta.

## ESCENA IV.

Comminge, Orviñi, el Padre Abad y Religiosos

*Dos hileras de Religiosos bajan con los brazos cruzados sobre el pecho, y con un grande pesar por las dos escaleras: cada uno hace genuflexion delante de la cruz, y otra delante del Padre Abad, y seguidamente se ponen en su lugar à los dos lados de la Escena: las dos columnas estan frente à frente, y el Padre Abad en medio: en uno de los dos lados están Comminge y Orviñi oprimidos del mismo dolor, y como inquietos por el secreto que ha de revelar Eutimio: continuará la campana sin confundir à los que hablan: el Padre Abad dice à los Religiosos.*

*Abad.* Tomen lugar, y escuchen.

*Los Religiosos se ponen en fila, como está dicho, y permanecen en suma tristeza.*

Ya la muerte

aquí para: y aquí va á echar la suerte sobre uno de nosotros. Preparado está el hermano Eutimio, y consolado: pero para calmar sus turbaciones vuestro socorro espera y oraciones: pues me ha pedido con afecto tierno,

que todos imploremos al Eterno,  
 que este infeliz ya vencedor valiente,  
 lleno su corazon de un fuego ardiente,  
 beba el cáliz amargo que le inflama,  
 sin horror á la muerte que le llama:  
 y que su alma rompiendo ya estos lazos,  
 vaya á dormir en los divinos brazos.

*Se vuelve á la cruz, como tambien los demás Religiosos, y dice el solo la oracion siguiente, repitiendo los religiosos la última palabra.*

Dios supremo, dignaos conceder  
 que su espiritu viva solo en vos.

El cuerpo vuelva á su primero ser,  
 pero su alma alabe siempre á Dios.

*Los 4. Rel.* A Dios.

*Abad.* Su alma solo á tí se vea unida,  
 aparta los peligros de su suerte,  
 y el que ha engañado al sueño de la vida  
 que acierte con el paso de la muerte.

*Los Rel.* La muerte.

*Abad.* Abre: Señor, tus puertas eternas,  
 y vea los doseles sempiternos,  
 milagro de tus manos inmortales.

La esperanza y la fe le den señales  
 de que ya estan cerrados los infiernos.

*Los 4. Rel.* Los infiernos.

*Abad.* Destroza, ó Dios, un yugo impertinente,  
 rompe los grillos de la humanidad.

Todo pasa á manera de torrente,  
 solo reposa en ti la eternidad.

*Los 4. Rel.* La eternidad.

## ESCENA V.

Comminge, Orviñi, el Padre Abad y Religiosos

*Salen tambien cuatro nuevos Religiosos, dos de los cuales traen una especie de urna de tierra grósera y llena de ceniza, y otro un brazado de paja.. El cuarto Religioso dirá al Padre Abad con voz baja y triste.*

4. Rel. Ya llega Eutimio.

Abad. Hermanos, empezemos,  
y el féretro de Eutimio preparemos,  
en el que quiere al fin de su carrera  
su fosa contemplar la vez postrera.

*El padre Abad está acompañado de los cuatro Religiosos. Toma aquel con una conoba, que se le ha presentado juntamente con la urna, un poco de ceniza, y la deja caer levantando los ojos al cielo, y diciendo:*  
Soberanos Espíritus del cielo,  
que al hombre defendeis y dais consuelo;  
esparcid esta pálida ceniza.

*Los cuatro Religiosos forman una cruz de ceniza, y la cubren con paja. Se pondrá la ceniza delante del teatro á la izquierda, de manera que se vea, y esté distante del sepulcro de Eutimio. Las dos columnas de Religiosos pasan por delante de ella, quedando Comminge en frente de Eutimio cuando se ponga en su lugar.*

Al mas valiente espíritu horroriza  
extender un cadáver en la fosa.

Orv. ¡O espectáculo! ¡O vista lastimosa!... *Ap. A Comminge.*

Abad. Ocupa tu lugar; modera el llanto;...

Este es solo lugar de horror y espanto.

Llanto sin compuncion al cielo agravia.

*Comminge con el mayor dolor toma su lugar entre los Religiosos, que será el segundo de la columna derecha. Orviñi está algunos pasos más alto que los Religiosos, de modo que se vean los Religiosos y Comminge.*

Y tú á quien una Providencia sabia, *A Orv.*

ha traído á este sitio religioso;

tú, que cercado de un mundo engañoso

en medio de los faustos de la tierra,

viste morir los Héroes en la guerra;

estos Héroes, á quienes los agravios,

el lujo y las venganzas hacen sabios:

ahora verás...

Orv. ¡O cielo soberano!

Abad Como debe morir todo Cristiano.

## ESCENA SEXTA Y ULTIMA.

*Comminge, Orviñi, el Padre Abad, Religiosos, y Eutimio sostenido de dos Religiosos, y otro más que sigue con un crucifijo en la mano.*

Ya le traen...

*A Orviñi*

Ven, ven, hermano mio,

*A Eutimio.*

á merecer la gracia de un Dios pio,

y á recibir la muerte saludable.

*Eutimio se avanza al teatro sostenido siempre de los dos Religiosos, y conduciéndose á la ceniza.*

*Eut.* Allí sera mi estancia perdurable.  
 Dame tu brazo, ó Padre generoso.  
*El Padre Abad le ayuda, y le extiende sobre la ceniza. Los dos Religiosos se retiran, quedando solo el que le sostiene por detras con el crucifixo en la mano. Eutimio dice al Padre Abad que está á su lado.*

¿Estoy ya acaso cerca de mi foso?

*Orv.* ¿Este es el sueño?...

*Mirandale con atencion, y aparte.*

*Abad.* Mirale. *A Eutimio.*

*Orv.* Esse acento... *Aparte.*

la voz... aquel semblante... ¡O que tormento!

*Eut.* Mi valor desfallece, Padre mio.

Conforta, ánima... este pecho frio.

*Mirando al sepulcro.*

Miremos este objeto lastimoso...

*Al Padre Abad.*

Aquí aprende á morir el orgulloso.

*Es inutil advertir que Eutimio debe tener una voz lánguida y desfallecida.*

Pues me permites, Padre venerable,  
 que Eutimio... Eutimio, vil y despreciable  
 pueda, obligado de un zelo deshecho  
 revelar los secretos de su pecho;  
 secretos que harán ver, bien esplicados,  
 á Dios, en estos sitios consagrados,  
 claramente á estas almas retiradas  
 del mundo, y de sus faustos apartadas;  
 verás por qué camino saludable  
 el Padre de la luz, el mas amable,  
 me apartó de las sendas del pecado,  
 y al puerto de la paz me ha arrebatado.

Ojalá que mi boca conducida *Mirando al cielo*  
 por el autor supremo de la vida,  
 pueda dar una prueba verdadera  
 de la felicidad que nos espera.

Ánima, ¡ó Dios! mi voz y mi suspiro,  
 para que en el apuro en que me miro,  
 pueda hacer ver al corazon humano  
 las gracias que nos vienen de tu mano.

Sostenedme devotos solitarios.

Con varias trazas, con ardidés varios  
 he sabido ocultar de tal manera

mi piedad, mi virtud y mi ceguera;  
 que digno del altar me habeis juzgado,  
 y del nombre tambien que me habeis dado:  
 pero de las maldades de mi pecho

quiero, ó padre, que quedes satisfecho;  
 que la Comunidad quede advertida,  
 y con mi desengaño prevenida.

Mirad, pues en Eutimio, si es posible,  
 una furia, una fiera, un monstruo horrible,  
 en corazon sujeto á los errores,  
 á la fragilidad, á los temores;  
 y en fin mirad... una muger...

*Com.* ¿Qué es esto? *Con un grito.*

una muger... aqui...

*Abad.* ¡En este puesto...

una muger!...

*Eut.* La misma, Padre amado,  
 que vivió para el mundo, y le ha dejado  
 para morir con Dios. Sí, Padre mio,  
 yo confieso mi error, mi desvarío  
 que soy una muger infiel, culpable,  
 criminal, desgraciada y miserable.

Comminge, mira, reconoce ahora de tu destino la infeliz autora; la que tomó por guía un amor ciego, la que alteró tu paz y tu sosiego; la que viene...

*Al decir esto se levanta un poco mas; y descubre el rostro de modo que se vean sus facciones. Comminge da un grito, y va precipitado á postrarse á los pies de Eutimio, en ademán de cogerle la mano.*

Com. Adelaida...

Orv. ¡O Dios!

Eut. Detente...

*Deteniendo á Comminge con la mano.*

Adelaida, Adelaida... está presente.

Levántate, y escucha.

*Dos Religiosos levantan á Comminge, que está en toda la escena en los brazos de dichos Religiosos. Y siguiendo en oír lo que dice Eutimio manifiesta señales de grande dolor. Orvini hará lo mismo, aunque sus sentimientos serán menos vivos que los de Comminge. Se observará que este no esté escondido, sino en medio de los Religiosos y de Eutimio. El Padre Abad estará en medio del teatro.*

Yo contemplo.

que doy á todos un cabal ejemplo:

¡O si el cielo sagrado permitiera que la muerte mis yerros redimiera!

¡Tú aquí tambien?

*A Orvini.*

*A los Religiosos señalando á Comminge.*

Mirad de un culto impío el objeto fatal. El pecho mio

demasiado le quiso, y demasiado Dios por él tantas veces fué ultrajado. Ya os lo he dicho mi muerte resignada; mi confesion humilde y lacerada os hará ver á un Dios clemente y bueno, lleno de santidad, y de amor lleno.

*Despues de una grande pausa*

Desde la cuna al mundo dedicada me ví de sus prestigios rodeada.

Criada en mi niñez en compañía de un hijo de mi tio; yo veía

que todo mi cuidado era mirarle, servirle, complacerle y adorarle.

Sin dar noticia á nadie, ya mi afecto dentro del corazon sintió su efecto, pues al instante yo me ví rendida

á una propension enternecida.

Este pasó primero engendró luego un amor, una llama, un dulce fuego, que avivó nuestros tiernos corazones, y el tumulto encendió de las pasiones.

Ya los dos nos amábamos de modo, que llenas nuestras almas de amor; todo nos ofrecia unos enlaces tiernos, sin que nadie pudiese distraernos.

El cielo, el sol, la tierra, todo huía, y todo á nuestra vista parecia, pues era solo amor el que reynaba, y él solo me queria, y yo le amaba.

Enfin para cumplir nuestro deseo el altar preparaba de himeneo: cuando por una suerte desgraciada me ví á otro himeneo destinada.

El cielo de mi amor precipitado  
parecía que estaba ya cansado:  
quería castigarme, y en efecto  
castigó cruelmente un dulce afecto.  
Mis ojos hasta entónces encantados  
quedaron torpemente deslumbrados:  
todo al fin se mudó: y aquellos días,  
dulces y alegres á las glorias mías,  
entre nubes y sombras feneciéron,  
y todo su esplendor obscureciéron.  
El interes, aquel cruel tirano,  
dividió al un hermano de otro hermano.  
Las hachas de himeneo, que alegraban  
mis ojos seducidos, ya se hallaban  
dispuestas á lucir, cuando furiosas  
sus voces y sus manos mas odiosas,  
envidiosas las hachas extinguiéron,  
y sus manos al fin nos desuniéron.  
Si á la virtud hubiera yo escuchado,  
y á los golpes continuos que me ha dado;  
hubiera reprimido con su zelo  
un amor combatido por el cielo.  
Este era mi deber; pero atrevida  
léjos de someterme enternecida;  
por fomentar mi amor desfallecido  
creí que todo me era permitido.  
Nuestro ardor dulcemente se avivaba  
con los mútuos escritos que enviaba  
Comminge á mí, yo á él, mezclando en ellos  
llantos de amor, de fidelidad sellos:  
y así de nuestros padres la prudencia  
burlamos con secreta inteligencia.  
**El padre de Comminge, resentido**

de nuestro amor, en cólera encendido.  
se irritó contra el hijo de manera,  
que le redujo á una prision severa.  
Para romper sus grillos fue forzoso  
que yo sacrificase mi reposo,  
imponiéndome un yugo inaguantable,  
que ocasionó mi ruina lamentable.  
Busqué, pues, para objeto de este lazo  
un misero mortal... un embarázo,  
cuya odiosa eleccion asegurasé  
á mi amante, y á mi me atormentasé.  
Halléle en fin como correspondia,  
suponiendo cuán mal lo pasaria;  
y conducida de un furor insano,  
al Conde de Ermansay le di la mano.  
*Com.* Y este fué el infeliz... que... *Con furor.*  
*Eut.* Hazte violencia,  
y el estrecho silencio reverencia.  
Comminge, escuchame: tu aun no has oído  
cuanto seduce un corazon perdido.  
El amor, pues, de mi se apoderaba;  
y mi ardor criminal nunca callaba,  
pues me atrevia á alimentar un fuego  
en lo secreto de un corazon ciego.  
Al seno de mi esposo yo llevaba,  
un pecho que atentados halagaba,  
y que eternos perjuicios producía  
en el mismo calor que le nutria.  
Así agravaba yo mi amor errante,  
creyendo que ya hacia lo bastante  
por mi honor, por el cielo que impaciente  
me acusaba este ardor continuamente:  
disimulando el golpe que sentia

con el aspecto de una hipocresía. Eterno Dios, ¿qué es la virtud humana sin vuestra gracia? Una importuna vana. Llevado, pues, Comminge de su furia, con una espada hiere, agravia, injuria á un esposo leal, á quien ofendo. Yo confieso este crimen tan horrendo y sin embargo pudo mi locura en un día de error y de amargura hacer un voto... un juramento odioso, contra un leal, pero infeliz esposo. Ved aquí á donde llega la insolencia, de una muger en toda su demencia. Viendo, pues, que Comminge estaba espuesto á morir en un sitio tan funesto; sin mirar á mi esposo que acababa al rigor de una herida; yo enviaba á mi amante entre sustos y pesares, lágrimas y suspiros á millares. Al hermano, por fin, de mi marido yo descubrí mi amor enardecido.

*A Orvini.*

Ya le veis, éste es... éste es el mismo que á Comminge sacó de aquel abismo, de aquella cruel cárcel á mi ruego, como autor y motivo de mi fuego. Mi esposo en fin curó de aquella herida, y yo quedé á la pena mas rendida; pues enterado de mi amor ardiente, vomitando furores inclemente, en una obscura torre me pusieron, donde mis esperanzas fenecieron. Este cruel esposo... ¿Mas qué digo?

Perdonadme, Señor, vos sois testigo de mi dolor... Ah! él fué el instrumento, de vuestro justo enojo y mi tormento. Mas léjos yo de abrir los ojos míos para vituperar mis descarríos; léjos de un escozor que me exitaba; á mi amante mis llantos enviaba. Murió Ermansay, y al ver mis nudos rotos Comminge se llevó todos mis votos. El cielo entonces arrugó su ceño; pues buscando á mi amante con empeño entre los suyos; fuéme asegurado, que Comminge de allí se habia ausentado. Yo no podré decir cuanto lloraron mis ojos esta ausencia: ellos quedáron en una noche lóbrega y sombría; y no encontrando yo lo que queria; espero algun alivio en mi tristeza en amar á su madre con terneza. Vino á mí... me abrazó, y con espanto unimos los placeres con el llanto. No es la primera vez que el Señor llama por la voz de las penas á quien ama: pero mi corazon empedernido rechazó criminal este silvido; pues cuanto mas me heria fuertemente, tanto á Comminge amaba tiernamente. ¡O qué léjos entonces yo tenia la razon y el honor del alma mia! Dejé, pues, á su madre desgraciada: y como sola estaba interesada en todos los asuntos y secretos atropellando todos los respetos,

se publicó por un papel fingido,  
 como Adelayda había fallecido.  
 Disfrazada de hombre finalmente  
 busqué á Comminge diligentemente.  
 No le hallé; pero sí encontré un amigo  
 con Comminge leal, y fiel conmigo.  
 No léjos de estos sitios él habita:  
 yo corro á él; mi amor se precipita.  
 La diestra del excelso, estadme atentos,  
 descubrió aquí á millares los portentos  
 Estaba yo muy cerca de esta casa,  
 y un rayo celestial luego me abrasa,  
 me precisa, me manda generoso  
 entrar en este templo religioso,  
 en donde aquella mano parecia,  
 que aquí visiblemente me traía.  
 Entre las voces que sus glorias cantan  
 y en angélicas alas se levantan,  
 oí una voz un eco acostumbrado.  
 á penetrar mi pecho marcerado  
 Por un sueño impostor lo tuve, cuando  
 acércome... y ¡ó Dios! toda temblando,  
 á pesar de unos tiempos roedores,  
 de estas austeridades y rigores,  
 yo descubro... un objeto que me inflama,  
 un dulce seductor, en cuya llama  
 infiel mi corazón arde gustoso.  
 Doy entonces un grito victorioso  
 que amor dictó con mil insinuaciones,  
 y el tumulto avivó de las pasiones.  
 En este instante... (Ved aquí una seña  
 hasta qué punto el hombre se despeña,  
 el hombre miserable... y en qué para,

cuando Dios de los suyos le separa:  
 formo el proyecto mas desesperado  
 de robar á este Dios enamorado  
 un alma que á sus soplos se encendia,  
 y en su amor mas y mas se enardecia.  
 ¡Flaco mortal, te atreves orgulloso  
 á ser rival de un Dios tan amoroso!  
 Yo en fin me informo, y en saber me empeño  
 la suerte, ó el estado de mi dueño.  
 ¡Pero ay de mí! Qué!ó mi pecho helado  
 al ver que á Dios se habia consagrado,  
 el mismo dia en que este Dios piadoso  
 me condujo á este puerto religioso.

*Com.* Qué golpe, ó Dios, para una edad temprana.

*Con viveza*

*Eut.* Da gracias á la mano soberana.

Y para que escarmientes en mi suerte,  
 ensáyate á morir sobre mi muerte.  
 Despues de estos tormentos y quebrantos  
 hallé el amable objeto de mis llantos,  
 vivo, no para mí, para su amado,  
 al suave yugo de la ley atado,  
 y á quien un nuevo fuego consumia,  
 muy distinto de aquel en que yo ardia.  
 Comminge pues, mirábase rendido  
 á sus ojos inquietos, y perdido  
 por traspasar un corazón amante:  
 pero este corazón tierno y constante  
 que ellos hieren, acusa resentido  
 al cielo contra quien ha prorumpido  
 en blasfemias. Yo entonces desde luego  
 todo lo abandoné, ménos el fuego  
 de un amor criminal, que parecia

que á las iras del cielo se oponia.  
 O tú, gran Dios á quien mi voz armaba  
 de rayos contra mí; ¿que? ¿No bastaba  
 el que mi corazon ha recibido;  
 sino que compasivo has pretendido  
 reprimir un amor tan detestable  
 en este muro santo y respetable?  
 ¿Quién podrá penetrar, Dios soberano,  
 los designios que cierras en tu mano?  
 ¡Qué lazos me has armado tan seguros,  
 para que os sirva leal entre estos muros!  
 Yo infiel mil veces los abandonaba,  
 y otras tantas tu voz me encaminaba.  
 Yo alejarme de un sitio... me decia,  
 ¡donde vive y respira el alma mia,  
 donde todos mis llantos atesoro,  
 y donde morirá lo que yo adoro!  
 No puede ser... yo viviré contenta  
 á su lado: el aire que le alienta  
 tambien me alentará: y si es forzoso  
 renunciar este amor impetuoso,  
 si no puedo explicarle con ternura  
 qué él es mi único bien y mi dulzura;  
 podré oírle á lo ménos... podré verle,  
 y en mi pecho amoroso recogerle.  
 Este discurso hacia, Padre amado,  
 sin reflexion un corazon culpado,  
 y amor... él decidió. Ah Padre mio,  
 en ti confia un corazon sombrío.  
 No me acobardes con tu ley austera.  
 Comminge la seguia tal cual era.  
 Aquel amor en fin tomó por guia  
 los visos de una falsa hipocresía.

¿Pero quién sino Dios ha conocido  
 la perfidia de un pecho endurecido?  
 Admitida á la prueba rigurosa  
 de una cadena larga y espantosa,  
 las manos la presento: yo veia  
 que Comminge tambien la conducia.  
 Pero ¡ó padres! ¡Qué alma tan perdida  
 estaba entre vosotros escondida!  
 Yo debo confesar mis atentados,  
 mis crímenes presentes y pasados.  
 ¡Miserable! Creyose que mi vida  
 al altar y al santuario estaba unida;  
 y un hombre... un hombre solo se llevaba  
 los incienso que al cielo le negaba.  
 Este era, ó Dios, el hombre á quien servia,  
 el que era tu rival, y te vencía.  
 ¿Y qué digo rival... si yo no hallaba  
 á quien amar, si á él solo no amaba?  
*Los Religiosos en ademan de llorar.*  
 ¿Ya llorais, venerables Religiosos,  
 mis delitos infames y horrorosos?  
 Pues juzgad de esta victima culpable,  
 y lastimad su estado miserable.  
*Abad.* ¡O Dios, y cuanto arrastran las pasiones  
 á los flacos y humanos corazones!  
*Eut.* Esclava de sus pasos, y segura  
 de emplear en Comminge mi ternura;  
 contenta con que al fin de nuestras vidas  
 nuestras cenizas se verian unidas;  
 y satisfecha en fin de que á su lado  
 estaria mi amor asegurado;  
 sin esperanza alguna de otra cosa,  
 me creía feliz y venturosa.

¿Qué mas puede inspirar un amor santo?  
 En medio, pues, de mi continuo llanto,  
 y de una languidez que me acababa,  
 mis penas con teson disimulaba.  
 Perdida por Comminge, y de la suerte,  
 conducida á esta casa de la muerte,  
 á esta fosa terrible y espantosa,  
 término de una vida licenciosa,  
 insensible á mi fin; yo no sentia;  
 ántes bien con aliento repetía:  
*allí descansarè, y en adelante*  
*jamás adorarè mi tierno amante.*  
 Sobre esta fosa echaba yo mis llantos,  
 y aquí mismo temblaba mis quebrantos:  
 y deseosa de aliviar su pena,  
 para sobrellevarle la cadena,  
 á formar su sepulcro me aplicaba,  
 y del todo mis males olvidaba.  
 Aun hoy mismo mi mano temerosa  
 se ensayaba á cavar la propia fosa,  
 donde Comminge... ó Dios, todo fué en vano,  
 pues huyó el instrumento de mi mano.  
 Sin duda admiraréis que la flaqueza  
 (con que nos distinguió naturaleza)  
 de una débil muger haya podido  
 domar un movimiento eternecido,  
 y subyugar un corazón errante,  
 sin darse á conocer á un dulce amante.  
 Pues no era la virtud, el amor era  
 quien rechazó esta llama placentera,  
 y el temor de perder aquellos dias,  
 que consolaban las tristezas mias.  
 Yo conocí que Dios á quien venero;

por un culto devoto y verdadero  
 detenía á Comminge en los altares;  
 y que sus llantos, penas y pesares  
 estaban de este zelo penetrados,  
 y frutos prometían sazonados.  
 Cuantas veces mis pasos, mis acentos,  
 mi tierno corazón, mis pensamientos  
 poseidos del gusto de mirarle,  
 han estado en peligro de explicarle  
 quién era yo... mi amor... pero quería...  
 demasiado á Comminge, y me exponía.  
 En fin mi amor, ó bien la voz del cielo,  
 á este asilo me trajo del consuelo.  
 Comminge aquí sus llantos derramaba  
 sobre su fosa; y cuando la dejaba,  
 yo en ella codiciosa me metía,  
 por recoger el agua que él vertía.  
 Enternecida mi alma y mis sentidos,  
 no pude resistir á mis gemidos;  
 y saber deseando quién sería  
 el objeto fatal que le oprimía,  
 veo en sus mismas manos un retrato...  
 Acércome con el mayor recato,  
 y descubrió á la luz de un mirar vivo  
 que yo soy de sus penas el motivo.  
 Mi alma arroja un grito, y queda muerta...

*Con un profundo dolor.*

*Com. ¿Yo estoy vivo aun? ¡O Dios!*

*Eut. Despierta.*

á vista de esta historia lastimosa.

Debajo de una mano poderosa  
 aprisionada, he visto por desgracia,  
 perdidos los tesoros de la gracia,

he visto á Dios airado y ofendido  
castigar á Comminge... habiendo sido  
yo sola criminal, sola culpable  
reo y cómplice infiel y detestable...  
¿Mas qué digo? Yo he sido solamente  
quien ha hecho á Comminge delincuente;  
quien engañó su corazon sensible,  
quien le ha puesto en el lance mas terrible  
de perderse, y perder inadvertido  
un alma... que Dios solo ha redimido.  
Perdónale, Señor, él lo merece...  
yo debo padecer lo que él padece.

*A Comminge.*

Yo á Dios de tu dolor compadecida  
por tí le he suplicado, que mi vida  
acabe de una vez. Oyó mi ruego;  
y á la luz de este noble y sacro fuego,  
siempre fiel y constante mi ternura  
á expiar vuestras culpas te conjura.  
Comminge... amante mio... ó Dios, ¿qué acento  
ha dejado escapar mi sentimiento!  
¡Yo irrito todavía á un Dios tan bueno,  
tan lleno de bondad y de amor lleno!  
No llores pues, mi fin, mi vida llora,  
y olvídame, Comminge desde ahora:  
llena tu corazon de un Dios amante,  
obedece á su voz, y en este instante  
sea mi muerte el precio lisonjero  
de tu arrepentimiento verdadero.  
¿Me le prometes tú?

*Comminge se desprende de los brazos de los  
Religiosos, y va á caer en tierra al lado  
de Adelaida, y á llorar sobre la mano*

*que esta le presenta, y luego la retira.*

Huye, detente...

déjame... y á Dios teme solamente.

¿Pero un amor tan penetrante y fuerte *Ap.*  
quien le podrá extinguir? Solo la muerte.

*Al Padre Abad.*

Vuestro socorro imploro, Padre amado,  
y muera yo por Dios, pues le he agraviado  
Yo detesto, abomino mis maldades,  
reyné Dios en mi alma eternidades.

*A Orviñt.*

Orviñt, compadézcame siquiera.  
en esta hora tu amistad sincera.

Los efectos ya ves de las pasiones,  
y que afrentosas son sus ilusiones.

*A los Religiosos.*

Y vosotros á quienes mis desvíos  
no permiten que os llame hermanos míos;  
vosotros, venerables Religiosos,  
por Eutimio rogad, pedid piadosos  
por quien si á la virtud no ha conocido,  
respetarla á lo ménos ha sabido.

*Al Padre Abad, y señalando á Comminge.*

¿Podré yo prometerme que algun dia  
se unirá su ceniza con la mia?

¡O Dios, qué atrevimiento! ¡Y es posible  
que en una hora tal y tan terrible,  
sacrilega me ocupe un vil deseo!

*Al Crucifijo.*

Ya veo tu razon... mi maldad veo...  
Baja á mi corazon... ven, ven, Dios mio,  
ven, baja á fomentar mi pecho frio...

*El Religioso le da el Crucifijo.*

desház esta pasión... dámele... el llanto y  
Besa el Crucifijo.

borre mi descarrío y mi quebranto.

O Padre, ven,... Comminge... Dios... yo muero.  
Comminge da un grito de dolor arrojándose  
sobre el cuerpo de Adelayda.

Com. Ya espiró. Con el mas vivo dolor.

Orv. ¡Ah Conde! Yendo á Comminge.

Com. ¡O amigo verdadero! Cesa la campana.

Abad. O Comminge infeliz, ó Arsenio amado...  
Retirad por piedad á un desgraciado.

Algunos Religiosos cercan á Comminge para  
separarle de Adelaida y en ademán de  
llevarsele.

La Religion inmaculada y santa,  
que el bueno ánima, y al perverso espanta,

es consolar al triste y afligido,

levantar compasivos al caído,

aliviar socorrer al miserable,

compadecer al flaco y al culpable;

(ejemplar deplorable y lastimoso).

¿Porque al fin qué es el hombre, ó Dios pia-

sino un caos de horror y confusiones,

entregado al furor de sus pasiones?

## FIN DEL DRAMA.

## NOTAS DEL TRADUCTOR.

(1). página 129.

El padre de Comminge mandó prender á este cuanto supo su pasión hacía su prima, y le tuvo aprisionado hasta tanto que Adelaida se unió en lazo conyugal con el Marques de Benavides: lo cual, luego que lo supo el Conde se retiró á la Trapa, para ocultar en ella su bárbaro pesar. De este furor de un padre y empeño tenaz de querer conservar su auge y esplendor, haciendo infeliz á su hermano el Marques de Lussan y padre de Adelaida, provinieron los continuos infortunios de esta familia. Luego que murió el marques de Benavides, su esposa, buscando á su primer amante por todas partes, disfrazada de hombre penetró hasta lo interior de la Trapa, y habiendo oido cantar á Comminge entre los demas Monges, formó el proyecto de entrar en tan estrecha clausura; lo que logró: pero á la estrechez de las reglas de esta fundacion, debieron estos dos amantes en gran parte la conservación de su virtud, pues segun dice el Abate Arnaud en su Lorimon: «estos Religiosos de la Trapa

traen á la memoria uno de los sabios establecimientos de la antigüedad, que por firmeza irresistible, reusó adoptar en su seno el infame Neron. La Trapa es un asilo consolador abierto á los malvados, á quienes persiguen los remordimientos; al menos hallan un dulcificante á la herida que les desgarrá. En este asilo tan necesario es donde se alberga el desgraciado criminal, sensible al arrepentimiento con la idea consoladora de un Dios que sabe perdonar. Un Abad de la Trapa me decia un dia: *nosotros no admitimos mas personas que las que están agitadas de remordimientos secretos, y así no tienen que buscar refugio entre nosotros aquellos contra quienes el grito de la conciencia no tiene que levantarse: los que nosotros queremos son los que atados y sujetos á la rueda de los remordimientos, necesitan de la Religion, la cual promete algun remedio á este mal interior que devora los corazones abiertos al arrepentimiento.* Lorim. tom. 2 p. 1. not. 16. »

(2). página 150.

La primera obligación de los hijos es la obediencia á sus padres, pero esta no debe considerarse tan escrupulosa y rígidamente, que en ciertas ocasiones no se pueda y deba quebrantar, pues de lo contrario se siguen muy malas consecuencias; bien se ve en Comminge y otros infinitos. ¡Ojalá que los ejemplares no fueran tan repetidos y frecuentes!

(3). página 151.

Aquí está viciada la verdad de la historia, pues á Adelaida no la prendió el padre de Comminge, ántes fué al contrario, segun se vió en la nota primera: pero Dorat, ó bien porque juzgase que era mas á proposito para su idea ó bien porque de este modo quisiera dar mas realce á su relacion, quebrantó la verdad histórica, y se valió de la regla de Horacio:

*Pictoribus atque Poetis  
quidlibet audendi semper fuit æque potestas.*

Además es material lo uno ó lo otro para el objeto, pero yo no obstante lo advierto para evitar de ese modo cualquier réplica.

(4). página idem.

Ciertamente que no hay remedio mas eficaz para el desdichado que la soledad: en ella corren sus lágrimas libremente, gime su corazon y se encomienda al Criador, que le presenta su imagen y poder en la variada naturaleza. Allí el alma enagenada con sus propias ideas, contempla su existencia, y á quien la debe: de aqui proviene que el sitio solitario es el mas apto para desenvolver sus remordimientos el criminal. Claros y repetidos ejemplos nos presenta el teatro del mundo; en el siglo las pasiones no se extinguen, ántes se

umentan en sumo grado; pues siendo el hombre mísero esclavo de ellas, se enreda mas y mas en sus lazos cuantas mas ocasiones tiene en que enredarse; pero aun en la soledad el hombre es mortal, imperfecto; siempre está sujeto al yugo de la debilidad; bien se ve en *Comminge* y *Adelaida*, en *Abelardo* y *Heloyisa*, en *Mirabau* y *Sofia*, y en otros infinitos; mas sin embargo, siempre conviene al delincuente retirarse á un sitio donde mortificar sus pasiones y oprimir sus deseos; pues en él hay menos motivo de entregarse al vicio, y mas de darse á la virtud.

(5). página 133.

¡Cuan gratas son al corazon del hombre las obras preciosas de su Criador! Todas las pasiones humanas son pospuestas al dulce contemplar de aquellas. He aquí á *Comminge*, que perseguido continuamente de la idea de su amor, sin embargo la separa de sí, y confiesa que no hay mejor placer que la consideracion de los infinitos dones que Dios regaló al hombre; ojalá que siempre pudiésemos tener fija nuestra atencion en ellos y sus perfecciones! ¡Sin duda que seríamos mas virtuosos y mejor inclinados! pues segun dice el Abate Sauri: » la Providencia Divina se extiende á todo, y no sucede nada sin que el Ser supremo lo haya previsto. Las acciones mismas de los malvados concurren á los fines que se han propuesto: todos los hombres caminan sin pensar al bien general. Dios hace sa-

lir el bien del seno del mal mismo, y si permite este mal es para un bien mayor. Así no hay nada fortuito ó casual, nada inútil con respeto al criador y sus obras.» *Metaf. tom. 3. cap. 21.*

(6). página 145.

Hace alusion al pleito que el padre de *Comminge* tuvo con su hermano el Marqués de *Lussan*, cuando este quedó desposeido de sus haciendas. Si estos dos hermanos se hubieran amado fiel y tiernamente, y no intentaran arrancarse de entre las manos, por decirlo así, sus heredades, ellos hubieran, sido felices, y sus descendientes tambien; en fin, *Comminge* hubiera sido el esposo de su adorada prima, y sus deseos se hubieran satisfecho: ¡ejemplo doloroso para la sociedad! La nobleza, constituida en el mayor ó menor número de bienes, suele corromper á los corazones mas justos, y por ella se atropella el orden civil y político: no se respeta á la ancianidad, no se premia el mérito, y por último no se aman dos hermanos, se aborrecen, y por ella son desgraciados perpetuamente, quebrantando las leyes que dictan la razon y la humanidad.

(7). página 145.

En este discurso se ven las ideas en que necesariamente se sumerge un corazon amante, cuando ha perdido su bien juzga verse con

su Adelaida en el templo, ser su esposo; dirigir juntos sus plegarias á Dios; y en fin, trata de fijar su morada en aquella soledad, pues piensa que allí estará libre de las persecuciones tiránicas de los hombres; mas despues vuelve en sí, contempla el sepulcro do está el cadáver de su amada, y llora estremecido: permanece un breve rato en su suspension y luego se acuerda de su infancia, de su cariño crecido con ella, de sus antiguas felicidades, y de sus presentes desgracias; enagenado un instante, se alegra en su grado de haberse reunido con el objeto de su pasion: mas todo este contento huye veloz, y se ve que el único premio que ha conseguido es desconsuelo y amargura eterna. Aquí se nota palpablemente, que el Supremo Hacedor envia sus divinos auxilios á los corazones virtuosos para que se mantengan en su virtud; aquí se observa como un pecho religioso vence los ímpetus mas violentos de una pasion, y se entrega al Omnipotente, dueño absoluto y árbitro invicto de nuestras vidas é intenciones: muchos de estos ejemplos eran necesarios para destruir en cierto modo la corrupcion de nuestro siglo, y planificar la religion, bastante extinguida entre la perversa y malvada juventud que abunda.

(8) página 148.

Comminge volvía á sus desvarios, y no estaba ocupado de otra idea que la de su amor, que ya tocaba en las orillas del crimen, pues

se olvidaba de la salud de su alma, por pensar en los placeres de su cuerpo: ya en fin el genio malhechor, el espíritu maligno iba á rendir su corazon, cuando por medio de la influencia divina, la que era motivo de sus delirios, viene á ser la estrella que le guie por la senda del conocimiento, la que viene á arrancar enteramente las raices de una inclinacion criminal, para substituir las de la caridad y bienaventuranza. ¡O, hermosa religion! ¡cuan apacible y grata es tu posesion! ¡cuan grande el gozo de disfrutarte completamente!

(9). página 152.

Fuera de sí, y arrebatado de cólera maldicia la existencia de su padre, le deseaba daños perpetuos é infelicidades continuas, al paso que á su madre la compadecia y lloraba sus males; pero su hora es llegada, la tumba se abre, y su corazon descubre el velo de la traicion, quedando á la vista la hermosa virtud. Contempla sus delitos, se desdice de todas las pasadas blasfemias, se convierte á su Dios y espira llevando el desconsuelo de no poder aliviar á sus ancianos padres. ¡Que preciosa pintura para esos jóvenes corrompidos y criminales, cuya existencia no es mas que una serie de feroces crímenes; y terribles consecuencias de estos! ¡Ah! si yo pudiera traer la verdad á sus corazones y disipar las densas nieblas de su ignorancia con estos breves renglones! ¡Quien mas feliz que yo! entonces, si,

entonces quedaria satisfecho enteramente de mi trabajo, y me vanagloriaria una y mil veces de mi empresa, al paso que despreciaria las necias é insulsas sátiras que contra mí fuesen dirigidas.

NOTA: El Conde de *Ermansay*, de que hace mención el drama es *Benavides*; y no entendemos como Mr. Arnaud le puso aquel apellido, tal vez tendria los dos.

FIN DE LAS NOTAS.

OBRAS QUE SE HALLAN

en la libreria de SAURI, calle Ancha,

BARCELONA.

- Arturo é Isaura, ó las cautivas de Vurs. 16.  
flans 2 tom.
- La Abadesa ó las Intrigas Inquisitoriales 18.  
2 tom. lam.
- Las Cuitas de Vêrter, por Goëthe 1 tom. 14.
- Memorias históricas sobre la guerra de Cataluña en los años 1822 y 23. 1 tom. 14.
- História del Genero humano, aumentada y refundida adornada con lam, por Virey y traducida por Bergnes 5 tom. 120.
- Persiles y Segnismunda por Cervantes 24.  
4 tom.
- La Estrangera ó la muger misteriosa 2 tom. 24.  
lam.
- El Solitario del monte salvage 2 tom. lam. 24.
- Corina en Italia 4 tom. lam. 56.
- La Urna Saugrienta ó el Panteon 2 tom. 26.
- Los Rebeldes de Arlincourt 3 tom. 48.
- La Ciudadela de Barcelona ó los victimas del Conde de España 2 tom. lam. 13.
- Juanita á la Inclusera generosa 1 tom. lam. 14.
- Aventuras de un Elegante 1 tom. lam. 14.

El Castillo ó los privados Ribales 4 tom. lam.	56.
Juana y Enrique reyes de castilla novela historia 1 tom. lam.	14.
Amor y Gloria ó la Ciudadela de Amberes 1 tom. lam.	16.
Cornelia Bororquia ó la victima del furor inquisitorial, 1 tom. lam.	8.
El Confesonario de los penitentes negros 2 tom.	
El tribunal de la Inquisicion 2 tom. 4.º lam.	48.
Teresa ó las victimas de la codicia 1 tom.	9.
Los Amores de Ismene ó Ismenias 1 tom.	8.
La Moral universal ó los deberes del hombre 3 tom.	40.
El Eusebio por Montengon (sin espurgar) 4 tom.	60.
Anquetil: Historia Universal compendiada 4 tomos en 2 pasta á 48 rs. pasta	
Coll: Compendio elemental de Fisiologia 1 tom. pasta	14.
Instruccion de un padre á su hija 2 tom. pasta	24.
Obras diversas de Joung: 1 tom. pasta	10.
Gil Blas: sus aventuras 5 tom. lam.	60.
Redgauntled par Valter Scoth 5 tom.	40.
Roberto, conde de Paris 4 tom. pasta.	52.
Don Quijote de la Mancha 6 tom. lam.	64.
El Anticuano: por Valter Scoth 5 tom.	40.
El Ibanhoe, ó el regreso del cruzado por Scoth 4 tom.	52.
Historia del Conde de Comminge ó los a-	

mantes desgraciados, seguida de la Carta á su Madre y un hermoso drama 1 tom. 8.º lam.	12.
Salvá: gramatica de la lengua castellana corregida despues de la impresa y antigua de la Real Academia 1 tom.	30.
Norvins: Historia completa de Napoleon, 3 tom. pasta	64.
Chantreau: Arte de hablar bien el frances ó gramatica completa, revista, corregida y enmendada segun los adelantos actuales del idioma frances, por Don Luis Bordas, profesor de Italiano en la Real casa lonja de esta ciudad: <i>está en prensa y se publicará</i> á la posible brevedad.	22.
Pablo y Virginia 1 tom. lam.	12.
Los Tartaros en Silesia 2 tom.	
Quintin Durval 5 tom.	40.
Buffon de los niños, ó historia natural compendiada 1 tom. lam.	20.
Viages de Vanton al pais de las monas 4 tom. lam.	72.
Cuentos tartaros ó mil y un cuartos de hora 2 tom.	20.
Numa Pompilió: 2.º Rey de Roma 1 tom.	13.
Historia del siglo 19: ó la guerra de la independencia hasta la caída del gobierno constitucional en 1823 1 tom. 4.º pasta.	20.
Historia de los Jueces francos ó Herman de Unna 2 tom.	44.

- La Etelvina ó historia de la Baronesa 2 tom. 38.  
 Los Sibaritas ó el tribunal secreto 2 tom. 38.  
 La Adriana ó historia de la Marquesa de Brianville 2 tom. 38.  
 Historia de Hipolito y Aminta 2 tom. 38.  
 Félix y Paulina ó el sepulcro al pie del monte Jura 1 tom. 16.  
 El Sitio de la Rochela ó la desgracia y la conciencia 2 tom. 28.  
 La Henriada de Voltaire 1 tom. pasta. 16.  
 El Sepulcro ó historia de la Duquesa: 1 tom. 9.  
 Poesias de Martínez de la Rosa (1 tom. pasta. 52.  
 Historia de la guerra de la Independencia por el conde de Toreno 4 tom.  
 El Espiritu del siglo por Martínez de la Rosa, va saliendo por tomos.  
 Y otras muchas cuyo *catálogo general*, impreso de dicha librería se entrega gratis á los que gusten hacer algun pedido. Las obras mas recientemente publicadas se hallarán siempre en esta librería, á precios equitativos y segun la importancia del pedido, ya sean extranjeras ó bien nacionales.



